MIKAEL

"¿QUIÉN COMO DIOS S. II

EL REINO DE DIOS ESTÁ DENTRO DE VOSOTROS
Mons. Adolfo Tortolo

CARIDAD Y ORDEN CIVIL
Tomás D. Casares

LA REALEZA DE CRISTO EN LOS EJERCICIOS IGNACIANOS
José L. Torres-Pardo

NO QUEREMOS QUE ÉSTE REINE SOBRE NOSOTROS
Alberto Caturelli

RODOLFO CARBONI
Mons. Vicente F. Zazpe

LA FIESTA DE LA REALEZA DE CRISTO
Alfredo Sáenz

8

REVISTA DEL SEMINARIO DE PARANA

MIKAEL

Director: Pbro. Lic. Silvestre C. Paul.
Rector del Seminario Arquidiocesano.

Consejo de Redaccion: Excia. Revma. Mons. Dr. José María Mestres, Pbro. Emilio Senger, R. P. Lect. y Lic. Fr. Marcos R. González O. P., Pbro. Lic. Alberto Ignacio Ezcurra, Pbro. Lic. Alfonso Franck, Pbro. Dr. Luis Melchiori, R. P. Dr. Alfredo Sáenz S. J.

Secretaría de Redacción: A cargo de un grupo de seminaristas de los cursos de Teología y Filosofía.

— En los artículos y documentos de nuestro Arzobispo así como también en los editoriales, queda expresada la posición oficial de MIKAEL.

— Los artículos que lleven firma no comprometen necesariamente el pensamiento de la Revista y son de responsabilidad de quien firma.

— No se devuelven los originales no publicados.

PARANA (Provincia de Entre Ríos)

REPUBLICA ARGENTINA

MIKAEL

Revista del Seminario de Paraná

Año 3 — Nº 8

Segundo cuatrimestre de 1975

Registro de Propiedad Intelectual Nº 1.250.156

I N D I C E

EDITORIAL 3

Mons. Adolfo Tortolo . . . . . *El Reino de Dios está dentro de vosotros* 5

Tomás D. Casares . . . . . *Caridad y orden civil* 17

P. José L. Torres-Pardo . . . . . *La Realeza de Cristo en los Ejercicios Ignacianos* 37

Mons. Vicente F. Zazpe . . . . . *Rodolfo Carboni* 55

Ignacio B. Anzoátegui . . . . . *Invocación a Jesús nuestro Sire* 66

Francisco Luis Bernárdez . . . . . *Himno a la Santa Cruz* 65

Himno a Jesucristo Rey 70

In Memoriam: Michele Federico Sciacca 72

Alberto Caturelli . . . . . *No queremos que Éste reine sobre nosotros* 75

Alfredo Sáenz S. J. . . . . . *La fiesta de la Realeza de Cristo* 89

Texto de Fray Luis de León . . . . . *Rey de Dios* 97

Bibliografía 115

Los dibujos reproducidos en las páginas 44, 64 y 93 pertenecen a Juan Antonio Ballester Peña. El grabado de la página 30 fue hecho por Guillermo Buitrago, y el de la página 68 por Juan Antonio.

El retrato del P. Carboni (p. 54) y la viñeta de la página 134 que representa a "Cristo Guerrero", inspirada en un mosaico de Ravena del s. VI, se deben a Rubén Leikam, del Seminario Menor.

E D I T O R I A L

Ante las difíciles circunstancias por las que atraviesa nuestra Patria y frente a los acontecimientos desgraciados que inundan a diario el acontecer nacional, productos de una equivocada filosofía de la vida, hemos creído conveniente dedicar todo un número de nuestra revista a una realidad que, de llegar a ser vivida, será la única que pueda introducir los principios de orden que regulen el cotidiano quehacer de ¿os argentinos en todos sus estratos.

Convencidos como estamos que el cambio de estructuras que reclama el pueblo argentino, no es tanto el de las estructuras económicas, apolíticas o sociales, cuanto el de las estructuras morales personales y que éste, para ser positivo, sólo puede centrarse en la persona de Cristo, •hemos dedicado este número a la- Realeza de Cristo, verdad que si se hace luz en las mentes de nuestros compatriotas y pasa luego a encarnarse en sus vidas, será lo único que podrá poner orden en la vida personal, familiar, gremial, económica y social de los mismos. Orden que a. gritos reclaman todos los argentinos bien nacidos e inspirados.

Ya hemos visto a qué consecuencias nos ha llevado la- sociedad laicista con sus principios ajenos a toda concepción religiosa y prevemos a donde nos llevará instaurando la sociedad liberal desarrollada, como gustan llamarla algunos hoy, y en la que se hayan suprimido los "tábús religiosos y morales" e instituido la igualdad en el más alto nivel de vida compatible con la situación económica. Toda socieddd promete un bienestar y una felicidad dada a sus subditos. La felicidad prometida per esta sociedad a la que hacemos referencia, es la del desenfreno sexual sin riesgos, tanto para el muchacho como para la chica, gracias a la formación escolar y a la contraconcepción fácil, cotidiana y generalizada; es la felicidad en la que el amancebamiento es tan lícito como el legítimo matrimonio, el hijo sin padre tan moral y tan legal como el nacido en un hogar bien constituido, el adolescente ele dieciocho años tan libre y responsable como el hombre 'de cuarenta, la mujer tan capaz de bastarse a sí misma en la vida o de dirigir a los hombres como éstos de cuidar de la cocina, de los biberones o ele los pañales. Es la felicidad de la libertad de poder matar al niño engendrado tanto como la libertad de dejarlo vivir. Para esa 'sociedad "la moral tradicional no es sino un convencionalismo, heren-

eia biològica primaría del instinto de conservación" como se lee en "La Fe de un Francmasón", de Richard Dupuis. hìstinto de conservación por el cual el marido quería a "su" mujer y ésta a "su" marido; por el cual los tabús del pudor reforzaban la protección de la fidelidad conyugal y la adolescente guardaba su virginidad y por el que nadie se erigía en el asesino de su enemigo político, gremial o económico..

Por otra parte, fresca está en la memoria de los lectores el paraíso terrenal prometido por el materialismo dialéctico instalado en la cima del poder político y descrito en las páginas de Archipiélago Gulag, del ruso Solzhenitsyn, para que nuestros compatriotas puedan esperar alguna solución a sus males, cualesquiera sean —políticos, económicos, sociales— si por un momento, y Dios no lo permita, llegan sus pensadores, partidarios o personeros a asentarse en el poder.

Por ello días muy obscuros esperan a nuestra Patria si se sigue el camino de cualquiera de estas dos filosofías de la vida. que, por lo demás, pareciera fueran las únicas posibles en la marcha de la historia: al menos así muy a menudo se las presenta y polariza cuando positivamente sabemos que ello no es exacto.

Estamos convencidos que solamente Cristo es el Camino, Ja Luz y la Vida, que puede conducir, orientar, sostener valederamente al hombre en él quehacer de su existencia en todos sus niveles.

Los principios inspirados en su doctrina son los únicos capaces de conducir al reencuentro de los separados, a la comprensión entre los enemistados, al respeto por el contrario. Fuera de él, el prójimo o será un enemigo potencial eri la lucha por el bienestar, un explotador o un explotado, o de lo contrario un engranaje más en la compleja máquina de producción o un simple número en la sociedad a la que pertenezca. Sólo Cristo puede darle al ser racional todas y sus exactas dimensiones. Por eso, nuestro deseo de presentarle al lector, desde distintos puntos de vista, a saber, el espiritual, el apostólico, el histórico, el social, el litúrgico, el poético y el ejemplar, el tema de la Realeza de Cristo a través de los artículos de los colaboradores que nos honran en este número octavo.

Que sus consideraciones nos iluminen y orienten, nos impulsen y guíen en nuestro diario quehacer.

P. SILVESTRE C. PAUL

Rector del Seminario
Director de MIKAEL

EL REINO DE DIOS ESTÁ DENTRO DE VOSOTROS

Reflexión teológica

INTRODUCCIÓN

La palabra REINO, en labios de Jesús especialmente, tiene una dimensión infinita por cuanto contiene el universo de la Gracia. Dicha palabra, puesta entre REY y REINADO, participa de las dos y las absorbe.

Es palabra clave, palabra arcana, palabra que contiene el secreto de las relaciones personales entre Dios y los hombres, no sólo en la tierra sino también en el cielo.

El Rey es Cristo, el Reino es Cristo. La Realeza es Cristo. El Reinado es la realización de la Voluntad de Dios a través de Cristo; Voluntad toda ella movida por el poder soberano del amor de Cristo.

Esta realidad comienza en el Antiguo Testamento. Está allí en germen así como también en la esperanza de los grandes Profetas. El Nuevo Testamento nos descubre su maravilloso contenido y sus infinitas riquezas. Se nos insta y urge a participar de ese Reino y a entrar en él.

Este Reino a su vez –traspuesto el nivel temporal– se consu[1]mará en la gloria, e identificados Reinado y Reino en Cristo Rey, se entregará al Padre, sometido indefectiblemente al poder de su gracia.

Aunque no hablemos expresamente de la Iglesia, Ella está aquí, porque Ella es el espacio sin espacio del Reino de Cristo y su realización tangible en parte.

S. VISIÓN VÉTERQTESTAMENTARIA

La pedagogía usada por Dios en la educación sobrenatural del hombre responde a las diversas épocas de la historia y a los distintos medios en que está situado el hombre. En el Antiguo Testamento la

palabra REY –y su contenido– responde en gran parte a las imágenes y expresiones de su propio medio.

En ese momento de la historia la palabra REY es palabra de categoría divina. EL REY no parece pertenecer a la especie humana, a su estirpe. Está sobre ella. Es un dios con los atributos infaltables de poder,, riqueza, dominio absoluto sobre bienes y vidas, gloria, grandeza, fausto. Una distancia casi infinita separa al Rey de su pueblo.

La Biblia asume estas expresiones para descubrir al hombre eí inaccesible Misterio de Dios y acercarlo a él. Expresiones que pasan a- los Libros Sagrados, pero con un nuevo contenido.

Yahveh es Rey, reina sobre los hombres y sobre el cosmos. Está' sentado sobre las nubes, los Ángeles son el escabel de sus pies. Nadie puede discutir sus derechos a mandar y a ser obedecido. A quiert acepta esta realidad y quiere vivirla, Yahveh se le acerca, hace suya- su suerte, lo protege, está con él, a su lado, y lo colma de felicidad / de dicha. Yahveh lo bendice y esta bendición es portadora de la' misma felicidad en que vive Yahveh.

Quien resiste a Yahveh y rechaza su voluntad, cae en desgracia, se convierte en enemigo. Yahveh se aleja y un cúmulo de males caerán sobre él.

Conviene advertir dos cosas. La primera es que el ámbito dei' Reino de Yahveh es todo el universo, aun cuando Israel le esté privilegiadamente próximo. Ese ámbito no está circunscripto por un pedazo de tierra. Yahveh ejerce su soberanía directamente sobre el hombre. La segunda observación es que el código imperante en este Reino- es la Voluntad soberana de Yahveh.

Esta misma relación entre Yahveh y los hombres crea vínculos esenciales entre ambas partes. El vínculo superior, el más sagrado, el que mejor expresa esta relación es el siguiente: de parte de Yahveh está su Gloria, su propia Majestad divina proyectada sobre el hombre; de parte del hombre está su anonadamiento que culmina en adoración. Mientras Yahveh muestra de alguna manera su Rostro, su Gloria,, su Majestad, el hombre se postra ante el arcano de Dios y lo adora.

II. VISIÓN NEOTESTAMENTARIA

El N'uevo Testamento no cancela el Antiguo. Lo esclarece y le arranca sus Misterios. Yahveh seguirá reinando con poder absoluto so-

bre los hombres y el cosmos. Pero una nueva realidad -germinalmente contenida en el Antiguo Testamento– aparece ahora. Es el Hecho central de la Historia, el que expresa el punto culminante de la relación entre Dios y los hombres. Ese Hecho es Jesucristo, a Quien, desde el primer instante, Dios, su Padre, lo presenta como Rey eterno.

El Reino seguirá siendo de Yahveh –Reino de Dios– pero comenzará también a ser Reino de Cristo, único protagonista de esta Historia divino-humana. Esta realidad llega a su plenitud dinámica al adquirir Cristo el derecho de comunicarnos su propia Vida y hacer de nosotros lo que Él es, convirtiéndonos con Él en Reyes y Reino.

El Misterio central es el Misterio de Cristo Salvador y Santificador, a quien el Padre entrega la humanidad entera, adquirida por Cristo al precio de su sangre y de su muerte. Adquiere también entonces el derecho de comunicar a los hombres el cúmulo de los bienes salvíficos, sobreabundante riqueza de este Reino.

III. LAS ANTINOMIAS

A lo largo del N'uevo Testamento –sobre todo en labios de Jesús y de sus Apóstoles– se anuncia o se presenta este Reino con variadas expresiones y con frecuentes antinomias.

Se lo anuncia, como objeto o sujeto, de varios modos: el Reino de Dios, el Reino de Cristo, el Reino de los cielos, mi Reino, el Reino.

El Reino ya está y sin embargo aún no ha venido. El Reino pertenece al tiempo, pero lo sobrepasa y está en la eternidad. Está fuera y está dentro. Lo da el Padre, pero hay que ganarlo violentamente. Es ofrecido y sin embargo hay que suplicarlo. Está dado toda de una vez, pero crece y se dilata. No es de este mundo, pero está en el mundo.

IV. EL REINO Y LAS GRANDES HORAS DEL SEÑOR

Hay horas y etapas claves en la Historia de Jesús. Todas ellas están marcadas por la promesa o por la presencia de su Reino.

Al iniciarse concretamente el **Opus salutis,** el misterio de la redención humana, el Arcángel Gabriel le adelanta a María Santísima el futuro del Hijo que virginalmente concebirá en su seno. "El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y su Reino no tendrá fin" (S. **Luc. 1, 33).**

En el exordio de su vida pública aparece el Bautista despertando el corazón de los judíos con esta frase categórica: "Convertios porque el Reino de los cielos está cerca" (S. Mat. 3, 2). Y cuando días después aparezca Jesús junto al Jordán, repetirá la misma frase: "Convertios porque el Reino de los cielos está cerca" (S. Mat. 4, 17).

En la promulgación de las bienaventuranzas, el Reino de los cielos vuelve a presentarse, esta vez en boca de Cristo, como meta que hay que lograr, como recompensa que se ha de recibir. Y al enseñarnos poco después a orar, pronunciando por primera vez el "Padre nuestro", en tres de sus peticiones —sobre todo en una: "venga a nosotros tu Reino"— reaparece el Reino de Dios como objeto y bien infinito al que las súplicas de los hombres deben tender necesariamente.

A partir de entonces todo un conjunto doctrinal en la predicación de Jesús estará ceñido al Misterio del Reino, el cual llega a constituir algo así como 'la verdad totalizante y la última explicación de su venida al mundo. Las Parábolas del Reino conforman todo ese conjunto doctrinal, capital inagotable para la Fe y la Vida de todo redimido, presentado con divina sencillez: "Semejante es el Reino de los cielos. . ." Y dejado así, sin aclarar, para que el Espíritu Santo descubra más tarde su profundo contenido.

En un momento culminante de la pasión de Jesús, Pilatos, que decidirá de su vida o de su muerte, le pregunta con énfasis: "¿Tú eres Rey?" Con más énfasis todavía le respondió Jesús: "Tú lo has dicho. Soy Rey y para serlo he venido al mundo. Pero mi Reino no es de este mundo" (S. Juan 18, 33).

¿Cómo pudo el buen ladrón conocer la existencia del Reino de Cristo, a Quien humildemente suplica quiera otorgárselo? Pero a esa súplica Jesús contesta de inmediato identificando Reino y Paraíso.

En el intervalo que media entre la Resurrección y la Ascensión lleva Jesús una vida misteriosa. Es el mismo y es otro. Aparece y desaparece. Prepara su definitivo retorno al Padre, al mismo tiempo que fortalece el corazón de los Apóstoles no sólo para que aprendan a soportar su ausencia visible sino también para que se dispongan a la próxima misión que deberán cumplir en el mundo. Horas éstas extraordinarias. El Tema de estos coloquios es uno sólo: "les habla del Reino de Dios" ("loquens de Regno Dei": Hechos 1, 3). En el umbral del cielo se detiene, vuelve sus ojos hacia atrás para decir la última palabra, recalcar la última recomendación. Todo lo demás pasa a un

segundo plano. La palabra, la recomendación inefable es **el Reino,** ese Reino que el Espíritu Santo descubrirá a su Iglesia diez días después, y lo continuará descubriendo hasta el fin del mundo tanto en la Iglesia como en el corazón de los hombres.

V. LA LEY DEL REINO

La prerrogativa superior de un rey es su poder. Un rey encarcelado, proscripto, o carente de poder es un simulacro que despierta compasión.

El poder de Dios es su omnipotente Voluntad. Ella es su razón de Creador y la razón de sus derechos sobre el hombre. Pero han llegado los tiempos de la Nueva Alianza, y con ella la Voluntad de Dios se encarna en un nombre nuevo. Se llama amor. Y el código de la Nueva Alianza es el amor.

Es ésta la ley del Reino. En ella están contenidas todas las exigencias de Dios y todas las ventajas del hombre. Reconocerá San Pablo que la plenitud de la ley es el Amor. San Juan llegará más lejos todavía y nos dirá que Dios es Amor.

El Amor Redentor se personifica en Cristo, y de un modo especial en orden a su Reino. Cristo es Rey de Amor. El Reino de Cristo es Reino de Amor. El poder, el señorío de Cristo sobre todo el universo será su activo amor dándose al hombre y aguardando del hombre el don total de sí mismo.

Pero el Reino de Cristo tiene sus enemigos, sus contradictores, sus rivales. Hay un reino de las tinieblas, un reino de la muerte. Hay un rey de la muerte y del pecado.

Sin concesión alguna al dualismo gnóstico, es absolutamente cierto que Luzbel es el enemigo permanente de Cristo y de su Reino. Y del mismo modo que los bienes salvíficos son bienes del Reino y son lambién el Reino, e! pecado bajo todas sus formas es el mal, y son los males del mal lo que constituye el reino del pecado y de la muerte.

Esta realidad introduce el tema de la lucha. La lucha es un Tema bíblico que se extiende desde el Génesis hasta el Apocalipsis. La realización de esta lucha es historia pasada, historia reciente, historia futura. Es el testimonio de los siglos.

Hay úna oposición real entre el Reino de Cristo y el reino del pecado. Quizás el peligro mayor no sea tanto la negación de esta opo-

sición cuanto la introducción de "una tierra de nadie, una supuesta Maginot" entre ambos reinos. Si así fuera, el poder del mal, unido a la intrínseca debilidad del hombre acabaría con toda resistencia, triunfando finalmente el mal.

No podemos eludir la lucha. Nada manchado entrará en el Reino de los cielos, y la túnica del alma no puede estar salpicada de barro o con arrugas.

La ley divina del Amor nos impone aceptar la lucha para asegurar la victoria del mismo Amor.

VI. EL REINO DE DIOS ESTÁ DENTRO DE VOSOTROS

Por la virtud de la gracia de Dios, por el Misterio de la Vida divina, los hombres estamos en Cristo. P'or eso somos hijos de Dios y participamos en los Misterios todos de Cristo, aun cuando de diverso modo. Por eso formamos con Él un mismo Reino y somos Reyes con Él.

Hay un texto en el Apocalipsis que tiene un vigor especial. Los misteriosos ancianos en postración cantan a Cristo un cántico nuevo: "Fuiste degollado y con tu sangre compraste para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación; y has hecho de ellos para nuestro Dios un Reino de Sacerdotes y reinan sobre la tierra" (5,9-10).

Cristo es el autor de este Reino, conquista además de su propia sangre. Reino ofrendado a Dios, reino sacerdotal, sagrado, reyes que ya reinan desde ahora.

El Reino de Cristo ha comenzado aquí abajo. Sin embargo surge espontáneamente la pregunta: ¿dónde está ese reino? ¿cuándo se manifestará? Los fariseos que repetidas veces han oído hablar del Reino interpelan al Señor: "¿Cuándo llegará ese Reino?" (S. Luc. 17, 20). La respuesta de Jesús es de extraordinaria profundidad: "El Reino de los cielos viene sin dejarse sentir" (ibíd.).

El silencio es la atmósfera de Dios. ¡Qué grande y cuán difícil de entender para nosotros, los hombres! El Reino de Dios viene sin ruido, sin estrépito; apenas rozando el alma para que ésta le dé paso a su interior. Toda la vida de Cristo ocurrió en el silencio, silencio que culminó en la Cruz, y que aun resucitado guardó celosamente. Nada extraño que siga hoy en silencio dentro de la Iglesia y a través de los

signos sacramentales. La Eucaristía es la expresión máxima de la conversación en silencio.

La levadura y el fermento penetran en la masa sin ruido alguno. Y luego crecen sin dejarse sentir. Ocurre lo mismo con el germen vital en la semilla. Otro tanto acontece con el crecimiento del árbol o del niño. Por más control, no se los ve crecer, pero ciertamente crecen.

Cristo está en el silencio, allí se instala. "El Reino de los cielos viene sin dejarse sentir", les dijo a los fariseos. Pero agregó esta insospechada verdad capital: "El Reino de Dios está dentro de vosotros" (S. Luc. 17, 21). Este Reino cumple en sí mismo la ley de la interioridad. La vida comienza desde adentro. Lo mejor del hombre está dentro del hombre. Lo más profundo de Dios está oculto en las profundidades de Dios. El Reino de Cristo acaece en el gran misterio de la interioridad de Cristo, intercomunicada con el interior de los hombres.

La crítica contemporánea acepta dos versiones del texto original; "El Reino de Dios está dentro de vosotros" y "El Reino de Dios está entre vosotros". Preferimos la primera, universalmente aceptada hasta hace poco. De todos modos la segunda no puede acabar sino reduciéndose a la primera, por cuanto los bienes del Reino sólo puede ser poseídos y vividos desde lo más profundo del ser humano.

'"El Reino de Dios está dentro de vosotros". Está en lo más profundo del hombre, de su corazón, de su espíritu. Allí donde el hombre se encuentra absolutamente solo, bajo la mirada de Dios, allí donde debe decidirse. Allí donde la decisión pasa a ser fuerza motriz de todo el hombre.

Allí, en ese interior, está el Reino de Cristo, como levadura, como fermento, como principio y germen de vida. Es absolutamente necesario que Cristo posea la totalidad del hombre que quiera formar parte de su Reino.

Cristo debe poseer la profundidad del corazón del hombre, la actividad y la luz de su mente, la fuerza de su voluntad, la limpidez de su conciencia, la rectitud de su conducta con la pureza de sus móviles. Cristo debe poseer todo aquello que queremos expresar con la palabra ESPÍRITU, al querer designar el "summum" del hombre –del hombre concreto– en su más íntimo reducto.

Si Cristo no posee con perfecto dominio y libre voluntad el interior del hombre, no posee al hombre. Y si el hombre no quiere eficazmente dar su interior a Cristo, no posee a Cristo.

Llegados a este punto la conciencia nos obliga a preguntarnos con límpida sinceridad: **¿Reina Cristo en mí? ¿El Reino de Dios está dentro de mí?**

Cristo –y, por lo tanto, Dios– reina en mí si acepto plenamente su voluntad y cumplo sus mandamientos. Reina en mí si lo amo sobre todas las cosas. Si en mi interior está "ordenada la caridad". Reina en mí si me esfuerzo por identificarme con Él, siguiendo esforzadamente el impulso generador de la gracia, y consagro mis potencias interiores a un mejor conocimiento y a un mayor amor de Cristo. Reina en mí si lo recuerdo, si lo' echo de menos al olvidarlo, si sufro sus ausencias. Reina en mí si todo mi interior está **en acto** para intuirlo a la distancia,, cuando se cubre de sombras. Reina en mí si lo busco y, una vez encontrado, descanso en Él. Reina en mí si lo reconozco y lo sirvo geneirosamente en mis hermanos.

Como a San Pablo, Cristo y su Reino nos acucian también a nosotros y nos urgen a recorrer –por la Fe y el Amor– el interior de Cristo y el interior de su Reino. Recorrer lo alto, lo ancho, lo largo, lo pror fundo de este inagotable Misterio. Pero es aquí, en este interior, en este interior nuestro –en donde hasta el silencio calla;– el lugar en que el alma puede aventurarse a correr esta aventura.

"Te buscaba afuera": así se expresaba, gimiendo un poco, el corazón de Agustín. "¡Te buscaba afuera y Tú estabas dentro!" ¡Qué aviso para el hombre que ha perdido a Dios y dramáticamente tantea el rumbo para volver a encontrarlo!

"El Reino de Dios es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (Rom. 14, 17). Nueva invitación a la interioridad persona!, nueva invitación al goce saciante de los bienes eternos, ofrendados ya desde aquí al atormentado corazón del hombre.

Cuánto dice el oro viejo de estas dos palabras: VIDA INTERIOR. A medida que caen los sucedáneos de Dios, y las decepciones humanas se vuelven más duras e implacables, surge con más fuerza la necesidad de bajar al interior de sí mismo para vivir esa vida de Dios, oculta en Cristo.

Del contacto vivificante con Cristo, con las Tres Personas divinas, nace una nueva vida en el interior del hombre. Y esa vida es LA VIDA. Morir por ella es vivirla aún más, es multiplicar hasta el infinito sus

riquezas íntimas, su poder transformante, su experiencia sobrenatural. Esta Vida interior, esta Vida divina es el plasma que nutre todo el Reino de Cristo.

El Espíritu de Dios testifica a nuestro espíritu que el Reino de los cielos está dentro de nosotros y que ese Reino es vida, que el mismo Espíritu alienta y fecunda. Testifica también que el Reino es Cristo y Cristo con nosotros. Y el Espíritu de Dios nos urge no sólo a vivir dentro del Reino, sino también a dilatarlo. Somos "constructores" del Reino.

Es un misterio, pero es real, que el Reino de Cristo necesita de nosotros para ser más grande, más bello, más firme, más santo. Reino que crece y se dilata por cada corazón que retorna al Padre, por cada pecador que se convierte, por cada justo que se santifica más. Cada uno de nosotros tiene que cumplir una misión intransferible dentro del Reino, en colaboración con Jesús y con su Espíritu.

Y volvemos a la sentencia del Señor: "El Reino de los cielos está dentro dé vosotros". Está en todo aquel que vive en gracia, en todo aquel que es de Dios.

Pero podríamos preguntarnos: ¿este Reino de los cielos consiste sólo en la posesión de Cristo y en la inserción en Él, o es algo más? Ciertamente es posesión y es inserción, pero al mismo tiempo es comunión y participación en todos los bienes' de la redención humana.

Esta activa participación –participación dinámica, expansiva– en los bienes salvíficos conlleva una fuerte estampación de la estirpe divina en el alma; algo así como la idiosincracia de Dios vertida en el hombre.

En virtud de esta estirpe divina, el rescatado –ahora hijo de Dios– adquiere un señorío espiritual, pero real, sobre todo el universo. Quien vive en Dios es, ante Dios y ante los Ángeles, mucho más que un príncipe heredero, porque puede exclamar con firme certidumbre: "Yo soy rey porque soy hijo de Dios. Soy rey porque estoy en Cristo y Cristo es Rey de reyes y Señor de los señores. Me ha prometido además hacerme sentar en su mismo trono".

VII. VISIÓN Y ÉXTASIS DE LA IGLESIA

Desde siempre la Iglesia viene meditando y contemplando el Misterio de Cristo, su Divino Esposo, como lo hiciera María Santísima guardando hechos y palabras en su corazón materno.

La mirada escrutante de la Iglesia penetra en el interior de Cristo para conocer más a fondo su inefable Misterio, iluminada con la luz que va descubriendo en ese mismo interior. Tampoco ella podrá agotarlo, pero con místico ardor quiere penetrar más hondamente, sumergida en la contemplación fecunda de ese gran Misterio.

Fruto de esta contemplación amorosa es la viviente Liturgia de la Festividad de Cristo Rey. La Liturgia es oración, es vivencia, es encuentro con el Señor, y es también Magisterio y Pedagogía divina.

De su contemplación de siglos brotó la Misa de Cristo Rey.

La meditación litúrgica de la Iglesia se detiene en primer lugar en la victoria del Cordero sobre la muerte. Aun para Cristo el Reino de Dios es gracia y es don del Padre; pero es también conquista suya. El Apocalipsis transmuta la muerte en la Cruz por la occisión del Cordero –Cordero degollado– como síntesis simbólica de la liturgia judía y de la liturgia cristiana.

Por su muerte, y por su victoria sobre la muerte, Cristo adquiere derechos absolutos sobre los bienes de salvación que ha de comunicar a los hombres. Bienes adquiridos, no con oro ni con plata, sino con el precio de su sangre.

Por eso la Iglesia canta en el **introito:** "Digno es el Cordero inmolado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza". Y a este canto responde la humanidad y la creación entera: "A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos".

Pero la Iglesia penetra luego en el misterio de la predestinación eterna de Jesucristo para apoyar en Él confiadamente su propia súplica. La concentración teológica contenida en esta **oración** de la liturgia, es realmente sublime.

Comienza recordando al Padre celestial su designio eterno de fundamentar todas las cosas sobre su Hijo bienamado –las cosas visibles y las invisibles– y de constituirlo Rey universal, recapitulados en Él no sólo el género humano, sino también todo el cosmos, para pedir la gracia de la liberación de la creación entera –subyugada por el pecado– de tal modo que liberada de esta servidumbre se entregue al servicio de su Majestad Divina y lo glorifique para siempre.

Omnia instaurare voluisti. **Instaurar todas las cosas en Cristo** es el programa de Dios, desde sus días eternos, cuando en su inescrutable

designio decidió la redención humana. En torno a este designio en Cristo Jesús –Principio y Fin– estará centrado todo el universo, el cual desde su propio interior, como por la fuerza de una llamada misteriosa, retornará a Cristo para someterse con Él al beneplácito de Dios, al suave yugo de su Amor.

Instaurar todo en Cristo es el programa permanente de la Iglesia toda. Fue la meta suspirada de todos los Santos y se convirtió en divisa sobrenatural desde que San Pío X la adoptó como programa de su pontificado, programa al que se entregó ardorosamente.

En el **Prefacio** de la Misa la densidad teológica se hace más subida, si cabe. La Iglesia se postra extasiada ante el Señor, Padre Santo, Omnipotente y eterno Dios –atributos que agradecida repite incesantemente la Iglesia–, mientras exalta ahora en su éxtasis de gozo la infinita Bondad de Dios, porque ha consagrado a Jesucristo Sacerdote eterno y Rey universal, ungiéndolo con el óleo misterioso que desborda alegría y crea alrededor del consagrado una atmósfera celestial, propia de la Jerusalén eterna. No es la primera vez que la Liturgia, inspirada en el Nuevo Testamento, une y eslabona con el Rey y Reino universal la gracia y el carísima de un Sacerdocio santo, real y eterno.

Gracias a esta Consagración, Jesucristo asciende al cruento altar de la Cruz, se autodespoja para ofrecerse al Padre en la más dolorosa pero filial inmolación, convertido en víctima de reconciliación perfecta. De este modo consuma el misterio de la redención humana, somete a su poder la creación entera, y entrega –devuelve– a la infinita Majestad del Padre un Reino eterno y universal.

Cristo es el autor y poseedor de este Reino, ante el cual los imperios y los reinos todos de la historia son rápidas ráfagas de humo "que fueron y no son". En este Reino nada tiene que ver ni la carne ni la sangre, ni el oro ni la espada.

Este Reino, por obra de Cristo, su Rey, está hecho, construido, animado por la Verdad y la Vida, por la Santidad y la Gracia, por la Justicia, el Amor y la Paz. Substantivos teológicos, propios de Dios, esenciales en Él. Son su Ser y son su obrar.

Substantivos teológicos que se convierten en "el material" divino-humano con el cual se estructura este Reino admirable. Estos substantivos, comunicados substancialmente a Cristo con el óleo de la Divinidad, son también sus bienes de conquista por obra de su sangre. Él es, de un modo propio y sobreeminente, Verdad y Vida, Santidad y Gracia, Justicia, Amor y Paz. Por eso dijimos al comenzar este trabajo que la palabra

"Reino", sobre todo en labios de Jesús, tiene una proyección y dimensión infinitas por cuanto contiene en sí el universo de la Gracia.

Cristo posee estos bienes. Él es ellos. Y Él, ellos y nosotros formamos un único Reino. El Amor sobrenatural, que es la suprema ley de este Reino, exige la más copiosa y abundante comunicación de bienes. El Bien total es Cristo y su Reino.

Con ansias de eternidad la Iglesia –y todos nosotros en Ella– clama: "Ven, Señor Jesús". Es decirle desde otro ángulo: "Venga a nosotros tu Reino".

Al acabar este reflexión volvemos los ojos y el alma a María Santísima. ¡Cuán profunda y gozosa habrá sido su visión de estas realidades! Ciertamente que no olvidó jamás las palabras del Arcángel: "Al hijo que de ti nacerá le dará el Señor el trono de David, su padre, y su Reino no tendrá fin".

Ella como nadie reina en este Reino de Cristo, del que puede decir también como nadie: "Mío es este Reino".

t ADOLFO TORTOtO
Arzobispo de Paraná

CARIDAD Y ORDEN CIVIL

Sobre la responsabilidad social de los católicos y la virtud teologal de la Caridad

Olvídate, olvido mío
de lo que dieras un día
y vuelve a darlo; confía
aunque se lo lleve el río.
Ous si lo dieras amando
al Señor en el hermano,
veris lo que fuiste dando
recogido por su mano.

- - Cantares del Peregrino — 3
El Reino
Miguel Angel Etcheverrigaray

"Diligite alterutrum, *quia preceptum Domini est, et si solum fiat* sufficit".

(Palabras del Apóstol San Juan, citadas por San Jerónimo en el comentario de la epístola a los Gálatas).

Observación preliminar

No hay imperativo alguno de la ley natural que no esté comprendido en la ley divina. Pero la ley divina, que se resume en dos preceptos: **amar** a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, de los cuales el segundo, enseña Nuestro Señor, es semejante al primero, transmuta el deber en un amor del. que el prójimo ha de ser destinatario siempre de algún modo.

Ello hace que la virtud de la Caridad sea eminentemente social y que su práctica promueva, por sí misma, el ordenamiento de la vida de la comunidad, así como el amor ordena la vida moral individual según aquello de San Agustín que define a la virtud como "ordo amoris", de tal modo y a tal punto que, con-

tra todas las apariencias, la acción social que no se asiente en la práctica genuina de la Caridad será, en cierto sentido, irremediablemente estéril.

Lo que distingue primordialmente al cristianismo no es la perfección en la práctica de las virtudes morales, sino ese signo por excelencia del verdadero amor a Dios sobre todas las cosas que es el amor a los semejantes[1]. "Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros" (Juan **XIII,** 35). Una raíz del amor al prójimo que lo distingue de la filantropía confinada en una concepción ajena al principio por excelencia de la concepción cristiana que es el habernos amado Dios primero, y ajena, por lo mismo, a la "creatureidad" del hombre, es decir, a que existe porque el amor de Dios le ha puesto en la existencia.

Las virtualidades de la conducta cristiana no se confinan en la intimidad espiritual de quien la practica; tienen siempre esa proyección cívica. Con la práctica de la Caridad el cristiano asume **plenamente** su responsabilidad política de un modo positivo y directo, a diferencia de lo que ocurre con la práctica de las virtudes morales individuales, que tiene, sin duda, resonancias en la vida colectiva, pero indirectas, pues no están en la intención deliberada del sujeto. La virtualidad cívica inherente a la vida de Caridad —que debe ser la del cristiano—, corresponde a una intención expresa de quien la vive. Y por eso este modo de asumir la responsabilidad política es positivo, directo e inmediato; tanto que ha de ser sobre la Caridad que se edifique la Ciudad y será en vano que se la intente sobre otro fundamento. Es lo que enseña el Salmo: "Si Dios no edifica la ciudad, en vano se esforzarán los que la construyen". Lo que edifique el amor a Dios y al prójimo, Dios mismo lo edifica, ya que es el amor de Dios al hombre lo que hace al hombre capaz de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, forma esta del amor que es la raíz de toda otra.

* *

Compañerismo y **amistad**

I

El hombre es un ser para el cual vivir es siempre y necesariamente, vivir en una sociedad y vivir de ella. Dentro de las

genéricas relaciones con sus semejantes a las que nadie puede substraerse, el hecho de que la propia actividad u ocupación sea común a varios promueve, por de pronto, formas especiales de convivencia (el compañerismo de cualquier especie de asociación destinada a realizar un común propósito, sea el gremio correspondiente a un determinado trabajo, la corporación cultural, el colegio profesional, etc).

Si se excluye el mero **hecho** de las realizaciones que la convivencia trae consigo accidentalmente y se consideran los modos más entrañables de comunicación, lo que primero se observa son estos compañerismos constituidos por el común propósito, común trabajo, común empresa o común forma de vida, provenientes de que en estos cas'os cada uno recibe de los demás y al mismo tiempo les presta una asistencia relativa a la consecución de lo que les es común. No cabe hablar, sin embargo, de un **bien común** en sentido estricto, porque el fin o bien que se procura es "común" a los integrantes de cada agrupación, pero parcial con respecto a la sociedad toda. Además, no se lo procura en rigor como bien común sino como bien particular en cuya obtención cuenta la asistencia que resulta de entrar orgánicamente en relación con todos los que se proponen el mismo fin. El bien del otro se procura indirecta y relativamente. La especial comunicación a que aludimos se establece a partir de una consideración del bien propio y para su mejor consecución.

No se atribuye aquí carácter moral a la distinción de relaciones interesadas •—como puede ser esto— y desinteresadas, pues es lícito hacer de la relación con los semejantes el medio de obtener un bien particular, mientras se lo obtenga sin perjuicio del bien del prójimo. Pero si no se distinguen del punto de vista de la licitud, haj' entre las dos clases de relación orden de prioridad. Si, como enseña Santo Tomás, en las desinteresadas "lo que se ama, se ama por ello mismo y en absoluto" (S. T. I-II, 26, 4), para que estos compañerismos, especificados por sus fines parciales, entren en la categoría de las relaciones desinteresadas es preciso que la intención con que se establezcan se inserte en una preexistente y superior voluntad de estar con **tddo** prójimo en la disposición de espíritu a que se refiere el texto de Santo Tomás.

II

La amistad en su sentido propio y al mismo tiempo lato, esa correspondencia de afecto en que al semejante se le quiere por

él mismo, es, en el orden natural, la relación de ese género. Tiene la amplia comprensión del género porque lo que mueve a comportarse con otro de ese modo no es una particular comunidad de condición o de propósitos, sino pura y simplemente el ser un **semejante.** Se trata del reconocimiento tributado a la dignidad espiritual de esa semejanza; una dignidad que es como la propia: de ahí la "semejanza" en la que se funda el amor a sí mismo.

No es preciso destacar la fecundidad de que puede ser capaz una tal disposición de espíritu en punto a dignificación de todos los órdenes de las relaciones humanas; tanto que si bien la recta disposición institucional de ellas favorece, sin duda, la buena convivencia, lo obtenido tendrá valor, consistencia y permanencia siempre que preexista esa disposición de espíritu respecto a los miembros de todos los organismos comprendidos en ese ordenamiento. De lo contrario predomina en esos vínculos especiales una tendencia a la rivalidad, y en el "compañerismo" respectivo concluye por ser más importante que el espíritu de comunidad la fuerza de beligerancia que posea la agrupación. La confrontación del espíritu que animaba originariamente a las corporaciones tradicionales con el que animó luego al sindicalismo revolucionario, o la consideración de lo que es generalmente la convivencia política bajo un régimen de partidos, ponen de manifiesto la índole de los compañerismos a que nos referimos cuando no se articulan entrañablemente en un superior espíritu de amistad respecto a **iodo** prójimo. Por eso ya observaba Aristóteles que la virtud ele la amistad condiciona la perfección de la justicia; si los hombres fueran amigos no sería necesaria la justicia, pero si son solo justos sigue siéndoles necesaria la amistad.

Esta necesidad de una actitud espiritual hacia los semejantes, capaz de superar y comprender las aludidas formas parciales de convivencia, al mismo tiempo que conduce a hacer de la amistad el género al cual deberían pertenecer aquellos compañerismos como especies de él, -—formas diferenciadas, pero animadas por su mismo espíritu—, levanta una objeción: una amistosa disposición de espíritu hacia todos los semejantes no puede concebirse, en el orden natural, como no sea suponiendo en todos la perfección de todas las virtudes, es decir, suponiendo lo humanamente imposible.

Es la experiencia de los humanismos confinados en el orden natural, para los cuales el hombre es fin último absoluto, —que

se basta a sí mismo—. de toda organización que le concierna. Y es sobre todo la experiencia del humanismo antropocéntrico de la libertad que caracteriza superlativamente a los tiempos modernos y cuyo fruto es el mundo despedazado y el hombre rebajado de nuestros días'. Hay una patente discordancia entre lo que teóricamente debería seguirse de esa amistosa disposición en cuanto a la bondad o perfección de la vida social y la experiencia de lo que el hombre por sí mismo puede, respecto al amor al prójimo. Este es un síntoma, entre muchos, de la condición de la naturaleza humana después del pecado original. En la conciencia de que no puede ser por sí mismo, librado a sí mismo, lo que debiera ser, está el drama del hombre.

* *

L-a Ley de la Caridad

La "ley de Dios" se resume en amarle sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos (Mateo, XXII, 37, 38). Dios ha de ser amado sobre todas las cosas porque es el Sumo Bien. La bondad de las cosas creadas, aún las más valiosas y perfectas, es un bien participado. Sólo Aquél de quien lo han recibido es **el Bien.** Por eso **todas** las cosas creadas han de ser amadas **en** Dios, es decir, en la Causa Primera de su ser; ninguna puede serlo por sí misma sin que con ello sea quien la ama infiel al amor de Dios. Pero **todas deben ser amadas.** Ha de quererse **ordenadamente** el bien de **todas,** porque todas son de Dios en el sentido de que las creó Su amor. "Ordenadamente" porque el amor del hombre a todo lo que no es Dios no se **subordina** como debe al amor a Dios si no se ordena según la jerarquía de las cosas amadas, amándolas por lo que verdaderamente son, tal como Dios las hizo y las dispuso. El hombre, que por la perfección de su naturaleza preside el mundo visible, creado por Dios a Su imagen y semejanza es, por ello, lo primero en el orden del amor a las cosas de este mundo. El amor a sí mismo tiene este fundamento y esta jerarquía. Pero por idéntica razón el amor al prójimo tiene una **jerarquía** equivalente. De ahí que quien no ama al prójimo como a sí mismo no ama a Dios como debe ser amado (Mateo, XXV, 40, 45; Lucas, X, 27).

Pero si bien el segundo de estos preceptos está implícito en el primero, el mandato explícito de amar al prójimo revela lo

que la Caridad cristiana tiene de absolutamente nuevo frente a todas las formas, aún las más elevadas, del Eros antiguo. Tanto que "el, culto de Dios cede el paso al amor al prójimo... En ¿?l día del Juicio la Caridad para con el prójimo será la norma de la pertenencia al Reino de Dios" (Mateo, XXV, 34 y 36) (1). Es por las obras de misericordia, por lo que hayamos hecho con Jesucristo en nuestro prójimo, que seremos juzgados el último día. Amar al prójimo como a nosotros mismos es más que desear para él todo el bien que deseamos para nosotros; es hacer del bien del prójimo la condición de nuestro propio bien. Para ello el amor a nosotros mismos no ha de consentir el deseo de ningún bien que obste de algún modo el de los semejantes; ha de insertarse en el reconocimiento de la primacía del bien común. Y el Bien Común por excelencia es Dios, Bondad infinita, eminentemente, difusiva y comunicable.

Hay un nombre de Dios que no es ninguna de las denominaciones abstractas correspondientes a la perfección absoluta de Su Ser; el nombre de **Padre,** con el que damos a entender esto* mismo y con ello el fondo del misterio cristiano, que ea **el amor de Dios al hombre.** El verdadero amor a Dios consiste en una disposición de nuestra voluntad que quiera para **ledos** los semejantes el bien que Dios quiere para todos Sus hijos, un bien que es Él mismo pues estamos llamados a participar sobrenaturalmente en Su propia vida. En ello consiste la misteriosa posibilidad de ser perfectos como lo es el Padre que está en les cielos (Mateo,. V, 48). Una perfección que el amor de Dios le hizo posible al hombre por la gracia de la Redención; la Gracia de poder amarle como Él nos ama y de poder amar al prójimo como Él lo ama.. "Amáos los unos a los otros **como Yo os** he **amado".**

¥ *

La Caridad no es, pues, un elemento de la vida moral sino su plenitud, como lo resume San Agustín en aquella audaz expresión suya: "Ama y haz lo que quieras" (Trat. VII, Ep. Juan, 8). Quien ama de este modo no hará sino lo que debe. Y podrá todo lo que debe infinitamente más allá de sus fuerzas, porque entonces no es él, según la palabra de San Pablo, quien vive y obra.

(1) F. X. Durrwell C.SS.R., *La Charité,* pág. 11.

sino Cristo en él (San Pablo, Gálatas, 2, 20). Es lo que enseña el mismo Apóstol al enunciar las notas de la Caridad en el himno a ella que es el Cap. XIII de su primera Epístola a los Corintios: "La Caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece. No es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve a ira, no piensa mal. No se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad. Todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta".

Dos cosas importa señalar aquí a propósito de este pasaje central que compendia lo que *es* capaz de llegar a ser el hombre en virtud del amor, o más bien, lo que Dios hace del hombre cuando éste pone la gloria de su libertad en serle fiel: 1? hasta qué punto el espíritu de Caridad se proyecta sobre todas las formas o modalidades de la convivencia, no como una cierta virtud complementaria de todas las que conciernen a las relaciones sociales, sino como una superior formalidad de todas ellas, como una transposición de la justicia al orden sobrenatural; 2ª que semejante estado de espíritu dispone eminentemente para el amor al bien común, y por ende para la subordinación a él de todo bien singular, bajo la forma del **amor al orden.**

Es que el punto de vista de la Caridad en el trato con los semejantes es, si se permite la expresión, el punto de vista de Dios. La Caridad procura en bien de nuestros prójimos lo que el amor de Dios quiere para ellos. Intento imposible en el orden natural, que la sobreelevación operada por la Gracia hace posible. Pero aunque se prescinda de esto último, —recuérdese que la Gracia no destruye a la naturaleza sino que la promueve—, y sólo se considere lo que serían, en los límites del mero orden natural, las relaciones inter-individuales que se propusieran la dirección indicada en el texto de San Pablo, siempre que se tenga presente el punto de partida, que es el amor a Dios sobre todas las cosas, —lo cual cabe en una concepción meramente natural—, se verá a la "noción" de bien común adquirir una fisonomía concreta y viviente, y su primacía se nos hará patente con un vigor que no tiene cuando a esa noción se accede partiendo de la consideración de los bienes singulares. Si "es imposible, —como enseña Santo Tomás—, que un hombre sea bueno si no está perfectamente proporcionado al bien común" (Suma Teológica, I-II, cuest. 92, art. 1), la naturaleza y jerarquía del bien común al cual se proporcione dará la medida de su bondad. Proporcionarse al Bien

Común por excelencia, que es Dios, traerá consigo una máxima proporcionalidad al bien común temporal, consistente en ese extremo de la generosidad y el don de sí que es la abnegación.

* ¥

Esta es la razón y la raíz de lo que hemos llamado la virtualidad cívica de la Caridad, la causa de que la práctica de ella tenga en todos los órdenes de la **convivencia** humana en este mundo eficacia directa, inmediata y esencial; una eficacia que no se da por accidente sino como efecto propio de la virtud mencionada. Y no por cierto en sólo algunos sectores del orden temporal, como son los que podrían considerarse más dóciles a una influencia espiritual, sino en todos, sin excepción, y en todo momento y todas partes. Porque la Caridad es principio de vida para la totalidad de la existencia humana, que es la de una unidad substancial de cuerpo y alma.

La vida de Caridad actúa sobre el orden natural asumiéndolo íntegramente, como una forma a su materia. No es, ya se dijo, una particular y superior forma de vida que se agrega a la del orden natural y la corona, sino una íntegra transposición de este último en cuya virtud la elevación sobrenatural de la existencia humana adquiere —valga la paradoja nominal—**, naturalidad;** es, como en los santos, lo ordinario, lo común, **lo natural.**

De ahí que un amor al prójimo por el amor a Dios, equivalente al amor a nosotros mismos), no sólo depura las formas de la convivencia con las que se constituye la estructura institucional y política de las sociedades humanas, sino que las **transforma.** Y más aún, todas las> modalidades de la convivencia adquieren por virtud de ella una vitalidad creadora en el propio orden temporal. No es aventurado afirmar que la Caridad es capaz de crear instituciones, de crear un orden temporal, de crear una civilización, poniendo para todo ello el fundamento nuevo: "Que os améis los unos a los otros **como Yo os he amado.** .. que améis a vuestros enemigos" (Juan, XIII, 34; Mateo, V, 44; Lucas, VI, 27 y siguientes). Con su cumplimiento fueron asumidas y transformadas en los primeros siglos del cristianismo las estructuras sociales del mundo antiguo y creada la civilización cristiana.

* *

•Caridad y sociedad

Es distintivo de la Iglesia que sus fieles vivan su fe como súbditos de un Reino, miembros de una comunidad. Su vida religiosa no se confina en una relación individual con Dios; tiene siempre un carácter comunitario y más aún, orgánicamente social, por cuanto es miembro de la Iglesia, sociedad jerárquica constituida sobre el reconocimiento de una común autoridad y de una común doctrina de la que esa Autoridad es definidora y depositada, por la común participación en un mismo sacrificio, en los mismos sacramentos y la misma oración. Y el vínculo que hace de la multitud de los fieles un Cuerpo vivo, de cada fiel un miembro de ese Cuerpo, y de todos ellos "miembros los unos de los otros", según la palabra de San Pablo, es la Caridad.

La realidad social de la Iglesia es obra de la Caridad. Y por *eso* la medida de la virtud vivificante de la Iglesia en la Sociedad temporal no es otra que la medida del amor al prójimo con que sus hijos viven en ella su Fe. Esta es la presencia del Reino de Dios en el mundo ([2]).

Esto fue dicho al mencionar lo que llamamos la virtualidad •cívica de la Caridad. Sólo que al darse aquí la conclusión como una consecuencia de que la genuina religiosidad cristiana es de por sí, en su misma esencia, una vida social, —por lo cual el "sentido social" es eminentemente propio de la condición cristiana—, puede observarse cómo la práctica de la Caridad trasciende los límites de las relaciones interindividuales para recaer sobre lo institucional u orgánico de ellas. El bien del prójimo no es cristianamente concebible fuera del orden social requerido para su existencia. El significado cristiano de **la paz** es elocuente a este respecto. Querer el bien del prójimo como la Caridad lo quiere

---

(2) El Reino de Dios no es de este mundo (Juan, XVIII, 36); no es lo que los judíos querían que fuese: como los reinos de este mundo. Las cosas de este mundo tienen su orden propio; es lo que debe dársele al César. Pero así como el alma *inmortal* es una cierta presencia de la eternidad en el tiempo, este Reino es la presencia del orden sobrenatural en el mundo para el cual es lo que el alma para el cuerpo. De él tiene que recibir el orden temporal la información que lo haga *viviente.* Sin él lo temporal se desorbita, se corrompe y muere, con esa desintegración de las sociedades humanas causada por la falta de paz.

implica querer ese orden. El reconocimiento y la aceptación del propio lugar social y del de los demás, y el acatamiento prestado al trato diferente de las distintas situaciones, que la justicia exige, son los requisitos concretos de una convivencia ordenada al bien común, que arraiga precisamente en esa justa diversidad. Y el amor al bien común bajo la forma superior y viviente del amor a Dios y al prójimo, comporta un reconocimiento y un acatamiento de esta desigualdad por completo distintos! de los que puede imponer u obtener la autoridad y la ley.

Si el bien de todos y cada uno de los semejantes no es reconocido y querido como la condición primera del bien propio, no bastará la bondad de las leyes ni la fuerza de la autoridad para hacer que la Justicia prevalezca. Y no es reconocido y querido de ese modo sino a la luz y por el imperio del amor. Quien ama al prójimo como a sí mismo en el amor a Dios no sólo queda pacíficamente en los límites del propio derecho y tiene para el derecho ajeno un respeto inviolable, ni sólo antepone al reclamo del derecho el cumplimiento del propio deber, como lo exige el orden natural; su voluntad de justicia recibe del espíritu de **abnegación** una formalidad nueva, con lo cual la virtud natural de justicia es asumida, sin sacrificio de su ser propio, por un orden más alto. Es la disposición de espíritu de quien busca ante todo el Reino de Dios y su justicia, a cuya proyección en el orden temporal hemos de referirnos al final de estos apuntes.

No se redescubrirá, escribe Guardini, lo que significa "mandar" y "obedecer" "si Dios no es reconocido como la norma viva a la cual se refiere la existencia. En última instancia no tiene sentido mandar sino de parte de Dios, ni lo tiene obedecer sino en relación a Él" ([3]). Sobre este sentido del mando y la obediencia se asienta la conducta social del cristiano que vive en la Caridad. De ello se sigue en aquel a quien le toque detentar la autoridad un ejercicio de ella como servicio de Dios y del prójimo que promueve la generosidad de la obediencia. Y se sigue una obediencia que allana y favorece el fiel y acabado cumplimiento de aquel mando. La fecundidad de este espíritu va aún más lejos. De él pueden surgir como ya dijimos —y la historia da testimonio de que se han seguido—, formas nuevas de convivencia organizada capaces de alcanzar categoría institucional, como fueron las ór-

(3) *La Puissance,* pág. 99.

denes religiosas y las corporaciones sobre las cuales se levantó la civilización cristiana. Y promueve la radical renovación de la sociedad natural por excelencia, piedra angular de las naciones,, que es la familia, por lo que significa en el orden de la Caridad la elevación del matrimonio a la dignidad sobrenatural de sacramento ([4]).

* *

El Reino de Dios y su Justicia

"Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todas las: demás; cosas se os darán por añadidura" (Mateo, VI, 33). En el Evangelio de San Mateo este pasaje, que forma parte de la instrucción impartida por el Señor después de predicar el Sermón de la Montaña y enseñar la oración del Padre Nuestro, está precedido por la amonestación de que no se ha de servir a dos señores. Sin duda se ha de dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. La distinción de las dos potestades es doctrina cristiana original y expresa. Pero también lo es que el César no tendría potestad si no la hubiere recibido de lo alto (Juan, XIX,

---

(4) Con ser capaz la Caridad de sanear, renovar y reformar las instituciones temporales existentes y aún de promover la creación de modos nuevos de convivencia orgánica, ello reclama de todos modos una formalización que dé estado de derecho, estructura y estabilidad jurídica a lo promovido por ella en el orden social y político. El primer requisito para ver claro a este respecto en las actuales circunstancias entenebrecidas es substraerse al *estado de espíritu* engendrado por las instituciones cuya impotencia se ha hecho manifiesta, y suplantarlo. No basta con la recuperación de los principios a la luz de la fe; se requiere un estado de espíritu que disponga para convivir entrañablemente todos los extremos de la desolación contemporánea. Un pasaje de Saint-Exupery, citado por de Koninck en su "Primacía del bien común" contiene una penetrante observación a este respecto. "Nos hemos engañado demasiado tiempo sobre el papel de la inteligencia. Hemos descuidado la sustancia del hombre. Hemos creído que el talento de las almas bajas podía contribuir al triunfo de las causas nobles; que el egoísmo hábil podía exaltar el espíritu de sacrificio; que la dureza de corazón podía, mediante el aire de los discursos, fundamentar la fraternidad o el amor".
Un conocimiento por connaturalidad, una participación de la simpatía

11). Lo que es del César es, pues, ante todo, de Dios. Y estar el orden de las cosas temporales subordinado al Reino de Dios quiere decir estar dispuesto para que el súbdito de la potestad temporal lo sea del modo que más perfectamente lo disponga para serlo del Re'no de Dios, esa perla de gran valor para cuya adquisición debiérase estar dispuesto a venderlo todo (Mateo, XIII, 45).

Pero en este punto hállase precisamente el riesgo de considerar el ordenamiento de las cosas de este mundo, —el ordenamiento de la sociedad y del Estado—, por obra de la acción política, como requisito o condición para que advenga o prospere el Reino de Dios. Y junto con este riesgo de sobreestimar la acción política, está el de subestimar la eficacia propia, inmediata y directa de la Caridad en la fundamentación, instauración y elevación de dichos órdenes. El pasaje del Evangelio recién citado enseña que este último planteo invierte los términos del verdadero orden. Alude, sin duda, y por de pronto, a la relación de las dos potestades, y por lo mismo a que el Reino de Dios no es ajeno a la acción de las potestades temporales, para el bien o para el mal, pues los mismos hombres son súbditos de ambas y la unidad de la existencia humana hace que cuanto actúa sobre cualquiera de sus partes actúe de algún modo sobre el todo. Pero además de enseñar que el verdadero orden de esta relación es el de la indicada subordinación enseña, —y es lo que ahora importa destacar—, que al reconocimiento vivo y efectivo de la subordinación, consistente en amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo, —que esa es la justicia a que alude el pasaje—,

---

en la actividad de la inteligencia que extienda y afine su visión de lo contingente y de la particularidad de lo concreto, que tanta resistencia oponen a la aprehensión intelectual, es lo que se requiere para el entendimiento de la "substancia del hombre" que está en esa categoría de realidades. Y sin la iluminación de la inteligencia por el amor es inaccesible el discernimiento de lo que concierne al buen orden de las relaciones humanas y a su principio, el bien común, principio de "toda ley, de todo derecho, de toda justicia y de toda libertad". Pero un conocimiento semejante requiere una *convivencia* de ese género singular en el cual el semejante es tratado como verdadero prójimo, como si se tratara de sí mismo; requiere una suerte de padecimiento de la condición humana actual del que sólo se es capaz con espíritu de Caridad y desde la experiencia de la Caridad.

le será inherente una plenitud de eficacia y fecundidad en punto a todas las necesidades temporales, —"todo lo demás", se dará, por añadidura.

La generalidad omnicomprensiva con que Nuestro Señor menciona "la añadidura" incluye, naturalmente, junto con la comida y el vestido, que allí se mencionan, todo lo que condiciona su obtención y por lo mismo una sociedad organizada. Y a esto Dios "lo dará" en la medida en que la Justicia de su Reino sea "ante todo" el objeto de nuestra voluntad, lo elegido por nuestra libertad. Es en esa elección originaria donde se juega todo el poder del hombre, que por ser, como todo lo del hombre, un don de Dios, no tiene otra eficacia que la proveniente de la participación en la voluntad de Dios. Hacer la voluntad de Dios es el hacer humano verdaderamente libre, es el hacer propio y digno del hombre y es un hacer omnipotente. A la experiencia de su nada, —que es, en todo momento, la experiencia del hombre—. se contrapone la posibilidad de esa omnipotencia participada.

El amor de Caridad asume de tal modo la totalidad de la conducta humana que comporta de por sí la promoción de todas las virtudes naturales. Para lo que estamos considerando importa poner el acento en que, con ser de otro orden la formalidad de la virtud que la Caridad promueva, promueve, asume y sobreeleva por el amor al prójimo como a sí mismo todos los actos de las virtudes sociales del orden natural. Reconocimiento en suma, de la primacía del bien común.

Ello se expresa en el misterio de la Encarnación, por la que fuimos redimidos. Jesucristo, Dios hecho hombre, es el misterio de una elevación de lo humano a lo divino en la que lo humano, y con ello todo lo temporal, conserva intacto su valor. "El avance de la humanidad —escribe Dom Vonier—, en todo posible género de progreso espiritual, místico, intelectual y material es la única verdadera y adecuada visión del real significado de la Encarnación para el género humano" ([5]).

Fe, Caridad y libertad

Acabamos de aludir por tercera vez a la concepción cristiana de la libertad. Quizás no haya en nuestro tiempo palabra más:

---

(5) Dom Vonier, *La personalidad de Cristo,* pág. 200.

equívoca, ni equívoco de más graves consecuencias. Tanto que hasta los propios católicos estamos expuestos a que nuestra concepción de la Caridad minimice la Fe y altere el orden de la relación en que se hallan estas dos virtudes teologales. Como si la libertad del amor en que consiste la Caridad hubiera de atenuar la rigurosa intransigencia que la profesión de la Fe impone respecto a la verdad sobre la que recae, y fuera gracias a esa atenuación que la Caridad habría de pacificar, armonizar y unir.

Importa, pues, recordar a esta altura que la Fe es el fundamento de la vida cristiana, y por lo mismo la plenitud de la Caridad no puede concebirse sin la integridad de su fundamento.

El hombre tiene la posibilidad de comportarse o no conforme a la verdad de la que Cristo vino a dar testimonio y que es el título de su realeza: "Yo soy Rey. Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la Verdad" (Juan, XIX, 37). Puede o no acatar ese imperio; en ello consiste su libre arbitrio. Pero como la razón de ser de la existencia humana es el reconocimiento de la verdad por la inteligencia y la consecutiva práctica del bien por la voluntad, pues no somos jueces de lo que es verdadero y lo que es bueno, sino que la verdad y el bien son nuestros jueces, en aquella decisión de su libre arbitrio juega el hombre su destino.

Por otra parte, el valor de este comportamiento proviene de ser una libre sujeción. No hace el hombre de un modo plenamente conforme con su dignidad lo que es debido, sino cuando lo hace con verdadera y plena libertad, **porque quiere;** es decir **por amor** a lo que se propone alcanzar con el movimiento de su voluntad.

La libertad es, sin duda alguna, de la esencia del amor; pero por lo mismo, el amor es tan falible como la libertad. El hombre puede querer, y quiere con lastimosa frecuencia, lo que no debe. En eso consiste su libre arbitrio, que es la **condición** de su dignidad pero no el elemento esencialmente constitutivo de ella. Este es el nudo del equívoco.

No todo acto humano libre es digno por ser libre. No hay dignidad, sino traición a ella, en el acto de quien ve lo mejor, y en ejercicio de su libre arbitrio, hace lo peor. El elemento esencialmente constitutivo de una conducta humana digna es, como ya lo recordamos, su conformidad con la ley en el sentido más alto y general de Ja palabra, es decir, con la norma que distingue su-

prema, universal y necesariamente, el bien del mal. Pero si esa conformidad es de cualquier modo impuesta y no libre, el acto* no está en el ámbito de la responsabilidad que es, en cierto sentido, uno mismo con el de la dignidad.

En suma, si bien, como quedó dicho, no todo acto libre del hombre es digno de ser libre, si no es libre no es digno de él. En la libertad está al mismo tiempo la condición de la dignidad humana y la posibilidad de traicionarla. Y, al ejercicio pervertido de la libertad corresponde la perversión posible del amor. No es, pues, extraño, que esta última palabra lleve consigo una carga de equívocos equivalente a la que contiene la palabra libertad. Así como la libertad no tiene la milagrosa virtud de curar las heridas que abra, no todo amor, solo por ser amor, redime.

El amor que redime es el amor de lo que debe ser amado sobre todas las cosas. A través de este amor la libertad del hombre-se transforma. En el amor con que la Verdad es libremente abrazada, lo que no se le subordina se ccnsume como devorado por el fuego, y con ello el hombre se libera de toda solicitación indigna de él. Ya no se trata de la libertad de optar, que tanto puede-ser empleada para el bien como para el mal; pero se sigue tratando de la libertad, y ahora con una plenitud de sentido de la que está a inconmensurable distancia aquella otra, porque ésta,, que proviene del acatamiento de la soberanía de la Verdad, hállase-por lo mismo, redimida de la falibilidad que es propia de la libertad de optar. Este es el **esia,do** de **libertad,** si así puede llamársele, la suprema liberación a que se refiere San Agustín, cuando dice que el amor de lo que debe ser amado sobre todas las cosas, nos pone en disposición para hacer lo que queramos.

Sin el reconocimiento de la soberanía de la Verdad no hay para el hombre real libertad. Es lo que expresan las palabras de San Pablo: "donde esté el Espíritu del Señor estará la libertad", que son un eco del anuncio y la promesa de Nuestro Señor en el Evangelio de San Juan: "La Verdad os hará libres" (VIII, 32).

Esta es la libertad que la Caridad engendra. El verdadero amor, el "buen querer", como le llama Santo Tomás, no es hijo de la libertad, sino causa de ella. No es porque sean libras que los hombres se aman mutuamente; en el ejercicio de su libertad también se execran y se aniquilan mutuamente. Su condición o estado de verdadera libertad, o para ser más precisos la liberación.

de que pueden gloriarse es la que proviene de amar a Dios sobre todas las cosas', cuyo fruto y signo es el amar al prójimo como a sí mismo. La fuente de la concordia y de la paz no es aquella libertad, sino esta Caridad, porque la paz es hija de la justicia; pero la justicia sin Caridad es algo así como una justicia desalmada.

Y como la Fe es el fundamento de la Caridad, en el punto de partida de la disposición de espíritu que supremamente une, está la opción que desde otro punto de vista divide tajantemente: la de estar o no con Cristo. Mientras estar con Él es ser ante todo y hasta el fin, testigo fiel de su Verdad (6); no estar con Él no es neutralidad a su respecto, sino estar contra Él: "el que no está Conmigo está contra Mí" (Lucas, XI, 23). De la integridad de la Fe depende la perfección de la Caridad, y las obras de misericordia, frutos de la Caridad, son el argumento de la Fe (Santiago, II, 14 a 26).

El "mandato nuevo", "que os améis los unos a los otros, **como Yo os** he **amado",** enuncia la relación de estas dos virtudes y la primordialidad condicionante de la Fe respecto a la Caridad, porque no amará al prójimo como Nuestro Señor amó a los hombres sino quien cree que el modelo de ese amor es el Verbo que "se hizo carne y habitó entre nosotros". San Juan resume todo ello en las palabras de su primera epístola: "el mand,amiento de Dios es que creamos en el nombre de Su Hijo Jesucristo y que nos amemos mutuamente" (III, 23).

Tan entrañable y esencial es la relación de estas virtudes que la forma extrema de sus respectivos testimonios, el de la Fe, consistente en ser fiel a la Verdad hasta el martirio, esto es, obedientes como Cristo mismo, hasta la muerte (San Pablo, a los Filipenses, II, 8), y el de la Caridad, que consiste en "dar la vida por los amigos" (Juan, XV, 13), se identifican en una misma voluntad de abnegación —"el que quiere seguirme, niéguese a sí mismo"—

---

(6) Verdad que divide porque los hombres, dice San Agustín, la aman cuando brilla y la odian cuando los reprende, la aman cuando se descubre a sí misma y la odian cuando los descubre a ellos (*Confesiones,* L. X., cap. 23).

(Mateo XVI, 24), sin la cual podrá haber compromisos y transacciones con el prójimo para sobrellevar la convivencia social con cierto orden, pero no **paz.**

¥

El modo y el tiempo de la eficacia de la Caridad

Los cristianos confiamos, sin duda, en que la Caridad hace santo a quien de veras la practica, pero la laicización del orden temporal operada con tanta tenacidad y consecuencia durante los últimos siglos ha hecho que perdamos la confianza en que la práctica de la Caridad sea capaz de ordenar una sociedad, de sanear y perfeccionar una civilización, de obrar la plenitud del bien común temporal. Ha concluido por parecemos que esto sólo puede ser obra de la acción política. No negamos de un modo positivo y expreso que esta virtud de la Caridad traiga consigo el acabado cumplimiento de todos los deberes, y por ende, el de los sociales y políticos, —negación inconcebible por parte de un cristiano—; pero lo negamos pasiva, tácita, inadvertidamente cuando en la consideración de lo que se ha de entender por acción cívica atendemos antes y más a aquello cuyos efectos son inmediatos, notorios y humanamente previsibles, que a esa otra recóndita fecundidad de ella que hemos tratado de destacar en todo lo precedente. Y el motivo de semejante preferencia es, quizás, que el modo y tiempo de la virtualidad indicada sea humanamente imprevisible; se trata de una acción que desde este punto de vista, hállase en los antípodas de la acción propiamente política, de cualesquiera formas de acción meramente temporal.

La **previsión** y la **oportunidad** son ingredientes decisivos en esta última. En política lo que no se hace **a su tiempo** suele malograrse irremediablemente. Por consiguiente la visión anticipada de las circunstancias en las cuales ha de ejecutarse el acto político de gobierno es otro ingrediente decisivo en la clase de acción a que nos estamos refiriendo. Además ésta requiere que sus frutos sean en cierta medida notorios e inmediatos, porque con ellos se manifiesta su **eficacia,** y la eficacia es la condición del acatamiento o aquiescencia del cual depende el ascendiente del político.

En lo que a previsión, oportunidad y eficacia se refiere la Caridad está, dijimos, en las antípodas de la acción pública alu-

dida. Todos los tiempos y todas las circunstancias son **absolutamente oportunas** para la acción de la Caridad y, por consiguiente, para la gravitación de ella en el orden social y político. Y esa acción es siempre **absolutamente eficaz** porque en las obras de la Caridad el cristiano hace la voluntad de Dios, vale decir que esas obras son de Dios. Pero por lo mismo, porque los caminos de Dios son inescrutables, el cómo y el cuándo de la eficacia y la razón o sentido de la oportunidad generalmente nos escapan, por lo cual los frutos de la Caridad son humanamente imprevisibles. Y por fin, marcando aún más lo que distingue a estas dos formas de acción, hay que agregar: 1? que mientras la acción pública de carácter político recae ante todo sobre las estructuras y el orden de la comunidad principalmente mediante **normas** rectoras cuyo carácter distintivo es su generalidad, la Caridad actúa dirigiéndose a cada semejante, a ejemplo de Nuestro Señor, de quien nos dice el Evangelio que: "curaba imponiendo las manos a cada **uno"** (Lucas, IV, 40), y *2°* que no existe proporción entre los frutos de la Caridad y la acción de que provienen. Esta es como el grano de mostaza, "menudísimo entre todas las semillas" que "cuando germina se hace árbol y las aves del cielo bajan y posan en sus ramas" (Mateo, XIII, 32). El testimonio de la Caridad suele ser tanto más fecundo y profundo cuanto más inaparente e inadvertido. La medida y el valor del amor al prójimo no están dados por su pronta eficacia, por la inmediatez visible de sus frutos. No hay previsión válida respecto a la forma y al tiempo de la fructificación porque esa medida es dada por algo tan aparentemente estéril como la capacidad de **soportar** al semejante, no por cierto con la insensibilidad de la soberbia estoica, sino con esa disposición de espíritu capaz de llegar al extremo "escandaloso" del amor al enemigo.

Todo ello mueve a que, cuando la vida cristiana no ha echado raíces profundas, sea difícil confiar en las virtualidades de la Caridad en el orden social y político. No parece impropio pensar que cuando el pasaje de San Pablo enuncia como primera nota de la Caridad la de ser "paciente", alude a este secreto de sus virtualidades y su eficacia. La Caridad "urge" (San Pablo, a los Corintios, V, 14), pero urge a practicarla, no a obtener determinados resultados de un modo y en un tiempo previsto. Lo propio del hombre en este caso consiste en comportarse de modo que se haga la voluntad de Dios y no la suya. Lo cual es por cierto, como ya dijimos, un acto de perfecta libertad. Pero es al mismo

tiempo una operación misteriosa para el hombre, porque el acatamiento de la ley de Dios es, en última instancia, una operación de Dios en él. Esto es lo que el cristiano debiera recordar constantemente para no confundir los dos órdenes de acción que hemos distinguido, y no pretender que la Caridad opere la cura del orden público según sus humanas previsiones y sus humanas urgencias, ni desesperar, o renegar o desconfiar de sus virtualidades cívicas porque no fructifican según sus previsiones y sus urgencias sino como y cuando "solo Dios sabe".

El acto de Caridad es una presencia de la eternidad en el tiempo como la del Verbo Encarnado, que consumó la obra redentora en el instante de expirar en la cruz, —"Todo está consumado" (Juan, XIX, 30)—, el preciso momento en que, para Ies discípulos, todo estaba perdido.

TOMÁS D. CASARES

† P. BENEDICTO HANCKO S. J.

El 6 de agosto pasado falleció el P. Hancko, profesor de! Seminario.

Sus largos años de docencia del Derecho Canónico no fueron para él expresión de frío "academicismo", ni su dedicación al estudio de las leyes de la Iglesia fue en él producto de un espíritu "juridicista". Amó el Derecho porque amó la equidad. Pocos como él podrían repetir con tanta autenticidad aquella expresión de la Escritura: "Amé la justicia y aborrecí la iniquidad". Porque el P. Hancko experimentaba verdadera repugnancia frente a la injusticia, cualquiera fuere su origen.

Sacerdote cabal, piadoso y fiel, exacto cumplidor de su deber, su recuerdo quedará vivo en los seminaristas.

M I K A E L

LA REALEZA DE CRISTO
EN LOS **EJERCICIOS IGNACIANOS**

Antes de entrar en materia, conviene hacer una triple advertencia:

1. La Realeza de Cristo puede decirse que es la "clave" ("idea-luz", "idea-fuerza") en el esquema de los Ejercicios.

"Esta meditación (del Reino de Cristo) está en el libro de los Ejercicios, fuera del número de las meditaciones de la segunda semana; y así es como el **fundamento de todas ellas"** ("Camino espiritual").

2. Para comprender mejor la mente y el lenguaje de San Ignacio hay que tener en cuenta su rica personalidad, la profesión que ejerció, el ambiente en que vivió, y el carisma recibido de Dios.

A su fuerte temperamento y a su vocación castrense, habría que añadir la psicología típica del convertido, con todo lo que encierra de arrebatad.o, extremoso, e impaciente por recuperar el tiempo perdido.

El marco histórico en que se desenvuelve la vida de nuestro Santo son los tiempos heroicos de la Cristiandad, de las Cruzadas, de la Contrarreforma, de la España de la Reconquista y del Concilio de Trento. De ahí su espíritu caballeresco y la concepción dialéctica de sus Ejercicios. La gracia no destruye, sino que supone, purifica y eleva la naturaleza.

Los Ejercicios no son únicamente un método o un tratado espiritual, sino también y sobre todo la "cuenta de conciencia" que nos ha dejado San Ignacio de una "experiencia mística" inefable, la proyección hacia afuera de una gracia interior.

El P. Polanco, secretario de San Ignacio, nos "descubre" el por qué nuestro Santo hizo girar todos los Ejercicios sobre el "eje axial" de la Realeza de Cristo: porque —dice— "meditaba él **principalmente** las Dos Banderas y el Rey temporal".

3. Independientemente de lo dicho, la idea de la Realeza de Ciisto, desarrollada a través del Libro (incluso ciertas expresio-

nes, comparaciones y matices) es una idea **típicamente bíblica**. Las páginas de los Ejercicios están llenas de reminiscencias de las Sagradas Escrituras.

El itinerario espiritual recorrido por el Santo de Loyola tiene valor perenne y universal, pues no constituye en realidad sino la aplicación práctica de las diferentes etapas de la Historia de la Salvación.

¥ ¥

Y empecemos por destacar, desde el primer momento, las **tres meditaciones "fuertes"** de los Ejercicios, en las cuales San Ignacio condensa magistralmente el "dogma hecho vida" de la Realeza de Cristo: el Reino, las Dos Banderas, y el Tercer grade, de humildad.

En la dinámica de los Ejercicios, estas tres piezas no se pueden separar. Forman un todo coherente y completo, "in crescendo".

I. MEDITACIÓN DEL REINO

En realidad la idea de Cristo Rey aparece ya, aunque **implícitamente,** en el "Principio y Fundamento", oue es "cristocéntrico".

Pero de una manera **explícita** aparece por primera vez en **la** contemplación del Reino (91). *

Vayamos al texto, para destacar sus elementos esenciales.

1. Títulos de su Realeza

Cristo, en cuanto **Hombre-Dios** es Rey a triple título: por derecho de naturaleza, por derecho de conquista, y por derecho de elección.

a. Rey por derecho de naturaleza

Cristo es Rey en virtud de la unión hipostática realizada en la Encarnación. "Todo fue creado por Él y para Él. Él es antes que todo, y todo subsiste en Él" (Col. 1, 16-17).

San Ignacio denomina a Cristo: "Rey **Eterno"** (95) y "Eterna **Señor"** (97). Con lo cual ya está indicando la Divinidad como fun-

---

* Los números entre paréntesis corresponáen al Libro de los Ejercicios escrito por San Ignacio.

damento ontológico-teológico de su Realeza y Realeza universal. Un "Rey Eterno" no puede ser sino Dios.

El vocablo "Señor" en lenguaje ignaciano se refiere a "Cristo"; y en sentido bíblico se refiere a "Dios".

b. Rey por derecho de conquista

Cristo eg Rey en virtud de la Redención. "Habéis sido rescatados no con plata y oro, sino con la sangre preciosa de Cristo" (1 Pe. 1, 19).

San Ignacio emplea precisamente la palabra "conquista", al poner en boca de Cristo Rey la arenga que dirige a sus vasallos:

> "Mi voluntad es de *conquistar* todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto, quien quisiere venir conmigo, ha de trabajar conmigo, para que siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria" (95).

En el lenguaje de San Ignacio "conquistar" significa aborrecer el pecado, usar rectamente de las criaturas según el "tanto-cuanto" o "indiferencia", y sacralizarlo ("ordenarlo") todo para que Dios sea glorificado por Jesucristo.

Este derecho de conquista se manifiesta en la conclusión de las meditaciones de la Primera Semana, formulada por San Ignacio en el coloquio de misericordia:

> "Imaginando a Cristo N. S. delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Creador ha venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados.
>
> Otro tanto mirándome a mí mismo, lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, lo que debo hacer por Cristo, y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir por lo que se ofreciere" (53).

Hasta aquí lo que podríamos llamar Realeza **en sentido objetivo.** Corresponde ahora analizar el tercer título, o sea, la Realeza **en sentido subjetivo:** "lo que yo he de hacer por Cristo", como respuesta a "lo que Cristo ha hecho por mí".

c. Rey por derecho de elección

Cristo es Rey además porque lo hemos "elegido" como tal en el **Bautismo,** al mismo tiempo que renunciamos a Satanás, a **sus** pompas y a sus obras.

Según San Ignacio la **respuesta** al llamamiento de Cristo Rey puede ser común o extraordinaria. A la primera alude cuando dice:

> "considerar que todos los que tuvieren juicio y razón ofrecerán todas sus personas al trabajo" (96).

Esta es la santidad que podríamos llamar de **primer grado,** que consiste en la práctica de los **mandamientos,** el mínimo necesario para salvarse.

Pero el Santo no se contenta con este mínimo, sino que sitúa al ejercitante, desde el primer momento, en la perspectiva de **"lo** que más nos conduce para el fin para el cual somos creados" (23).

De ahí la "oblación" que propone San Ignacio, "de mayor estima y mayor momento", para aquellos "que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey Eterno y Señor universal":

> "¡Eterno Señor de todas las cosas! Yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante de Vuestra infinita bondad, y delante de Vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra Santísima Majestad elegir y rccibir en tal vida y estado" (98).

Esta es la santidad que podríamos llamar de **segundo gradp,** que consiste en la práctica de los **consejos evangélicos.** A ella se refiere el Concilio Vaticano II: "La Madre Iglesia se goza de que en su seno se hallen muchos varones y mujeres que siguen más de cerca el anonadamiento del Salvador, y dan un testimonio más evidente de Él" (L. G. 42).

El ejercitante en esta meditación es **investido** y **armado caballero** de Cristo Rey.

¡Imaginemos a Ignacio, convertido de "hombre dado a las vanidades del mundo" (Autob. 1) en "caballero andante", enamorado perdidamente de Cristo su Señor, y de la Santísima Virgen, su Señora! Fue así como, después del sitio de Pamplona, se puso en camino hacia Monserrat, "pensando —escribe él mismo— como siempre solía, en las hazañas que había de hacer por amor de Dios... y así se determinó de velar sus armas toda la noche, sin sentarse ni acostarse, mas a ratos de pie y a ratos de rodillas, delante del altar de Nuestra Señora de Montserrat, adonde tenía determinado dejar sus vestidos y vestirse las armas de Cristo..."

¡Con razón se ha comparado a Iñigo de Loyola con la pro-

i'unda y misteriosa figura de Don Quijote, imagen, los dos, de la raza española y de la Hispanidad inmortal!

San Ignacio ha trocado el "vano honor del mundo" por el "honor de caballero", que consiste en ser "señor de sí" y en "mantener la Santa Fe católica". Para él no habrá ya otra nobleza ni aristocracia que la santidad. "Muchos son los oficios que Dios en este mundo ha dado a los hombres para que lo sirvan —decía el Beato Lulio. Pero los dos más nobles, más honrados y más cercanos son el de clérigo y el de caballero" ("Libro de la Orden de Caballería").

El "precio" de esta entrega incondicional a Cristo Rey es "pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza" (98). Es el "riesgo" y la "suerte" del caballero. . . ¡La vida es para él una preparación a la muerte! Muerte que él contempla sin temor, más aún, como un premio y un galardón eterno.

2. Ámbito de su Realeza

La Realeza de Cristo es "católica", es decir, abarca la totalidad, ni se contenta con menos.

a. Realeza espiritual

La Realeza de Cristo no es "temporalista", "nacionalista" o "política". No implica una "teocracia" ni un dominio "terreno" de la Iglesia. "Mi Reino no es de este mundo" (Jo. 18, 36), proclamó Jesús ante Pilatos. Y cuando los judíos, entusiasmados por la multiplicación de los panes, fueron a proclamarle Rey, se escapó de sus manos, "se retiró otra vez al monte Él solo" (Jo. 6, 15).

Por eso San Ignacio no pretende otra cosa, en esta contemplación, que llevarnos a la perfecta **imiiación de Cristo,** muerto y resucitado, que es la condición, la señal y la garantía del **verdadero amor.**

Cristo reina espiritualmente por la **gracia santificante,** que •excluye todo pecado.

San Ignacio pone en boca de Cristo Rey estas palabras: "el •que quiera venir conmigo. .." (63). Este conmigo quiere decir que Cristo va delante, ayudándonos con su gracia, con su palabra y con su ejemplo.

b. Realeza **individual**

El llamamiento de Cristo Rey va dirigido a "cada uno en particular" (95). La santidad es algo, en primer lugar, **personal. "El**

reino de Dios está dentro de vosotros" (Le. 17, 21)\ Es el triunfo total de Dios en un alma libre.

Para que triunfe Dios en nuestra alma es preciso "dejarnos, vencer" por amor de Él, lo cual exige que Él venza, en primer lugar, a los **enemigos de dentro,** "haciendo contra la propia sensualidad y contra el propio amor carnal y mundano" (97).

c. **Realeza social**

San Ignacio dice también que Cristo Rey llama "a todo el universo mundo" (95). "Mi voluntad —dice Cristo— eg conquistar todo el mundo y todos los enemigos" (ib.). Porque Cristo es el "Eterno Señor **de todas las cosas"** (98), el **"Señor Universal"** (97).

Es Rey, por consiguiente, no sólo de los individuos, sino también, y por los mismos títulos, Rey de las familias, de las escuelas y universidades, de las profesiones, de las empresas y asociaciones, de los municipios, de las sociedades y de los Estados, de las patrias y de las naciones. La ciencia, la cultura, la política, la economía, el trabajo, la técnica y el progreso, deben estar al servicio de Cristo Rey, sin perder nada de su legítima (aunque ontológicamente siempre relativa) **autonomía** y **libertad.**

Para San Ignacio, la Realeza Social es una **consecuencia** evidente de la Divinidad, de la Redención y de la Realeza individual de Jesucristo. "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra" (Mt. 28, 18).

Entre las encíclicas monumentales de los últimos Papas, a partir de Pío IX, que tratan del tema que nos ocupa, se ha de destacar la **Quas primas** de Pío XI, cuyo 50^{9} aniversario conmemoramos, y que bien puede llamarse la "Carta Magna" de la Soberanía Social de Cristo. Pues bien, el gran Pontífice declara abiertamente y sin ambages, en continuidad con sus predecesores:

"No hay diferencia entre los individuos y el consorcio civil,, porque los individuos unidos en sociedad, no por eso están menos bajo la potestad de Cristo que lo están cada uno de ellos separadamente... No rehusen, pues, los **jefes de las naciones** e' prestar público testimonio de reverencia al imperio de Cristo, juntamente con sus pueblos, si quieren, con la integridad, de su poder, el incremento y el progreso de la patria".

Doctrina tradicional, que "deja íntegra" el Vaticano II (cf.. Decr. lib. reí. 1).

Doctrina que da por supuesta San Ignacio, y que se refleja en su célebre **parábola del Rey temporal** (92).

El Reino de Cristo no es de este mundo, pero está en este-mundo. No es sólo para el **fin** del mundo, pero es **desde ahora.**

Si el apostolado no es más que un desbordamiento de la vida interior, se comprende fácilmente que el ejercitante no puede contentarse con su santificación personal ni con una evangelización de "mera presencia", sino que tiene que **luchar** para que Cristo, reine **efectivamente** en toda la sociedad.

San Ignacio nos hace pedir "gracia a Nuestro Señor para que no seamos sordos a su llamamiento, sino prestos y diligentes, para cumplir su santísima voluntad" (91). Y esa "santísima voluntad" es "conquistar todo el mundo y todos los enemigos".

Es **"perverso caballero"** quien "no acepta la petición de tal Rey" (94) hasta las **últimas consecuencias,** ya sea porque rechaza la Realeza social (sólo acepta la individual, al estilo de los "católicos liberales", en el fuero interno de la conciencia), ya sea porque aceptándola en teoría, nada hace por ella en la práctica, porque —dice con "prudente" timidez y cobardía— "no es oportuno" en el ambiente actual. . .

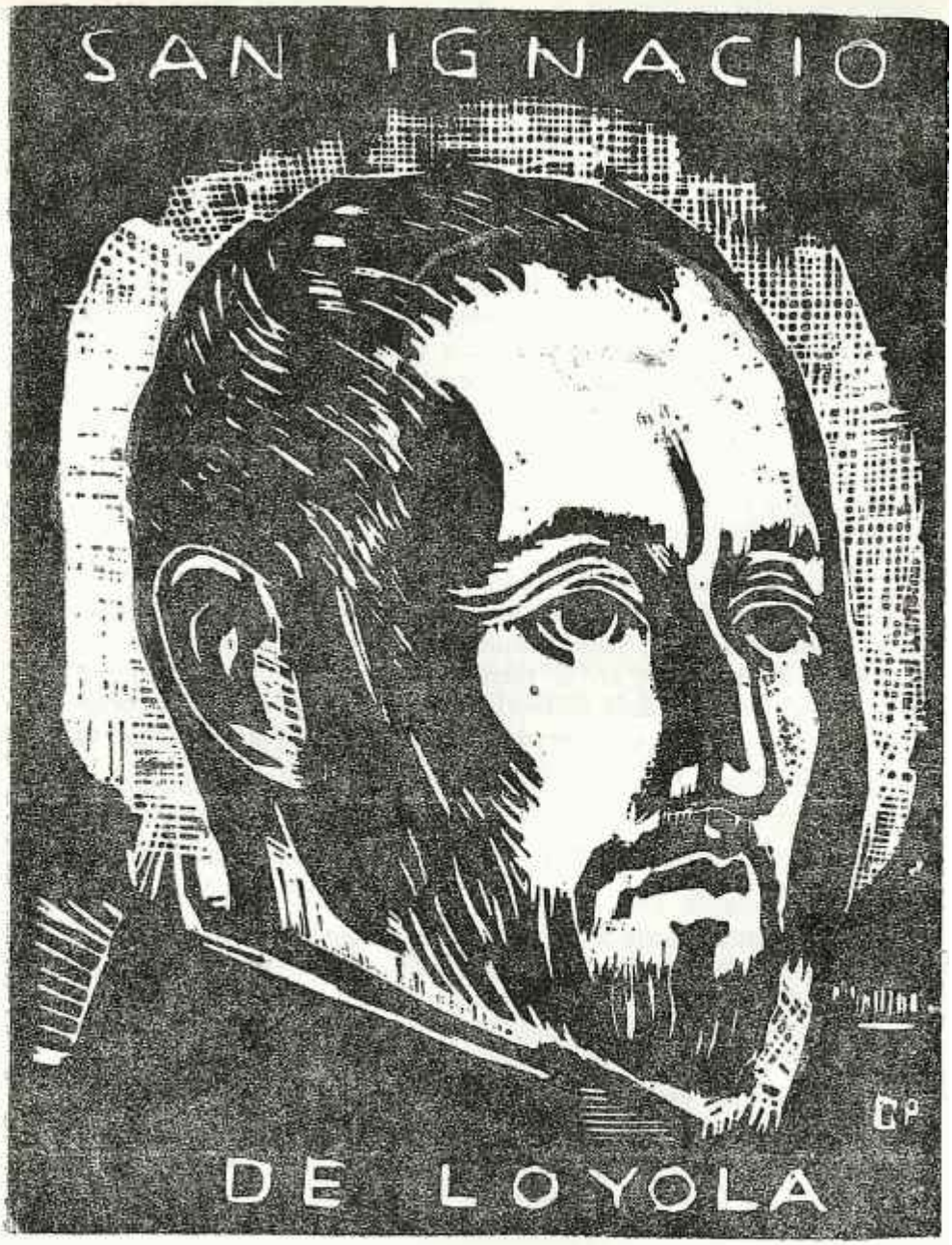
II. MEDITACIÓN DE LAS DOS BANDERAS

La meditación de las Dos Banderas constituye una prolongación, perfectamente concatenada, de la meditación del Reino.

1. Reinos enfrentados

a. Existen dos Reinos, opuestos e irreconciliables, el de Cristo, "Sumo Capitán y Señor nuestro" y el de Lucifer, "mortal enemigo de nuestra humana naturaleza" (136). Cristo, que "llama y quiere a todos debajo de su bandera, y Lucifer, al contrario, debajo de la suya" (137).

b. Es deber nuestro discernir: "pedir conocimiento de los engaños del mal caudillo, y ayuda para guardarme de ellos; y cono-


SAN IGNACIO
DE LOYOLA

cimiento de la vida verdadera que enseña el sumo verdadero capitán, y gracia para imitarlo" (139).

c. Frente a estos dos Reinos no podemos permanecer neutrales, sino que hemos de luchar sin tregua contra el "Príncipe de este mundo" (Jo. 12,31), esa "bestia tan fiera" (32-5) que "se transfigura en ángel ele luz" (332), y procura engañarnos con apariencia de bien, sirviéndose de cosas de suyo buenas, útiles y necesarias,, para llevarnos a sus "perversas intenciones"; en una palabra, procura "entrar con la nuestra" para "salirse con la suya".

El llamamiento de Cristo Rey se traduce ahora en una verdadera guerra. San Ignacio lo indica con la clásica expresión agere contra ("reaccionar contra") repetida a lo largo de los Ejercicios-

Esta guerra comenzó en el paraíso, a raíz y como consecuencia del pecado (Gen. 3,15), fue simbolizada en las tres tentaciones de Cristo en el desierto (Mt. 4), y alcanzará su mayor dramatismo en los últimos tiempos, porque el demonio aumentará entonces su furor, "por cuanto sabe que le queda peco tiempo" (Ap. 12,12). Esta es la "situación" en que nace, vive y muere todo hombre (cf. G. et Spes n. 37).

Nuestra participación en la lucha no se justificaría si no fuese "provocada" por el celo en defensa de los derechos de Dios... "sólo que sea en vuestro mayor servicio y alabanza" (98), dice San Ignacio en su solemne oblación.

Sin milicia (ordenada, sobrenatural y prudente), la santidad y el apostolado serían una utopía, o sentimentalismo o cobardía.

"Considerar —dice San Ignacio— cómo (el. demonio) hace llamamiento de innumerables demonios (cf. Me. 5,9), y cómo los esparce a los unos en tal ciudad y a los otros en otra, y así por todo el mundo, no dejando provincias, lugares, estados ni personas en particular" (141). A este propósito son estremecedoras las palabras de San Pablo, cuando escribe que el demonio llegará "hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse dios a sí mismo" (2 Tes. 2,4).

La táctica del diablo es "echar redes y cadenas" (142) para llevar al hombre a la esclavitud del pecado (Jo. 8, 34). San Ignacio señala ires tentaciones principales: codicia de riquezas, vano

honor del mundo y, por último, "crecida soberbia", para de allí ""llevar a todos los otros vicios". Al caer en la soberbia, el hombre pierde el temor de Dios y termina por adorar a Satanás, adorándose a sí mismo.

Son esas las mismas tres tentaciones con que Satán atacó a •Cristo en el desierto. Y fue vencido. Precisamente la lucha de •Cristo contra el demonio es **anuncio** mesiánico y escatológico: "Si expulso a los demonios por el dedo de Dios, sin duda que el Reino de Dios ha llegado a vosotros" (Le. 11,20).

Por el contrario, Cristo, el verdadero "Señor de todo el inundo" (145) llama y envía a sus siervos y amigos por todas partes, •a fin de atraer a los hombres a la pobreza, al deseo de oprobios y menosprecios, y a la humildad, y de ahí "a todas las otras virtudes" (146).

La **humildad** es precisamente la **condición** para el reinado de Dios en un alma, de modo "que así me abaje y me humille cuanto «n mí sea posible, para que en todo obedezca la Ley de Dios Nuestro Señor" (165). Cristo no puede reinar en un corazón soberbio.

2. El campo de batalla

Los caudillos de cada una de las Dos Banderas se esfuerzan por dominar tanto en el orden individual como social.

a. La inteligencia

San Ignacio nos hace pedir "conocimiento de los engaños del mal caudillo" (139), que es el demonio, el cual está sentado "en aquel gran campo de Babilonia, como en una **gran cátedra de fuego** y **humo,** en figura horrible y espantosa" (140).

La "gran cátedra" es la falsa ciencia, la falsa filosofía y la pseudo teología. El "fuego y humo" simbolizan los efectos de esa mala doctrina: las pasiones desordenadas, sobre todo el orgullo, por una parte, y la vacuidad y el confusionismo, por otra.

Por el contrario, Cristo Rey es el Maestro que "enseña la vida verdadera" (139) y que va "esparciendo su sagrada doctrina por todos estados y condiciones de personas" (145). Es su divina

Palabra, 'Viva y eficaz, y tajante más que una espada de dos filos y penetra hasta la división del alma y del espíritu" (Hebr. 4,12).

En las "Reglas para sentir con la Iglesia" (352) San Ignacio nos enseña:

—a **amar y adherir plenamente a la Doctrina** de "Nuestra Santa Madre Iglesia Jerárquica" (353), hasta el punto de "que lo blanco que yo veo creer que es negro, si la Iglesia Jerárquica así lo determina, creyendo que entre Cristo Nuestro Señor, Esposo, y la Iglesia, su Esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas" (365);

—a **precisar y distinguir,** para bien definir: "mucho advertir en el modo de hablar" (366), de modo que "el pueblo menudo no caiga €n error alguno" (367), "mayormente en nuestros tiempos tan peligrosos" (369);

—a **combatir los errores,** para lo cual nos exhorta a formarnos en la doctrina de los Santos Padres, y en especial de los Escolásticos, ante todo **Santo Tomás,** porque "es más propio de los escolásticos. .. el definir y declarar para nuestros tiempos las cosas necesarias a la salud eterna, y para más impugnar y declarar todos los errores y todas las falacias" (363). Más peligroso aún que los •errores son las ambigüedades, los equívocos, las "medias verdades". San Ignacio las llama "razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias" (329).

is. **El corazón** (voluntad y afecto)

Es el segundo campo en el cual tenernos que luchar. Satanás "se hace como un caudillo para vencer y robar lo que desea. .. y por donde nos halla más flacos y más necesitados para nuestra salud eterna, por allí nos bate y procura tomarnos" (327).

Aquí las "redes y cadenas" son, con todas sus múltiples derivaciones, el apego a los bienes de la tierra, y el apego a nosotros mismos. Dicho de otra manera, ese **doble "mundo"** del que nos habla San Ignacio en las meditaciones de los pecados: el **exterior** {el ambiente pútrido de las tres concupiscencias) y el **interior** (que son los "afectos desordenados", el "desorden de mis operaciones") <63). Todo lo cual nos lleva a la esclavitud del pecado, por medio del cual ejerce Satán su dominio.

San Ignacio, con su ojo de "lince" nos descubre una artimaña selecta del demonio para hacernos caer sutilmente en el "acompiejamiento" y en el "respeto humano": Cuando estamos dispuestos a hacer o decir algo por la gloria de Dios, el diablo naturalmente no quiere que hablemos ni actuemos, para lo cual nos pone delante el sutil pretexto de no faltar a la "humildad", o a la "caridad", o a la "obediencia", o a la "prudencia", etc. En ese caso ¿qué nos dice que debemos hacer? Pues purificar la intención, enderezando nuestro corazón a Dios, y obrar "per diametrum", es decir lo diametralmente opuesto a lo que nos sugiere la tentación (351). Esta regla de oro es particularmente oportuna para aquellos que tienen autoridad o cargos de responsabilidad. Será la mejor manera de evitar lo que en moral se llama el "pecado de omisión.".

c. La sociedad

Satanás se esfuerza, en fin, por dominar sobre todo el Orden **Temporal** (económico-político-social), por medio de las ideologías perversas, de la corrupción de las costumbres, de los medios de comunicación social, de la apostasía de las naciones..., en una palabra, por medio de un ataque, abierto o solapado, contra la Iglesia Católica y contra el Orden social cristiano.

Cristo Rey envía a sus apóstoles "por todo el mundo" (145) para arrebatar a Satanás ese Orden Temporal, que es suyo. San Ignacio en el coloquio de las Dos Banderas nos hace pedir "a Nuestra Señora me alcance gracia de su Hijo y Señor para que yo sea recibido debajo de su bandera" (147).

El enemigo interno de la Realeza social de Cristo es el pecado.

Pero el pecado no suele quedarse en el interior. Se exterioriza. El "malestar individual" se convierte en "malestar social" (cf. Rom. 8, 20). Y aparece así el enemigo **externo:** el **laicismo** en todas sus formas, "la peste que infecta la sociedad humana", como lo llamaba el Papa Pío XI en su "Quas primas". Es el grito blasfemo de la llamada "civilización moderna": "¡No queremos que Éste reine sobre nosotros!" (Le. 19, 14). ¡Cristo Rey arrojado de los Estados, de la cosa pública, de las Naciones Unidas, o puesto a la par de los otros "dioses"!

La lucha del militante de Cristo Rey en el ámbito político-social debe tener como supremo objetivo **"la Paz de Crisío en el Reino de Crisío".** El problema político-social es, en el fondo, un problema moral y religioso.

III. MEDITACIÓN DEL TERCER GRADO DE HUMILDAD

La Realeza de Cristo, aun cuando no aparezca explícitamente en esta meditación, alcanza su verdadera dimensión, su plenitud y su grandeza en esta página inmortal de los Ejercicios. Es el complemento de las meditaciones del Reino y de las Dos Banderas, las tres piezas fundamentales e inseparables del esquema ignaciano. El llamamiento de Cristo Rey se convierte en una "guerra", hasta la "divina locura de la Cruz" del Tercer grado de humildad.

He aquí la página más bella de los Ejercicios:

> "Siendo igual gloria y alabanza de la Divina Majestad, por imitar y parecerme más actualmente a Cristo Nuestro Señor quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza, oprobios con Cristo lleno de ellos que honores, y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente *en este mundo"* (167).

Es la "lógica del corazón enamorado", es la "sabiduría misteriosa" revelada a los pequeños, es la **"locura" de los santos,** que "este mundo" no podrá nunca entender (cf. 1 Cor. 2); "... porque la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la flaqueza de Dios más poderosa que los hombres"; "hemos venido a ser necios por amor de Cristo... hemos venido a ser hasta ahora como el desecho del mundo, como estropajo de todos" (1 Cor. 1,25 y 4,13).

Y ¿por qué llegar a este extremo de "desear ser tenido por vano y loco por Cristo"? San Ignacio nos da la única respuesta: "porque Cristo fue tenido primero por tal" (167). ¡Es el lenguaje lapidario y contundente del amor!

Cristo es Rey... sí. Pero un **Rey "de burlas".** Un Rey calumniado, abofeteado, escupido, condenado, crucificado. "¡Ha perdido el juicio! ¿por qué lo escucháis?" —bramaban los judíos (Jo. 10,20). ¿Qué otra cosa puede ser esa "locura" de Cristo sino el misterio de la Cruz y el drama de su Pasión?

Herodes y Pilatos fueron los dos grandes enemigos de la Realeza de Cristo.

Herodes, sanguinario y sensual, que lo "despreció y por burla le vistió una vestidura blanca" (Le. 23,11), tratándole de loco. Más aún, intentó matarle (Le. 13,31). Digno sucesor de su padre, Herodes el Grande, quien había buscado al Niño Jesús para darle muerte (Mt. 2,13), y que "se turbó, y con él toda Jerusalén", cuando se presentaron los Magos preguntando con fe y valentía: "¿Dónde está el Rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella al oriente y venimos a adorarle" (Mt. 2,3).

Pilaios no era malo, pero fue débil, conciliador, cobarde... para acabar siendo traidor. Publicó varias veces la inocencia de Jesús, intentó librarlo... pero pudo más el respeto humano y entregó al Señor a los judíos, después de recurrir a la "cómoda" solución de "lavarse las manos"... Hizo azotar a Jesús; y los soldados, tejiendo una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza, le vistieron un manto de púrpura y acercándose a Él le decían: "¡Salve, Rey de los judíos!... Pilatos les dice: ¡Ahí tenéis a vuestro Rey! Pero ellos gritaron: ¡Fuera! ¡fuera! ¡crucifícale! Díjoles Pilatos: ¿A vuestro Rey voy a crucificar? Contestaron los príncipes de los sacerdotes: ¡Nosotros no tenemos más rey que al César!..." (Jo. 19).

¡Es la historia de siempre! Cristo Rey, de Pilatos a Herodes, y de Herodes a Pilatos... y —cosa curiosa— ambos "en aquel día se hicieron amigos" (Le. 23,12).

Herodes es el símbolo de la **Revolución.** Pilatos, del **Liberalismo.** Pero Cristo proclamó su Sagrada Realeza delante del uno y del otro. Ante Herodes, mediante su silencio soberano y lleno de dignidad señorial. Ante Pilatos, con palabras expresas: "Yo soy Rey, como tú lo has dicho" (Jo. 18,37). Y su título de Rey, a pesar de sus enemigos, quedó grabado en la cruz a la vista de todo el pueblo, con caracteres hebreos, griegos y latinos, como signo de su **indefeciibilidad** y **universalidad.**

El ejercitante, investido "caballero andante" al servicio de "su Divina Majestad", identificado plenamente con este sublime ideal que le apasiona, sigue adelante, sin detenerse ante ningún obstáculo, sin importarle para nada el "qué dirán". Revestido de la librea de Jesucristo, que es la Cruz de la pobreza y de las hu-

millaciones, con inmensa alegría, se entrega a la muerte, para reinar un día, que no tendrá fin, con Cristo en la gloria.

San Ignacio nos invita a emprender esta inefable "aventura" de la santidad. "Se trata de aventuras que llegan a parecer, a veces, por voluntad de los interesados, 'ridiculas locuras' —escribe Przywara. Como sucede en los Ejercicios, que parecen ser una norma o programa de servicio, y tienen sin embargo como centro, la 'tercera manera de humildad', el 'pasar como necios y locos por Cristo', en extrema cercanía con el símbolo de Don Quijote. Así como en la Reforma lucha todo un pueblo irritado y desesperado con la abismal profundidad de Dios, hasta aparecer en la figura de Fausto como un ser entregado a la búsqueda en pacto con el diablo; en la España de ese tiempo todo un pueblo se arroja al fuego de la Verdad y del Amor divinos, hasta aparecer en la figura de Don Quijote como ridículo caballero de un tiempo pasado y despreciado".

El "tercer grado de humildad" es la máxima expresión de la búsqueda del **magis,** "de lo más", es decir, de la **magnanimidad,** que es la virtud, en la opinión de Aristóteles y Santo Tomás, de la auténtica y máxima nobleza. Magnanimidad opuesta diametralmente a la **mediocridad** (llamada con frecuencia "justo medio", "prudencia" y "equilibrio"). Mediocridad, dicho sea de paso, que es uno de los signos de esta época.

Esta "locura" de la santidad es el imperio de Cristo en el alma, que culmina en la "contemplación para alcanzar amor" con el "Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad" (234). Es la coronación de todos los' Ejercicios.

"Nada extraño —comenta Przywara— que en los primeros ejercitantes que tuvo el Santo haya llegado el entusiasmo producido por los Ejercicios hasta el límite de la locura, como narran con asombro testigos de la época".

Si siempre fue una "locura" proclamar la Realeza de Cristo ante el mundo, mucha mayor "locura" lo es en la actualidad. Hablar hoy de Cristo Rey es exponerse a quedar sólo, a ser mirado con enojo. Un verdadero martirio.

* *

Esta "muerte" del tercer grado de humildad constituye como

el telón de fondo de toda la **tercera semana** de los Ejercicios, con las contemplaciones de la Sagrada Pasión.

Y llega a su culminación en la **cuarta semana,** con las contemplaciones de los misterios de gloria. La Realeza de Cristo resplandece sobre todo en su gloriosa Resurrección. Cristo es el **Rey de la Gloria.**

"Después será el fin, cuando (Cristo Rey) entregue a Dios Padre el Reino, cuando haya destruido todo principado, toda potestad y todo poder" (1 Cor. 15,24), después[1] que Cristo haya juzgado la Historia, teniendo rendidos a sus plantas, a los unos, los bienaventurados, por amor, y a los otros; los condenados, por temor. Reino que "no tendrá fin", como dijo el ángel a María (Le. 1,33).

San Ignacio nos hace contemplar a Cristo "en el su solio real o Trono de la su Divina Majestad" (106), rodeado "de los ángeles y santos interpelantes por mí" (232). Ese "Trono" es el símbolo de su Soberana Realeza. "Vi un Trono alto y blanco, y al que en él se sentaba, de cuya presencia huyeron el cielo y la tierra, y no dejaron rastro de sí... Y dijo el que estaba sentado en el Trono: he aquí que hago nuevas todas las cosas" (Ap. 20,11; 21,5).

Alentado con la **esperanza** de la victoria, el caballero de Cristo Rey se abraza gustoso con su cruz, acordándose de las palabras del Apóstol: "Si sufrimos con Él, reinaremos con Él" (2 Tim. 2,12). San Ignacio nos hace pedir en la "cuarta semana" la gracia de "alegrarme y gozarme intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo Nuestro Señor" (221). La "contemplación para alcanzar amor" es el premio de los que han luchado por la Realeza de Cristo, un anticipo del cielo. Es el preludio del eterno **Aleluya** que oirán en el cielo los caballeros de Cristo Rey, los que más se hayan querido "afectar y señalar en todo servicio de su Rey Eterno y Señor Universal". "Oí una voz como de gran muchedumbre... que decía: ¡Aleluya! porque ha establecido su Reino el Señor" (Ap. 19,6).

Sobre las tumbas de los más ilustres caballeros no ha faltado nunca un **epitafio,** resumen de su vida. Sobre la tumba de un caballero cristiano, yo esculpiría éste, tomado de San Pablo:

"He combatido el buen combate,
he concluido mi carrera,
he conservado la fe".

P. JOSÉ L. TORRES-PARDO

LA REALEZA DE CRiSTO EN LOS EVANGELIOS

"En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio en Dios. Todas las cosas han sido hechas por Él, y nada de lo que existe ha sido hecho sin Él" (Jo. 1,1-3).

"Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y Mamado Hijo del Altísimo y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su Reino no tendrá fin" (Le. 1,31-33).

"Llegaron del Oriente a Jerusalén unos magos, diciendo: ¿Dónde está el Rey de los Judíos que acaba de nacer?. . . Y, llegando a 'la casa vieron al Niño con María, su madre, y de hinojos le adoraron, y, abriendo sus cofres, le ofrecieron como dones oro, incienso y mirra" (Mt. 2,1-2.11).

"El Padre ama al Hijo y ha puesto en sus manos todas las cosas" (Jo. 3,35).

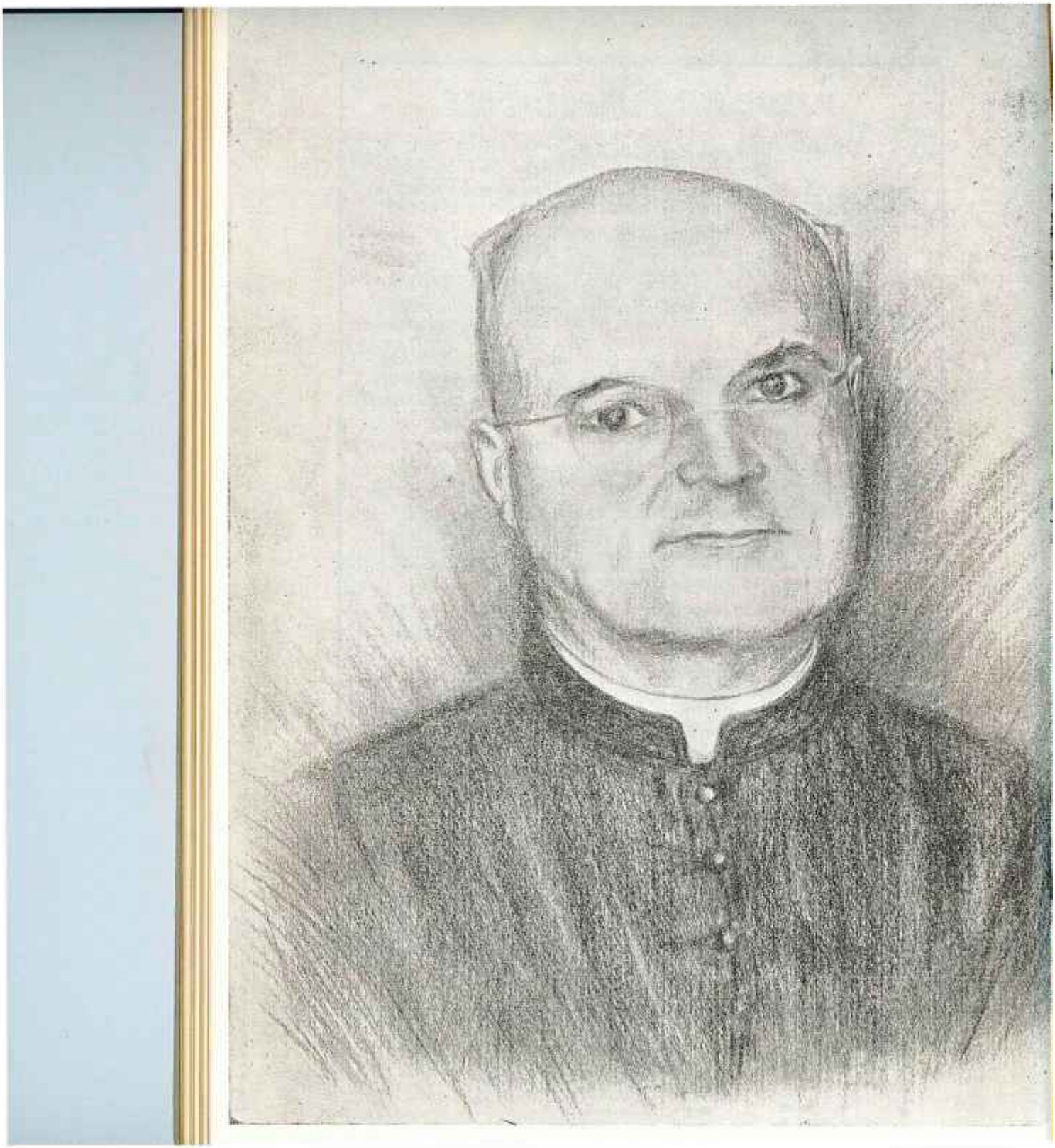
"Si Yo arrojo a los demonios con el espíritu de Dios, entonces en que ha llegado a vosotros el Reino de Dios" (Mt. 12,28).

"Mi Reino está dentro de vosotros" (Le. 17,21).

"Tú lo dices: "Yo soy Rey. Yo para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la Verdad" (Jo. 18,37).

"Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto Yo os he mandado" (Mt. 28, 18-20).

"Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria y todos los ángeles con Él, se sentará sobre su Trono de Gloria, y se reunirán en su presencia todas las gentes, y separará a unos de otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos. . . Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. . . Y dirá a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles" (Mt. 25,31-,32.34.41).



RODOLFO CARBONI

Pocos sacerdotes nos parecían tan adecuados para la sección "Perfiles Sacerdotales" de este número como el P. Carboni, apóstol incansable de la Realeza de Cristo. Nos dirigimos, pues, a Mons. Vicente Zazpe, Arzobispo de Santa Fe, quien lo conoció durante largos años de convivencia sacerdotal en la parroquia de Santa Rosa cíe Lima, de Buenos Aires. Monseñor accedió generosamente a nuestra petición. He aquí sus líneas.

(Nota de la Redacción)

El 26 de julio de 1960 moría en Buenos Aires el Pbro. Rodolfo Carboni.

Algunos periódicos del día 27 actualizaron apresuradamente su biografía en la que el punto focal quedaba atrapado por los acontecimientos históricos de noviembre de 1954: su predicación valiente y de algún modo desencadenante de los hechos eclesiales posteriores.

Es cierto que el paso por la cárcel –21 de noviembre a 21 de diciembre– puso de manifiesto la fortaleza de su carácter y la firmeza de su Fe, pero su figura sacerdotal era más rica y mucho más compleja su personalidad.

Había nacido el 17 de noviembre de 1896 y cursado sus estudios secundarios en el Colegio Nacional de Buenos Aires, inscribiéndose después en la Universidad Católica y en la Estatal de la Capital para seguir la carrera de Derecho.

En la etapa universitaria se produjo su conversión al catolicismo.

Siempre había sido hombre de una sola idea, pero fundante, principal, englobante.

Había volcado sus preocupaciones sociales en las tesis socialistas, pero su relación con el Pbro. Edmundo Vanini –otra figura interesantísima del Clero argentino– le hizo descubrir en las Encíclicas Pontificias la fuente límpida donde abrevar y canalizar sus inquietudes de justicia social.

Después de su "entrada consciente" en la Iglesia siguió siendo el hombre de una sola convicción y de una sola certeza, pero ya al servicio de Cristo y de la Iglesia.

Pertenecía a la galería de hombres que, más que creyentes parecen videntes de su Fe; de una Fe invasora, posesiva, luminosa.

Era una Fe que se horrorizaba de los relativismos y se aferraba a lo absoluto, engendrando el deseo vehemente y las resoluciones inmutables.

No en vano uno de sus autores preferidos fue León Bloy.

Más tarde descubriría a San Juan Crisòstomo y se convertiría en su escritor preferido.

Sabía casi de memoria algunas de sus homilías, especialmente las incendiarias contra la Emperatriz Eudoxia.

El "todo o nada" de San Juan de la Cruz estaba también frecuentemente en sus labios.

Era un convencido y un apasionado.

Su vida cristiana primero y sacerdotal después, fue pasión, ardor, combate.

En uno de sus viajes al país, Don Orione le encomendó el confesonario de sus novicios y al describirlo dijo con sorprendente exactitud: "QUESTO PRETE È FUOCO'".

Desde 1918 a 1920 actuó en el Movimiento Demócrata Cristiano * y en la Conferencia Vicentina de Jóvenes de la Parroquia de La Inmaculada Concepción de la Arquidiócesis de Buenos Aires.

En 1920 ingresó al Seminario Metropolitano de Villa Devoto donde no resultó fácil su convivencia, tanto para los Superiores como para los Seminaristas.

El 11 de octubre de 1925 recibió el Presbiterado de manos de Mons. Alberti y fue enviado a Roma para alcanzar el Doctorado de Derecho Canónico.

---

* El Movimiento Demócrata Cristiano no se identifica con el Partido Demócrata Cristiano que hemos conocido en los últimos años. Son dos cosas diferentes *(N. de la R.)*

Al regresar al país fue nombrado Vicario Cooperador de una parroquia cuyo párroco puso férreos reparos para aceptarlo, por "las ¡deas avanzadas" del recién llegado.

Después de su paso por la Parroquia de San Vicente – del turbulento Matadero de entonces, con luchas y enfrentamientos – fue nombrado párroco de la Sagrada Familia, donde la idea de fundar una Congregación Religiosa al servicio de la parroquia fue clarificándose y tomando cuerpo.

Conviene adelantar que no se trataba de una mera variante sobre la forma tradicional de vida religiosa, sino de una verdadera novedad para esos años de 1931.

Fue el primer asesor del Consejo de los Jóvenes de A. C. y de los Círculos Católicos de Obreros.

Las dos Instituciones recibieron la impronta de su avasallante personalidad la que mantuvieron durante varios años.

Logró una juventud decidida a todo: a la santidad en el orden de la vida, y en el apostolado a una entrega inusual para la época.

Las plazas de Buenos Aires se llenaban de muchachos que rezaban o cantaban el Credo con una actitud tan decidida como desafiante. Su personalidad se proyectaba a sus obras.

La Parroquia de San Lorenzo lo tuvo durante cinco años como Párroco, sucediendo a su amigo el Pbro. Wilkinson quien –paradojas de la Iglesia– más tarde presentaría dificultades para la aprobación de las Hermanas Auxiliares Parroquiales.

Desde 1937 hasta su muerte estuvo al frente de la Parroquia – Basílica– de Santa Rosa de Lima llegando en ese lapso a una plenitud sacerdotal que es necesario rescatar del olvido para poder ofrecer su imagen a las nuevas generaciones sacerdotales.

La "RATIO FUNDAMENTALA INSTITUTIONIS SACERDOTALIS" en si N? 4 de la Introducción toma muy en cuenta la situación actual del mundo para proponer sus normas formativas a los seminarios. El texto afirma: "El cargo sacerdotal tal como la Iglesia lo ha definido esencialmente, se ejerce hoy en condiciones enteramente nuevas –que surgen de las nuevas necesidades de los hombres y de la naturaleza de la actual cultura civil" y al hablar de los jóvenes llamados al sacedocio afirma que "poseen especiales cualidades espirituales que es-

tán en armonía con el modo de pensar y con la índole de los hombres de hoy" (N? 2).

Ante este planteo nos preguntamos: ¿puede ser un aporte positivo para los seminaristas mayores y sacerdotes jóvenes la presentación de figuras sacerdotales como la del Padre Carboni?

Yo creo que se trata no sólo de un aporte conveniente, sino necesario.

La generación actual avanza hacia el presbiterado o comienza a vivirlo en medio de interrogantes radicales que cuestionan las dimensiones constitutivas del sacerdocio, de la Iglesia y hasta de la misma vida cristiana: ¿Qué es "ser sacerdote" hoy? ¿Podemos hablar de un "existir sacerdotal"? ¿Hay un "hacer sacerdotal" específicamente diferenciado? ¿El hacer, el pensar y el vivir corresponden al ser sacerdotal?

La literatura sobre el tema, más que frondosa es selvática y desborda la posibilidad de su simple lectura; las respuestas –serias, diversas, alocadas– proceden de todas las extracciones circulantes: teología, pseudoteología, sociología, patrística, psicología, historia, etc.

El Magisterio de la Iglesia trata de abrirse paso y hacerse oír en medio de grandes dificultades, a veces intrínsecas al problema – N? 4 de la Ratio Fundamentalis – y otras, por el vocerío contestatario que

APÓSTOL DE CRISTO REY

"Mientras un hálito de vida quede en nosotros, proclamaremos bien alto, que la gloria de Dios, el triunfo de la verdad y la libertad de la Santa Iglesia constituirán para nosotros los objetivos fundamentales a'e nuestros más desinteresados y generosos esfuerzos. Así trabajaremos por la grandeza de la Argentina, en la unidad de una misma creencia, y en la fortaleza de una conciencia moral, fundada sobre la roca de la verdad dogmática, de que es infalible maestra la Iglesia de Jesucristo, Rey de los' hombres y de los pueblos".

"¡Que toda nuestra vida reconozca prácticamente la Realeza de Jesucristo sobre nosotros, y que una fidelidad a toda prueba nos encuentre prontos en todo lugar y delante de cualquiera a proclamar sin vacilaciones el derecho único de Jesucristo a reinar en la sociedad!"

P. CARBONI, en "Renovador", núm. 32 y 62.

impide o dificulta una audición clara y una receptividad serena y .onfiada.

Hoy, más que en otras épocas, es necesario "revelar" la existencia concreta de sacerdotes que con sus vidas –próximas a nuestra sacudida generación– sean la respuesta testimonial a esos interrogantes.

Hasta 1950 las jóvenes generaciones gozaron de tiempos teológicos más tranquilos y de figuras sacerdotales más nítidas: el Santo Cura de Ars, el Padre Pope, San José Cafasso, y entre nosotros, Esquió y Brochero.

En la actualidad los cambios de situación son tan profundos – G.S., 4 al 9– que debemos reflotar nuevas figuras que ayuden a transitar con esperanza y alegría este tramo difícil.

Distingamos entre esencia sacerdotal y figura histórica. Aquella trasciende los tiempos e ilumina con su luz teologal y teológica todas las vicisitudes culturales y pastorales.

Por otra parte la historia nos entrega una multiplicidad de figuras sacerdotales que han encarnado diversamente la idéntica esencia trascendente del ministerio presbiteral.

Son modos concretos, existenciales y sociales –institucionalizados o no institucionalizados – ; tipos de espiritualidad, estatutos de vida, o acentos valorativos.

En la larga historia de la Iglesia constatamos la diversidad del presbiterio de los siglos III y IV con el de la alta Edad Media; el de Oriente con el de Occidente, hasta llegar a la gran crisis del siglo XVI que –oh feliz culpa– engendra una serie estupenda y sorprendentemente colorida de figuras sacerdotales: la escuela italiana con San Felipe Neri y San Cayetano; la escuela española con San Juan de Ávila, San Ignacio y San José Oriol y la francesa con San Vicente de Paul, Olier, Bérulle, San Juan Eudes, el Cura de Ars, el Padre Chevrier.

De esta matriz post-tridentina hemos vivido los sacerdotes ordenados hasta hace una veintena y entre ellos debemos ubicar al Padre Carboni.

Sin embargo la etapa que concluye en 1960 –año de su muerte– comienza a manifestar la sintomatología de los nuevos tiempos.

¿No estará agotada la figura histórica del Tridentino?

Si juzgamos con una visión adulta y superamos cualquier postura adolescente, rechazaremos toda evaluación simplista y maniquea.

Es un tipo existencial que ha tenido grandes luces, –¿pruebas?: su fecundidad– y sombras –las limitaciones históricas y la conciencia de esas limitaciones– pero que no ha entrado de un modo definitivo en el mausoleo de la historia.

Podemos y debemos reflotar muchas de estas figuras, sobre todo las que como en nuestro caso han intuido lúcidamente la nueva situación y la han experimentado.

El Padre Carboni tenía la certeza del cambio cultural y la evolución religiosa de la humanidad; avisoraba la secularización con sus fuertes acentos de secularismo descristianizador.

En la Sagrada Familia había creado una sencilla revista titulada "EL BUEN AMIGO" cuya lectura refleja la situación conflictiva de la época.

Basta repasar la colección para comprobar el reto del mundo a la Iglesia y la respuesta de ésta a aquél.

APÓSTOL DE CRISTO REY

"Jesucristo es rey; un rey que ha triunfado ya de una vez para siempre, a quien nada ni nadie, así se llame Kruschev, le podrán arrebatar ni el triunfo ni el reino. Y la razón más simple y evidente de esto es que su reino no es de acá, como bien se lo dijo Jesús a Pilatos. Por eso no puede cotizarse al precio del d'ólar; ni se puede pronosticar su futuro según que los cañones rusos apunten para aquí o para allá. Por eso tampoco su esplendor depende de que sea oriente u occidente quien primero haga llegar un cohete a la luna.

Pero 'mi reino no es de acá' no significa de ninguna manera que Jesús no quiera reinar ya 'ahora y aquí' también sobre todos y cada uno de los hombres y en todas y cada una de las instituciones. Porque el reino de Cristo es una semilla plantada en la tierra cuyos frutos, al estar plenamente maduros y desprenderse del árbol, van a caer en la eternidad.

Jesucristo quiere reinar desde ahora sobre todos los hombres. Pero en el tiempo ha condicionado su reinado a la respuesta de amor del corazón del hombre; y se ha reservado desplegar su justicia y el terrible aparato de su poder para el día de la eternidad'. Entonces reinará sobre los que le han amado, por el amor eterno, dándoles participación en su gloria y en su triunfo. Y reinará sobre los que le habrán odiado por el castigo y el sometimiento definitivo de todos sus enemigos".

P. CAEBONI, en "Renovador", n» 52.

Más tarde –durante su Curato en Santa Rosa de Lima– comenzó otra publicación –EL RENOVADOR– cuya impresión y difusión se hicieron en medio de riesgosas dificultades.

Se vendió en las iglesias y plazas durante los primeros años, pero hubo que recurrir a una cierta clandestinidad en la última etapa.

De estilo combatiente, agresivo, siempre valiente,, católico por los cuatro costados, se esperaba y leía con avidez, especialmente en los momentos más difíciles para la Iglesia.

Al periódico se añadieron ¡ornadas públicas en ciertas Parroquias para defender aspectos fundamentales de la doctrina de la Iglesia o la actuación de ésta en aquellas circunstancias.

La actitud insolente de los espiritistas –con carteles: "CRISTO NO ES, DIOS"– encontró un adversario sin matices que llegó en alguna ocasión a las bombas de a-lquitrán y a fugas cinematográficas de persecución policial.

Creó – ¡santo fuego misionero!– equipos de predicación callejera que bajo el título "LA VOZ CATÓLICA" se presentaban en plazas y calles.

Bajaba de la tribuna agotado, transpirado pero exultante.

Estos aspectos de su actuación revelan su fisonomía, aún cuando desvían también la atención de otras dimensiones de su compleja personalidad humana y sacerdotal.

Yo diría que la característica más notable fue la profundización y firmeza de su Fe.

Una Fe que lo impregnaba todo: desde la arenga callejera hasta el diálogo intimista de una conversación.

Esa misma Fe lo llevaba a afirmaciones y actitudes sobre la Providencia que, para algunos de nosotros, resultaban algo incompatibles con una teología muy elaborada.

La improvisación –tan frecuente en él– no era el resultado[1] de una psicología renuente a la previsión, sino quizás de su Fe sincera y en bloque.

Esa calidad de su Fe se alimentaba en una oración constante, larga, admirable; en la lectura asidua de los Santos Padres y los grandes maestros de la espiritualidad.

Lo encontrábamos en oración al entrar en la iglesia antes del amanecer; en horas tempranas de la tarde y sobre todo al filo de la medianoche.

Más de una vez el Arzobispo, convencido de su Fe vigorosa, le encomendó el difícil ministerio del exorcismo.

Era una Fe que tenía como destinatarios fundamentales la Trinidad, Cristo, la Santísima Virgen y la Iglesia.

Los mismos defectos que podríamos anotar, fueron más bien fruto de sus virtudes impetuosas y de su temperamento avasallante.

Era necesario conocerlo en la cotidianidad de la vida parroquial para descubrir otros aspectos de su rica personalidad, que parecían imposible integrarlos a la imagen pública de luchador.

Tenía una asombrosa mansedumbre que en ciertas ocasiones llegaba a lo heroico. Lo mismo podría afirmarse de su paciencia.

En cierta oportunidad estando yo presente, un señor, pariente de una novia a la que cubrió con la célebre capita, lo insultó de la manera más grosera y soez que puede imaginarse. El Padre Carboni –con el rostro convulsionado– soportó durante largo rato y en silencio la letanía de diatribas.

Intenté intervenir, pero me ordenó permanecer en mi sitio.

También algunos de los sacerdotes designados por ia autoridad eclesiástica para colaborar en el ministerio parroquial pusieron a prueba su inalterable mansedumbre.

Muchas veces las dificultades provenían de los problemas surgidos en torno a la Congregación de Auxiliares Parroquiales: jóvenes que debían huir de sus hogares para ingresar al noviciado; padres furibundos que amenazaban golpearlo o matarlo; rapto de novicias por parte de los familiares.

El teléfono particular llamaba frecuentemente desde el Noviciado de Moreno a altas horas de la noche reclamando su presencia por planteamientos imprevistos de este tipo.

La gestación de la Congregación fue particularmente difícil y dolorosa.

Desde el comienzo tuvo la ¡dea clara de fundar una Congregación Religiosa –no un Instituto Secular– que estuviese al servicio de

la vida parroquial y consecuentemente del sacerdote, pero la redacción de las Constituciones llevó bastante tiempo y muchas enmiendas.

Por una experiencia personal que tuvo en la Sagrada Familia, quiso que esta nota de disponibilidad estuviese asegurada contra toda tentación de repliegue. De ahí la prohibición de tener capilla privada en las casas de las Auxiliares: el sagrario de la parroquia sería el sagrario de la comunidad.

La cuestión del hábito para facilitar la nueva forma de vida fue otra intuición original aunque complicada en la práctica. Un medallón significativo y una cruz fueron los nuevos distintivos.

La aprobación de las Constituciones, la búsqueda de personal que compartiese su idea, la incomprensión de ciertos medios eclesiásticos, algunos fracasos al comienzo, los titubeos de la Sagrada Congregación de Religiosos, los informes negativos de algún sacerdote amigo, la muerte de Lucía Gil Elizalde, co-fundadora de la Congregación, fueron otras tantas cruces que pusieron de manifiesto una paciencia admirable y envidiable.

Las pláticas a las profesas y novicias son un tratado de espiritualidad y un reflejo de su espíritu profundamente religioso.

Otra de sus virtudes características– muy tridentina– fue la de religión.

Fue pionero en muchas campos de la liturgia: la difusión del gregoriano, el canto de las Vísperas, el culto al Santísimo Sacramento.

Era una delicia la participación del pueblo en las celebraciones litúrgicas, no sólo cantando "Los cielos, la tierra", sino toda la Misa de Angelis y el Credo III.

Conviene señalar también el ministerio de la dirección espiritual que le absorbía mucho tiempo: religiosas de diversas congregaciones, muchos sacerdotes –algunos Obispos actuales– religiosos y seglares.

Concluyamos este esbozo incompleto y nostálgico, con el recuerdo de su muerte: la previó, la preparó y fue a su encuentro.

Precedieron varias intervenciones quirúrgicas con su cuota de dolor virilmente soportado hasta llegar al final, digno de una antología sacerdotal.

De todos se despidió y a todos bendijo; sobre todo a sus religiosas.

El que escribe estas líneas le susurró en voz baja: "Padre, cuando llegue al cielo rece por mí" y el Padre haciendo un esfuerzo respondió: "P'ero Usted no deje de pedir por mí porque soy un pecador".

Su agonía y su muerte fueron la epifanía de su vida.

Por eso quizás podamos incorporar una nueva sentencia a la milenaria sabiduría de la Iglesia: "DIME CÓMO MUERES Y TE DIRÉ QUIÉN ERES".

MON5. VICENTE F. ZAZPE
Arzobispo de Santa Fe

SIGNO DE CONTRADICCIÓN

"La lucha, en torno al signo de contradicción que es Jesús, anunciada desde los primeros días de su aparición en el mundo, continuará hasta el fin de los siglos. Y la Iglesia de Jesús, en la que Él se perpetúa, y por medio de la cual se difunde sobre la humanidad su doctrina y su vida, seguirá siendo también signo permanente de contradicción, amada hasta el sacrificio por infinidad de hombres, y por infinidad de hombres rechazada y odiada. Pensar que pueda haber paz y conciliación entre la mentira y la verdad, entre la negación de Dios y su afirmación, entre Cristo y el mundo que niega su Realeza y sus derechos, y más aún, desear y procurar tal paz, es abdicar de la inteligencia y suprimir la distinción entre el bien y el mal.

La palabra de Jesús anunciando la guerra y no la paz, y que por causa de Él sería tan honda la división que hasta el padre estaría contra el hijo y la madre contra la hija; su clara y rucia advertencia sobre las persecuciones a que estarían sometidos sus discípulos; su pasión y su muerte, consecuencias de la verdad que ha predicado, frente a los hombres que aman la mentira, nos ponen ante el cuadro de una realidad que debe desvanecer los ilusorios cálculos de los que esperan un mundo en que se pueda defender íntegramente la verdad y la justicia sin provocar odios y persecuciones.

Los verdaderos discípulos de Jesús, celosos defensores de la doctrina del Maestro y de su Iglesia, amarán a todos los hombres, aún a sus enemigos, pero los amarán en la verdad, deseándoles el mismo bien que han logrado ellos por el conocimiento del Evangelio, sin engañarse sobre la correspondencia que puedan conseguir de aquellos hombres a los que aman no por motivos interesados, sino por Dios.

De esta suerte se concilian las exigencias inexorables de la verdad, por cuya defensa surgirán contiendas inevitables, y los deberes de la caridad, que nos conducen al amor de los hombres por encima de sus errores y de su maldad. Tanto como hemos de querer la realización de un orden de paz en la caridad, hemos de abominar de la paz fruto de inadmisibles concesiones hechas a la mentira o por temor a los hombres".

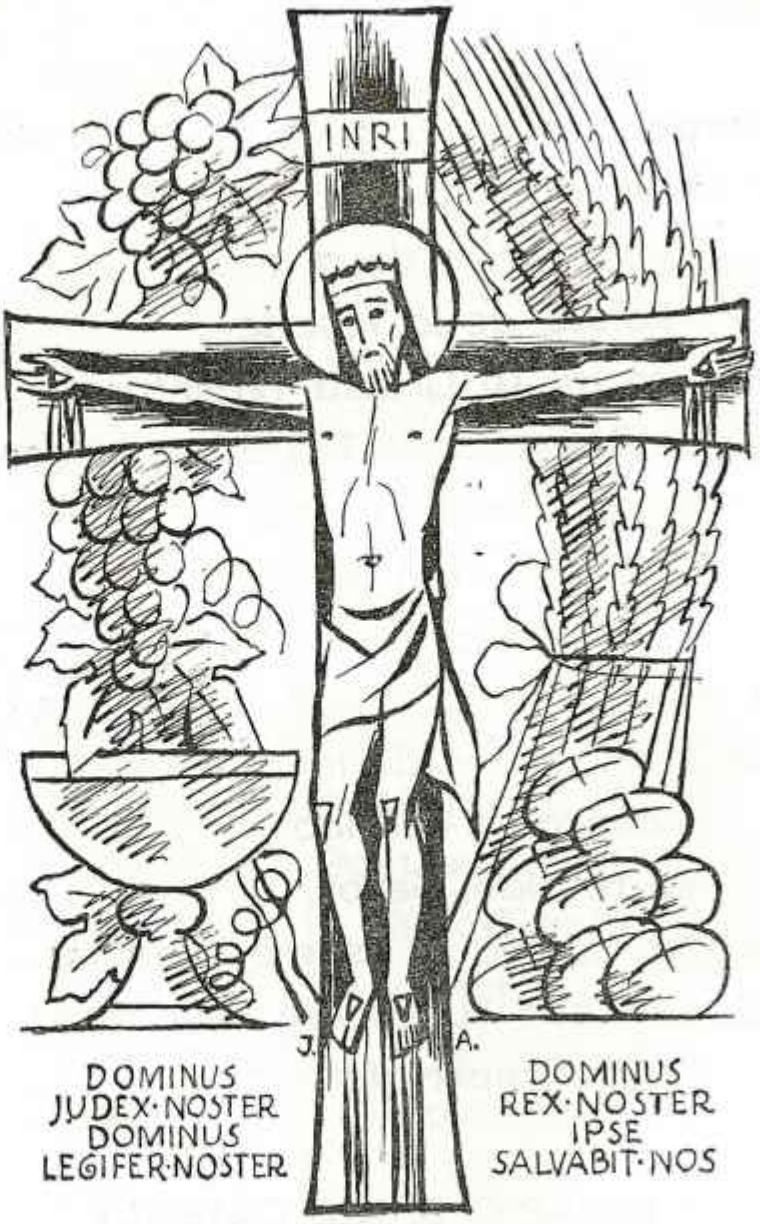
P. CARBONI, en "Renovador", n? 26.

INVOCACIÓN A *JESÚS* NUESTRO SIRE

El alma rota, el *corazón* ligero,
Sangre en la voz i| planta amontonada
Camino de la Cruz piso el sendero
De las crudas espinas q las flores;
V soif lo que no soq, como sí nada
Distinguiera al señor i| al pordiosero
Saltando entre el Amor q los amores.
Perdido en el atajo,
Mendigo de la rosa q el abrojo,
Arriba el Cielo, la *ciudad* abajo
V en el medio la nube
A la que asciendo de la que me arrojo
Y *de* la que me *arrojo* cuando sube.

Nuestro Síre Jesús, ¿qué es de mí vida;
Mí soledada vida se consuma
Entre el tiro de gracia
- Voluta de la Muerte -
V el tiro de Tu Gracia redentora?
¿Es que el don que en Tu pecho se atesora
No es acaso la V/ída
Que a la vida se suma
y en limpia aristocracia
La púrpura en consuelo se revierte?
Síre Jesús, señor]de la realeza,
Alcánzame contigo:
yo te pido, Señor,
Amparo contra el áspero Enemigo.
Cúbreme con Tu sangre mí cabeza,
Señor Emperador.

IGNACIO B. ANZOÁTEGUI


INRI
J.
A.
DOMINUS
JUDEX·NOSTER
DOMINUS
LEGIFER·NOSTER
DOMINUS
REX·NOSTER
IPSE
SALVABIT·NOS

HIMNO DE LA SANTA CRUZ

Regnavit a ligno Deus

Las banderas reales se adelantan
y la Cruz misteriosa en ellas brilla:
La Cruz en que la Vida sufrió muerte
y en que sufriendo muerte nos dio vida.

Ella sostuvo el sacrosanto cuerpo
que al ser herido por la lanza dura
derramó sangre y agua en abundancia
para lavar con ellas nuestras culpas-

En ella se cumplió perfectamente
lo que David profetizó en su verso,
cuando dijo a los pueblos de la tierra:
"Nuestro Dios reinará desde un madero".

¡Árbol lleno de luz, árbol hermoso,
árbol ornado con la regia púrpura,
y destinado a que su tronco digno
sintiera el roce de la carne pura!

¡Dichosa Cruz que con tus brazos firmes,
en que estuvo colgado nuestro precio,
fuiste balanza para el cuerpo santo
que arrebató su presa a los infiernos!

A tí, que eres la única esperanza,
te ensalzamos, oh Cruz, y te rogamos
que acrecientes la gracia de los justos
y borres los delitos de los malos.

Recibe, oh Trinidad, fuente salubre,
la alabanza de todos los espíritus,
y Tú que con tu Cruz nos das el triunfo,
añádenos el premio, oh Jesucristo.

FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ
"Himnos del Breviario Romano"

Himno a Jesucristo Rey

Oh Príncipe absoluto de los siglos,
Oh Jesucristo, Rey de las naciones:
Te confesamos árbitro supremo
De las mentes y de los corazones.

La turbamulta impía vocifera:
"No queremos que reine Jesucristo";
Pero en cambio nosotros te aclamamos,
Y Rey del universo te decimos.

Oh Jesucristo, Príncipe pacífico:
Somete a los espíritus rebeldes,
Y haz que encuentren el rumbo los perdidos,
Y que en un solo aprisco se congreguen.

Para eso pendes de una cruz sangrienta,
Y abres en ella tus divinos brazos;
Para eso muestras en tu pecho herido
Tu ardiente corazón atravesado.

Para eso estás oculto en los altares
Tras las imágenes del pan y el vino;
Para eso viertes de tu pecho abierto
Sangre de salvación para tus hijos.

Que con honores públicos te ensalcen
Los que tienen poder sobre la tierra;
Que el maestro y el juez te rindan culto,
Y que el arte y la ley no te desmientan.

Que las insignias de los reyes todos
Te sean para siempre dedicadas,
Y que estén sometidos a tu cetro
Los ciudadanos todos de la patria.

Glorificado seas, Jesucristo,
Que repartes los cetros de la tierra;
Y que contigo y con tu eterno Padre
Glorificado el Paracleto sea.

FRANCISCO LUIS BERNÁRDEZ
("Himnos del Breviario Romano")

IN MEMORIAM

El día 24 de febrero y cuando nada lo hacía esperar, murió **en** Génova **Michele Federico Sciacca,** uno de los más grandes filósofos contemporáneos. Estaba en plena madurez pues solamente contaba sesenta y seis años de edad, aunque su obra escrita y docente parece el resultado del esfuerzo de varios hombres. Sus obras completas, en curso de ed'ición, superarán con mucho los cincuenta volúmenes, y los resultados de su activid'ad docente y cultural son innumerables.

Formado primero bajo el 'magisterio de Antonio Aliotta y luego de Giovanni Gentile, muy tempranamente dejó la Fe de sus mayores. Pero una búsqueda apasionada y sincera de la Verdad le llevó a reencontrarla más tarde retornando al seno del pensamiento clásico y católico. Precoz hasta lo increíble, en sus años mozos formuló su "espIritualismo crítico" (1931-36) seguido muy pronto por el descubrimiento (y profundización) de Platón y de Rosmini. A Rosmini á'ebe agregársele el magisterio del gran San Agustín y de Blondel después. Por estos caminos de la Providencia, Sciacca retornó a la Fe y al seno de la Iglesia Católica inaugurando lo que él mismo denominara "espiritualismo cristiano" (1939-1948).

Pero aún faltaba mucho camino por recorrer. Y Sciacca lo siguió con tesón y fidelidad ejemplares ofreciéndonos todo un sistema de pensamiento, a la vez clásico, católico y moderno en su "idealismo objetivo" que pronto habría de dejar paso a su definitiva "filosofía (Je la integralidad" formulada en aquellas de sus obras que se consideran el **corpus** esencial: **L'interiorità oggettiva, L'uomo, Atto ed essere, Morte e immortalità, La libertà e il tempo, Filosofia e antifilosofia, L'Oscuramento dell'intelligenza, Ontologia triadica e trinitaria.** Dirigió varias revistas: **Giornale di Metafisica** (iniciador de un verdadero movimiento filosófico), **Humanitas, Rivista Rosminiana,** colecciones, obras colectivas.

Innumerables discípulos dejó en Italia, en toda Europa y en América. Valoraba de modo especial la cultura española (última reserva espiritual de Europa, como siempre repetía) y amaba particularmente la Argentina donde estuvo tres veces.

En los últimos años vio con claridad la convergencia entre la tradición agustiniana y la tomista y meditaba el pensamiento del Aquinate sobre cuya doctrina versan muchos de sus últimos escritos, algunos de los cuales están todavía inéditos'.

Sciacca pertenecía, como el que más, a esta minoría de grandes europeos que, desesperadamente y contracorriente, aun mantenían los valores (greco-latinos y católicos) de la cultura occidental. Muchas revistas de nuestro país, y últimamente de modo especial MIKAEL, vieron su firma batiéndose siempre (a veces con particular coraje) por los fundamentos perennes de una visión católica del mundo. Esperemos, pues, que Dios, que se ha dignado llamarle, le tenga Consigo y recompense su vida, ejemplo de ardorosa búsqueda de la Verdad. Nosotros no le olvidaremos.

MIKAEL

ORDENACIONES

RAÚL J. JOANNÁS. Nació en Villa Elisa, Pcia. de Entre Ríos, el 7 de noviembre de 1950. Hizo sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Recibió el Orden del Presbiterado para la Diócesis de Concordia, el 29 de junio, en la explanada de la Basílica de San Pedro, por la imposición de las manos de S. S. el Papa Pablo VI.

DANIEL ZIMMERMANN. Nació en Federación, Pcia. de Entre Ríos, el 25 de febrero de 1950. Hizo sus estudios de Filosotia y Teología en el Seminario de Paraná. Recibió el Orden del Presbiterado para la Diócesis de Concordia, el 29 de junio, en la explanada de la Basílica de San Pedro, por la imposición de las manos de S. S. el Papa Pablo VI.

ANTONIO F. MATHET. Nació en Buenos Aires el 24 de mayo de 1932. Hizo sus estudios de Filosofía en el Seminario de Rosario y de Teología en el Seminario de Paraná. Recibió el Orden del Diaconado para la Arquidiócesis de Paraná, el 18 de mayo, en la Capilla Mayor de nuestro Seminario, de manos de Mons. Adolfo S. Tortolo.

ENRIQUE CABALLERO, de la Diócesis de Gualeguaychú, recibió el 25 de febrero, en la Parroquia de S. Francisco de Asís, el Ministerio del Acolitado', por parte de Mons. Pedro Boxler.

ALBERTO H. CASAS RIGUERA, de la Arquidiócesis de Paraná, recibió el Ministerio del Acolitado; RAMÓN H. ALMIRÓN, de la Arquidiócesis de Corrientes, y FLORENCIO BURGARDT, de la Arquidiócesis de Paraná, recibieron el Ministerio del Lectorado. La ceremonia, celebrada el 18 de mayo en la Capilla Mayor de nuestro Seminario, fue presidida por Mons. Adolfo S. Tortolo.

LA REALEZA DE CRISTO EN SAN PABLO

"Todo fue creado por Él y para Él. Él es antes que todo y todo subsiste en Él. Él es la Cabeza del Cuerpo de la Iglesia; Él es el principio, el primogénito de los muertos, para que tenga la Primacía sobre todas las cosas. Y plugo al Padre que en Él habilase toda la plenitud y por Él reconciliar consigo todas las cosas en Él, pacificando con la sangre de su Cr.uz así las de la tierra como las del cielo" (Col. 1,16-20).

"Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. . . que nos dio a conocer el misterio de su voluntad, conforme a su beneplácito, que se propuso en Él, para realizarlo si cumplirse los tiempos, recapitulando todas las cosas en Cristo, las del cielo y las de la tierra. . ., y sentándole a su diestra **en los cielos, por encima de todo principado,** potestad, poder y dominación y de todo cuanto tiene nombre, no sólo en este siglo, sino también en el venidero. A Él sujetó todas las cosas bajo sus pies y le puso por cabeza de todas las cosas en la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo acaba todo en todos" (Ef. 1,3.9-10.20-23).

"Cristo Jesús... en su condición de hombre, se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios 'le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús doble la rodilla todo cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Fil. 2,5.7-11).

"Después será el fin, cuando Cristo entregue a Dios Padre el reino cuando haya destruido todo principado, toda potestad y todo poder. Pues preciso es que Él reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies. . .

Cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se sujetará a quien a Él todo se lo sometió, para que Dios sea todo en todas las cosas" (1 Cor. 15,24-25.28).

NO QUEREMOS QUE ÉSTE REINE SOBRE NOSOTROS

Hacia una teología de la historia contemporánea

I

CRISTO, REY DE LA HISTORIA

1. La historia como expectación del Rey

Descubrir el ser, acto exclusivo del hombre, significa, originariamente, comprobar la presencia del ser **(esfse)** en el único ente **(ens)** que es capaz de descubrirlo. Por encima del hombre, Dios simplemente **es** el "esse subsistens"; por debajo del hombre, las bestias no saben (ni pueden saber) que el ser es. Pero en la medida en la cual el ente autoconsciente ha descubierto el ser, sabe que toma parte de él, que sólo participa de él y que tener el ser participado es ser-causado por El que **es** el ser subsistente. Por tanto, el ser participado es el ser que **chjra** no con la duración infinita del ser eterno de Dios, sino con la **duración sucesiva** del ser finito; precisamente la duración sucesiva es el **tiempo.** Por eso, tener conciencia del ser y de ser (propio y exclusivo del hombre) no sólo pone de manifiesto su participación trascendental en el ser, sino su radical temporalidad e historicidad. Por encima del hombre, Dios no es histórico (aunque funde la historia y en cuanto Verbo Encarnado se haya hecho hisfórico) y por debajo del hombre, la naturalezja no es propiamente histórica aunque participe de la historicidad del hombre. Luego, vistas las cosas naturalmente, Dios (el **Esse** imparticipado) es el creador de la duración sucesiva (del tiempo) propia del ser finito y es la cabeza de todo cuanto existe.

Vistas las cosas sobrenaturalmente, la perspectiva se ensancha infinitamente pues surge la Majestad absoluta de Dios; esta majestad pertenece propiamente al Verbo: "Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación; pues **por Il fueron creadas todas las cosas,** las de los cielos y las que están sobre la tierra, las visibles y las invisibles, sean tronos, sean dominaciones, sean principados, sean potestades. **Todas las** cosas **fueron creadas por medio de Él** y **para Il"** (Col. **1,15-16).** Por eso, Él existe **antes** de todas las cosas y todas és-

tas **subsisten** por Él (v. 17). Por el Verbo eterno "al principio creó Dios los cielos y la tierra" (Gen. 1,1). El tiempo histórico, por consiguiente, es tiempo crístico desde el principio y, como veremos después, a partir del pecado es **expectación** de **Cristo.** Si en el plano natural es Dios el soberano del ser finito (duración sucesiva), en el orden de la salvación, Yavé **reina** sobre Israel para que, en virtud de la Alianza, alcance su Reino y la salvación a todos los hombres. Cuando Gedeón rechazó la reyecía dijo a los hebreos: "Yavé será vuestro rey" (Ju. 8,23). Ningún reino temporal puede parangonarse a éste, aunque, por eso mismo, todo reino temporal le deberá estar sometido.

La historia del hombre no será, pues, otra cosa, antes de Cristo, que la **expectación del Rey** de la historia; es decir, del Soberano de **todo lo que es,** que ha hablado al hombre y en virtud de cuya Palabra la historia tiene **sentido.** Pero esto implica una condición esencial: Que el hombre, en la duración del tiempo histórico, explícita o implícitamente, Le reconozca no afincándose en la duración sucesiva como si este mundo fuera definitivo.

El pueblo elegido esperaba un Rey escatológico que fuera constituido Rey de las naciones: "Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado yo. Pídeme y haré de las gentes tu heredad, te daré en posesión los confines de la tierra" (Ps. 2,8). Por eso Pío XI, en base a los textos proféseos, afirma la Realeza de Cristo en el Antiguo Testamento (1). Es muy significativo, por otra parte, que el Señor, cada vez que pudo ser proclamado "rey de Israel", pero de un reino que las multitudes querían puramente terreno, Él lo eludió inmediatamente, salvo cuando entró en Jerusalén montado en un pollino (Mt. 21,5). Y eso era porque, en este último caso, adquiría el sentido de! misterioso Reino' del Mesías-Salvador. Por eso ante P'ilato (Jo. 18,37), sin peligro ya de que su Reino fuera interpretado como un "afincamiento" puramente secular, afirma su Realeza. Luego, la idea del Mesías (por la cual le juzgan los judíos) y la ¡dea de Rey (por la cual debe juzgarlo el gobernador romano) constituyen una unidad en la idea del **Mesías-Rey,** señor de los señores y señor de las naciones, es decir, **Rey de la historia** que se encamina hacia la plenitud del Reino allende la historia misma. Pero, además, esto no significa (sino todo lo contrario) que Cristo abandone el dominio **actual** de esta historia.

2. La historia como reinado de Cristo

En efecto, el Reino, si bien no es de este mundo (Jo. 18,36) manifiéstase extrínsecamente mezclado con la cizaña (Mt. 13, 24),

---

(1) *Ouas Primas,* **1,6.**

de modo[1] que, en este tiempo de la historia, posee cierta **presencia terrena.** Habida cuenta de esta presencia real aunque misteriosa e invisible, en virtud de la Encarnación, el Verbo tiene poder "sobre todas las cosas temporales; puesto que Él ha recibido del Padre un derecho absoluto sobre todas las cosas creadas" (2). Y así podríamos hablar –con cierta latitud– de una manifestación extrínseca del Reino.

Más aún: como enseguida veremos, ningún acto histórico (sea positivo o negativo, sea historia de la Gracia o historia de la iniquidad) escapa a esta presencia del Reino; lo cual es lo mismo que decir que ningún acto histórico puede eludir la suprema Soberanía de Cristo, el Mesías-Rey. En cuanto es Cristo el **mediador,** el poder misterioso del Rey de la historia se realiza **en este tiempo histórico** que es el tiempo de la Iglesia peregrinante. Ningún poder terreno elude la soberanía del "Rey de los reyes y Señor de los señores" (Ap. 19,16), aunque le rechacen, pues el mismo rechazo debe ser ejercido como institución permanente de la "realeza" de Satán, es decir, del anti-Reino de Dios. Pero ni siquiera este "reino" puede escapar al poder del Rey de lo creado y cabeza de la historia. San Agustín comprendió, meditó y expresó genialmente esta realidad misteriosa que es la historia contemplada desde la perspectiva de **CristO**'Rey.

3. La historia como "tensión" entre el Reino de Cristo y eí contra-Reino del mal

Por consiguiente, en este tiempo en el cual (duración sucesiva) pasado y futuro se convierten al presente donde verdaderamente existen (3), se lleva a cabo la vigencia de la única ley de la historia constituida por la "tensión" entre la historia de la Gracia y la historia de la iniquidad. Pero todo esto es siempre concreto y "es lo que acontece, dice San Agustín, con la vida total del hombre, de la que forman parte cada una de las acciones del mundo; y **esto es lo que ocurre con la vida de la humanidad,** de la que son partes las vidas de todos los hombres" (4). Reino de Dios y contra-Reino, historia peregrina y deslizamiento hacia la muerte y la aniquilación.

---

(2) *Quas Primas, 11,11.*
(3) *Conf.,* 11, 28, 37.
(4) *Conf.,* 11, 28, 38.

Como dice Pío XI, "este reino es opuesto únicamente al reino de Satanás y a la potestad de las tinieblas" (5). Por tanto, el primero es el amor a Dios hasta el olvido de sí (Ciudad de Dios), el segundo es el amor de sí (el mal amor de sí) hasta el desprecio de Dios (ciudad del mundo) (6).

Así, la historia es esa misma **tensión indiscernible** entre las dos ciudades. Una, sin embargo, la ciudad de Dios, no ha sido "fundada" en el tiempo de la historia aunque esté en la historia; en este sentido, Adán no es su fundador sino Dios mismo (es decir, su Reino en el corazón del hombre); pero (supuesto siempre el pecado original) la ciudad de Dios es **peregrina** a partir dé Abel porque era necesaria cierta sociedad en el tiempo de la historia para el desarrollo de la Ciudad (7); Abel no funda porque solamente funda aquel que se **afinca** en el **mundo.** Mientras la ciudad de Dios peregrina en el tiempo porque no es del mundo y se orienta hacia la plenitud del Reino allende el tiempo, la ciudad del mundo se afinca en la inmanencia que supone el sentido de la tierra (como decía Nietzsche). En cambio Caín es de veras **fundador** de la ciudad del mundo entre los hombres; en cuanto afincada en el mundo, implica la rebelión contra el Rey de la historia, asentando el poder en la inmanencia del mundo. Este poder, en cuanto es paradójicamente subversivo de su último fundamento, se desliza hacia su inevitable autodestrucción. Por eso, en el corazón del hombre luchan (en tensión indiscernible) la Gracia y la iniquidad., el Reino y el contra-reino, el Bien y el mal, en fin, las dos ciudades.

Esta tendencia hacia el no-ser tiene su fundamento en lo que San Agustín llamó la **ciudad del diablo** puesto que el Adversario peca desdé el principio (Jo. 1,3,8) (8) actuando en la historia como el anti-Creador y como la hipóstasis de mentira-, mentira ontològica que llega hasta las raíces de la entidad puesto que, en el fondo, es negación del Ser mismo, de la Palabra por la cual todo ha sido creado; es por eso, Verbicida y mediador de muerte: el mundo abre su ámbito de autosuficiencia (negación de la trascendencia), el poder terreno se hace ab-soluto sin referencia al Rey y autor de toda potestad. Por eso la **civitas diaboli** funda la **civitas mundi** (aunque no se distinga una de otra) que, después del primer pecado del hombre, confiere a la historia; su carácter trágico. Aparece así el imperio o reino del de-

---

(5) *Quas Primas* II, 11.
(6) *De Gen. ad litt.,* 11, 21 y 11, 15, 20; *De Civ.Dei,* 1 praef.; 11,24; 15,19; 17,4,2.
(7) *In Psal.* 61,6.
(8) *De Civ. Dei,* 14, 3, 2.

monio (que es reino de muerte y destrucción). Solamente por la Redención de Cristo pasamos "del poder de Satanás a Dios" (Ap.26,18) perdiendo el demonio el "derecho" que tenía sobre el hombre. Por eso Cristo, Rey de lo creado en cuanto es hombre, es el Centro de la historia y a ella le confiere sentido. Pero, ahora más que nunca, la historia (ésta de todos los días) es **tensión** entre el misterio de la Gracia y el misterio de la iniquidad, el uno vuelto hacia la Salud, el otro hacia la inmanencia; mientras dure el tiempo de la historia, comunes serán a ambas ciudades los bienes y los males; mientras los ciudadanos de la ciudad de Dios serán meros administradores de los bienes, los segundos se apropiarán de ellos; mientras el poder para los primeros se ordenará hacia la Salud, para los segundos servirá para absolutizar el espíritu del mundo hasta la autodestrucción.

La historia es, pues, la tensión misma entre ambas ciudades o, como lo tengo dicho en otra parte, **la historia es la tensión de las dos sociedades hasta** el **último instante del tiempo** (9). Tensión escatológica y misteriosa que no se "detendrá" en el Juicio, sino que **concluirá** cuando) el supremo Rey de la historia separe el trigo de la cizaña. Mientras tanto, la historia se carga de sentido trágico y misterioso a medida que va creciendo el padecimiento de aquellos que sufren en su carne lo que aún falta a la Pasión de Cristo para la conclusión de esta historia. En el mundo de hoy, si lo observamos con la mirada de la fe, nos ha tocado asistir y participar de un momento extraordinario (quizá supremo) de esta **tensión** entre la luz y las tinieblas.

11

CRISTO REY Y LA SUBVERSIÓN DEL HOMBRE MODERNO

1. El inmanentismo como dominio del espíritu del mundo

En el tiempo de esta vida no podremos discernir las dos fuerzas en "tensión" en el corazón del hombre; en la co-incidencia entre la libertad del hombre y la Providencia divina, donde se origina la historia,. no es posible en este tiempo discernir los principios de la ciudad de Dios y la ciudad del mundo. Pero sí podemos pensar que, en el plano natural, una filosofía y concepción del mundo de acuerdo con los principios de la ciudad de Dios, ha de ser no inmanentista sino trascendentista; comprenderá que el hombre no está destinado a

(9) *El hombre y la historia,* Ed. Guadalupe, Bs. As., 1959, p. 159.

"afincarse" en el tiempo histórico como si fuera definitivo y que cada seto de su libertad, cada opción en el tiempo, "crea" la historia en cuyo presente se implica el Instante de la omnipotencia de Dios. Por consiguiente, en el plano de la mera filosofía de la historia, Dios es el Soberano del mismo movimiento histórico; pero en el orden de la Gracia (y de la fe sobrenatural) semejante movimiento de la historia de cada hombre, de cada sociedad, de cada pueblo y de todos los pueblos, no tiene sentido sino en el Verbo Encarnado. En sentido contrario, pretender explicar la historia en la inmanencia del tiempo y el "afincamiento" en el mundo, significa abrir el cauce a la **expansión de la ciudad del mundo** (misterio de iniquidad) que corroe la historia hasta su autodestrucción.

En efecto, así como no existe Gracia sin naturaleza, es suficiente que; se vulnere el orden natural para que deje de tener sentido el orden de la Gracia y, a la inversa, perdido el orden de la Gracia se corrompe la naturaleza en cuanto naturaleza. Esto es, precisamente, lo que acontece en el Occidente desde el momento en el cual —aun sin abjurar de la fe— se intenta una explicación de la historia en cuyo movimiento para nada interviene el orden sobrenatural. Si se afirma que sólo existen los singulares y que, por consiguiente, el conocimiento válido depende exclusivamente de los sentidos, es evidente que la inteligencia no tiene acceso al conocimiento de los seres que, por naturaleza, trascienden el orden de lo visible. Si, como quería Occam, la **notitia abstractiva** depende exclusivamente de la **notitia intuitiva** (sensible) no existe motivo alguno para que la inteligencia afirme (científicamente) la existencia de Dios, la libertad humana y los valores trascendentes que quedan relegados a cierto fideísmo no racional. Pero lo más grave consiste en que, en tal circunstancia, todo el orden del- mundo visible, desde un punto de vista racional, aparece como no-dependiente (pues tampoco ya puede afirmarse una **relatio realis** en la causalidad) de Dios trascendente; en tal caso, la historia (sin acudir al orden de la fe) se muestra como autónoma, sólo explicable en y desde el mundo; el poder terreno deja de ser administrador para hacerse absoluto.

No es necesario llegar a la barbarie antitradicional del inmanentísimo alemán para cerciorarnos que asistimos a la **expansión de los principios de la ciudad del mundo.** Más aún: si todo ha de resolverse en el ámbito de lo sensible, el nominalismo es ya un empirismo radical; pero, si por otro lado, el conocimiento racional (cuyo comienzo reside en la **notitia abstractiva)** debe recluirse en el ámbito de la pura formalidad lógica de la razón misma, en el nominalismo asistimos a la posibilidad inmediata del idealismo inmanentista. Y, en

ambos casos, a la primera formulación filosófica de la expansión de los principios de la ciudad[1] del mundo. La historia carga las tintas de su sentido negativo. Y, como bien sabe el lector, aún es posible ir mucho más lejos llevados como por cierta lógica de hierro propia del inmanentísimo mundano cuyo nacimiento intento mostrar.

Pero el cristiano sabe que "la amistad del mundo es enemiga de Dios" (Sant. *4,4).* Concebir el hombre y la historia como estrictamente mundanos, inmanentes al mundo, implica enemistad respecto del Rey de la historia y, por eso, el nacimiento del inmanentísimo autosuficiente significa rebelión y contradictoria subversión contra Dios. La razón deja de ser peregrina para ser nuevamente "fundadora", afincando al hombre en el ámbito del mundo. Este proceso tiene dos grandes vertientes. Por un lado, si es la razón (mundanizada) la regla de la verdad, será necesario que el ser sea **deducido** a partir de ella; pero, en tal caso, habrá que interrogarse no ya por la ineludible presencia del **ser,** sino- por las estructuras de la misma **razón.** En tal caso, o la razón debe explicarlo todo hasta identificarse con el ser del cual no sería más que un modo (Espinosa-) o reconocer que solamente puede poseer cognoscitivamente cuanto existe dentro del ámbito de la experiencia exterior; en cuyo caso, de las mismas estructuras a priori de la razón deberá surgir la explicación de todo lo que es. Sin sacar aún las conclusiones del idealismo absoluto, se afirma que la "luz" de la, razón es el único criterio explicativo de la historia y nada trasciende a la mera naturaleza (iluminismo). Todo es, pues, inmanente al mundo- (d;e lai naturaleza y la razón). De ese modo, el hombre es realmente autosuficiente, **afincado** en el mundo para siempre y Dios no se entromete para nada en su "mundo" autónomo (burgués). Por eso, asistimos así a la formulación teórica del **espíritu del mundo,** formulación que representa el despotismo de la época (siglos XVII - XVIII) y explica momentos esenciales de la historia moderna.

Pero la otra vertiente del proceso de mundanización o secularización es mucho más rigurosa. Porque si es menester aceptar que la explicación de todo lo que es debe surgir de las mismas estructuras de la razón, es preciso sostener la **cosistitusión del objeto** del conoh cimiento por la misma razón (idealismo); en cuyo caso, será más coherente, al cabo, **identificar** el objeto con la razón; es decir, **el** ser con, la razón (Hegel). Si es así, ser y razón son abstracciones (opuestos) que se resuelven en el **devenir** y, por lo tanto, la realidad consiste **en** contradicción dialéctica hasta la plena clarificación racional solamente lograble en el saber absoluto (filosofía). Luego, todo es inmanente a todo, todo es concepto o sustancia infinita; Dios muere en el devenir del mundo. Dicho en pocas, palabras: el mundo es un ab-

soluto en sí mismo, lo que equivale a decir que **el espíritu del mundo sa ha absolutizado.** Y esto no es otra cosa que **la máxima expansión de la ciudad del mundo** después de la Pasión de Cristo. Trátase de la **subversión total** contra el Rey de la historia y el "crecimiento" máximo de la iniquidad en el mundo. Por eso, del hegelismo al marxismo pero, antes, del iluminismo al liberalismo burgués, asistimos a la convergencia de dos vertientes que tienden a hacerse **una sola** en la< máxima expansión del espíritu del mundo.

Aún podríamos ir más lejos considerandb, por así decir, **la corrupción de la corrupción** del espíritu de Occidente que se ve obligado a refugiarse en los límites del lenguaje, pues allende tales límites todo carece de significado; en esa perspectiva, el "mundo" es sólo la suma de los "hechos" (atómicos) de cuyo análisis solamente podemos deducir la **variedad total** del pensamiento aniquilado en el puro nominalismo de los "juegos lingüísticos". Una conciencia cristiana puede (y debe) proyectar este estado letal del pensamiento europeo actual hacia todos los momentos de la sociedad contemporánea y la conclusión se le revelará como la máxima expansión de la ciudad del mundo y la máxima reducción de la ciudad de Dios.

Donoso Cortés, hace más de un siglo, lo había intuido perfectamente cuando observando la disminución de la caridad y el aumento de la iniquidad en el mundo, anunciaba la futura instauración de una Dictadura gigantesca: "la catástrofe que ha de venir será la catástrofe por excelencia de la historia. Los individuos pueden salvarse todavía, porque pueden salvarse siempre; pero la sociedad está perdida" (10). Más aún: "Cuando se consideran atentamente estas abominables doctrinas es imposible no echar de ver en ellas el signo misterioso, pero visible, que los errores han de llevar en los tiempos apocalípticos. Si un pavor religioso no me impidiera poner los ojos en esos tiempos formidables,, no me sería difícil apoyar en poderosas razones de analogia la opinión de que el gran imperio anticristiano será un colosal imperio demagógico, regido por un plebeyo de satánica grandeza, que será el hombre del pecado" (11).

La suprema **hipocresía** de la ciudad del mundo está bien expresada en la afirmación de la "muerte de Dios", signo de la general **apostasía** que Pío XI consideraba como eí "desalojo" del Rey de

---

(10) "Polémica con la Prensa Española", en *Obras Completas,* ed. Juretschke, BAC, Madrid, 1946, II, p. 222.

(11) "Carta al Cardenal Fornari", *Op.cit.,* II. p. 623.

la historia en el hombre; como el destronamiento de Cristo de la inteligencia, de la voluntad y del corazón del hombre (12).

2. La historia contemporánea como resultado de la división de la ciudad del muncTo consigo misma

La expansión de los principios de la ciudad del mundo como progresivo destronamiento, en el mundo, del Rey de la historia, tiene consecuencias bien visibles: la ciencia, la técnica, el arte, la política, la economía, la filosofía, la teología (también la teología) secularizan su contenido; las relaciones entre 'los pueblos y naciones, dejan de ser propiamente relaciones para convertirse en contigüidades hostiles asumidas por la más atroz de las hipocresías. El mundo de hoy, casi totalmente "cubierto" por la expansión de la ciudad mundana y la consiguiente "reducción" de la ciudad de Dios, es un mundo hostil y desunido, homicida y corrupto. Así tiene que ser porque la ciudad no está asentada sobre el amor (que une) sino sobre el amor de sí y el odio, sobre el "afincamiento" que quiere ser definitivo. En ese sentido, la ciudad de mundo (que rechaza Ja soberanía de Cristo) está fatalmente **dividida consigo misma** y se encamina hacia su **autodestrucción.**

El genio de San Agustín así lo había visto: "La ciudad terrena, decía, que no ha de ser sempiterna, porque cuando estuviere condenada a los últimos tormentos no será ciudad, en la tierra tiene su bien propio, del que se alegra como pueden alegrar tales cosas; y porque no es tal ese bien que libre y excuse de angustias a sus amadores; por eso la ciudad de ordinario **anda desunida y dividida entre sí" (13). Y** esto explica por qué Pío **XI** ha sostenido, luego de la contemplación de los primeros decenios del presente siglo: "Los hombres y las naciones, alejadas de Dios por el odio recíproco y por las intestinas discordias, **caminan hacia la ruina y la muerte" (14).** Veamos el panorama que se presenta ante nuestra vista:

a). Rusia y los Estados Unidos. La polarización de la historia política de nuestro mundo entre dos grandes centros de poder secular representados por Rusia comunista y Estados Unidos liberal-capitalista,

---

(12) *Qucts Primas,* Introduc., 1 y I, 4.
(13) *De Civ.Dei,* 15, 4.
(14) *Quas Primas,* Introduc., 3.

en modo alguno representa una tensión entre mal y bien (crasa y torpe confusión) sino una **división interna** de la ciudad del mundo. Mientras Estados Unidos representa un mundo asumido por el predominio' de la acción sobre la contemplación donde la acción libera los poderes de la naturaleza, Rusia representa el predominio de la praxis transformadora de la realidad (en los supuestos marxistas). En ambos casos, uno más cruel que el otro, pero ambos seculares y mundanos, asistimos al enfrentamiento, "caliente" o "frío", o a la calculada y pragmática "convivencia pacífica", dé dos sectores de la siempre dividida ciudad del mundo.

Rusia y Estados Unidos representan bien la **corrupción del poder** afincado en la inmanencia del mundo. Ambos buscan la "paz" que da el "mundo" y disponen de los medios para que esta "paz" del terror, del temor, del interés y del puro poder secular, dure lo más posible. . . mientras que el otro no dé un paso que, al deteriorar semejante "paz", precipite al mundo en el desastre. No es, pues, Cristo-Rey el Señor de esta ciudad (aunque lo sea a despecho de sus miembros en última instancia) sino Otro que, como dice Santo Tomás, no puede establecer un dominio interior sobre los hombres pero sí es cabeza de los malos a los que "exteriormente gobierna" (15).

b) Oriente y Occidente. A esta altura de la exposición se comprende que es evidentemente erróneo considerar como legítima la pugna Oriente-Occidente, especialmente en cuanto se refiere a China comunista. Porque, en efecto, el primer dato no consiste en considerar a China como un peligro de invasión contra Occidente; por el contrario, debe reconocerse que **China ha sido invadida por el pensamiento corrupto de Occidente** que es el marxismo. El último resultado del inmanentismo germánico (el marxismo) ha invadido el alma y el territorio de China. Cierto es que ha canalizado **mal** el antiguo nacionalismo chino, pero la actual China marxista que representa no tanto la decadencia cuanto la **demencia del poder,** se comporta como un otroi sector de la misma y única ciudad del mundo furiosamente vuelto contra los sectores en los cuales se encuentra dividida consigo misma. El cristiano no pertenece a ese mundo desgarrado y feroz consigo mismo. Contemplará, peregrino que no se "afinca" definitivamente en el tiempo de esta historia, cómo se enfrentan entre sí estos pequeños "gigantes" que el Rey de la historia reducirá a polvo con el aliento de su boca.

---

(15) *S. Th.*, III, 8, 7.

c) La gran traición de la Europa cristiana. Pero no nos podemos equivocar. Dividida con y contra sí misma, la ciudad del mundo tiene un enemigo irreconciliable: la Ciudad de Dios contra la cual puede unirse y dirigir todo su poder. El arma principal no puede ser otro que la autosuficiencia de la vida, el naturalismo, el racionalismo inmanentista que ha vaciado de contenido mistérico el dato revelado. Al comienzo el gran culpable ha sido el Occidente bárbaro al cual no llegó a fecundar el espíritu clásico del Mediterráneo. Entiéndase bien: se puede ser bárbaro y genial a la vez, como Hegel y el mundo que él bien representa; en tal caso el monismo naturalista, irracional y turbulento, oscuro y anticlásico, suele ser encerrado en la estructura rigurosa de un "sistema" que, por eso' mismo, se vuelve aún más destructivo y autodestructivo. Nada nuevo es esto, pues desde el siglo XV (pese a la heroica contención de los monarcas españoles) las **nuevas invasiones bárbaras** han ¡do corrompiendo el espíritu de Europa. La nueva barbarie inmanentista, hegeliana, marxista, historicista, también ha invadido el Extremo Oriente y absolutizado el sentido de la tierra (Nietzsche). Aunque no debería sorprendernos demasiado, sí debe ser para nosotros un signo claro y definitivo la **traición de la Europa católica,** heredera directísima del espíritu mediterráneo. Así lo intuía Donoso Cortés y, después de él, muchos otros como Dawson, Soloviev, Maurras. . .

Señalemos solamente algunos signos que están en los diarios y al alcance de todos. Cuando en el país de más antigua tradición clásica y católica, se **acepta** poner bajo compulsa electoral una verdad que debería ser indiscutible en el orden natural y sobrenatural (el divorcio en Italia), es porque, como decía Donoso Cortés, "la sociedad europea se muere" (16); o según tristemente declaraba en -una carta: "Estamos tocando con nuestras propias manos la mayor catástrofe de la historia. En el momento actual, lo que veo yo con claridad es la barbarie de Europa y de su población dentro de poco tiempo" (17). Y en el país donde- se había refugiado lo mejor del espíritu clásico (Francia) es la misma autoridad, es decir, la **forma** de la potestad social sin. la cual no hay sociedad civil, la que autoriza el aborto por ley del Estado. Y podría seguir enumerando. Cuando todo esto acontece, no se trata ya dé pecados individuales sino **nacionales** que reclaman una penitencia social que siempre Dios la envía en forma de catástrofe. La traición de Europa consiste, pues, en haber primero admitido y luego asumido como cosa propia, la expansión invasora

---

(16) "Polémica con la Prensa Española", *Op.cit.,* II, p. 222.
(17) "Carta a Monseñor Gaume", *Op.cit.,* II, **p.** 228.

de los principios de la ciudad del mundo, de las tinieblas sobre la luz. Encerrada aún en su propia soberbia parece estar completamente ciega. Solamente la "pequeñai gre/", ahora casi invisible a fuerza de ser pequeña, cuida el rescoldo que un día pueda redimir a Europa católica de su traición al Rey dé la historia.

d) Il posible destino de América Latina. Es natural que ahora nos preguntemos por el papel que le corresponde a América Latina. Hasta qué punto es ella también víctima de la expansión de la ciudad del mundo y en qué posible sentido puede encarar su destino en el futuro inmediato. Si admitimos que ha sido la conciencia cristiana la conciencia descubridora de América y, por ella, el espíritu católico de la España barroca, es menester aceptar que América ha sido descubrimiento cristiano; en tal caso, el espíritu descubridor develó, es decir, puso la mediación en la originariedad mágica de las civilizaciones precolombinas. El espíritu cristiano escindió el todo indistinto y mágico, encantador y sugerente, de las preculturas americanas y posibilitó la emersión de una originalidad cultural. Por eso, como lo tengo dicho en diversos lugares (18), la posible originalidad americana (como emersión del supuesto originario develado por el espíritu) asume y transfigura el aporte indígena en los países con pueblos precolombinos; simplemente devela lo originario puro en un país como la Argentina. De ahí las diversidades y la europeidad (no europeísmo) de nuestro país. Por tanto, el posible destino de América Latina no puede ser la mera yuxtaposición de lo europeo {europeísimo bastardo, ni europeo ni americano) sino la apertura de lo nuevo por el antiguo y siempre presente espíritu greco-latino-cristiano.

Por consiguiente, la América hija del espíritu clásico mediterráneo será católica o no será nada para el espíritu y, por eso, para la historia profunda y verdadera; también por ese motivo no será su destino una yuxtaposición y prolongamiento del liberalismo burgués que tanto mal nos ha hecho; pero tampoco la yuxtaposición de la quintaesencia del "espíritu del mundo" que es el historicismo hegeliano-marxista que circula tras los diversos proyectos de "liberación"; ni tampoco estará su futuro en el retorno a la oscuridad de un telurismo indigenista, por otra parte ya imposible y contradictorio. En las dos instancias primeras, América seguiría el movimiento de la ex-

---

(18) Cf. *Presente y futuro de la filosofía en la Argentina,* Instituto de Filosofía, Córdoba, 1972, y *América bifronte,* Ed. Troquel, Bs. As., 1961.

pans'ión del espíritu del mundo y se ataría fatalmente al desastroso descenlace de la corrupción del espíritu de la Europa geográfica. Precisamente la fidelidad al verdadero espíritu de Europa debe impulsar un sano: rechazo del inmanentísimo que ha corroído y envenenado de muerte el alma de Europa. Sería, ni más ni menos, que aceptar la traición de la Europa cristiana o ir a la cola del desastre.

Resumo pues: adscribirse al liberalismo capitalista o al capitalismo marxiste (en sus diversas formas "liberadoras" incluidas sobre todo las "cristianas") equivaldría a sumarse a un sector de la ciudad del mundo que anda, dividida contra sí misma. Y, además, aceptar la segunda invasión de los bárbaros como definitiva. Le queda a América Latina la suprema prueba de **ser fiel, a sí misma** asumiendo su verdadera tradición católica y clásica, griega, latina e ibérica y, **desde ella,** abrirse paso a su propio futuro. Ya sabemos que también América Latina (pueblo de hombres) en su misma historia es "tensión" de las dos ciudades hasta el fin de los tiempos. Pero corresponde a los católicos latinoamericanos luchar para que no sea América Latina arrastrada por algunos dé los nefastos sectores en pugna **dentro** de la historia de la iniquidad y sea incorporada y vivificada por el espíritu de la ciudad de Dios. Nuestra misión debe consistir en impedir que los pueblos latinoamericanos se alcen contra[1] el Rey de la historia ("no queremos que Éste reine sobre nosotros") sino que a Él reconozcan como al único Señor. Hoy parece locura hablar así. Esto, que naturalmente es imposible, sobrenaturalmente es muy posible. Confiemos en ello y esperemos que sea América (y sobre todo la Argentina después del inevitable desenlace de lai profundísima crisis por la cual atraviesa) la nueva tierra de la Iglesia eterna.

e) El "derrocamiento" del Rey de la historia y el futuro del mundo. A medida que el ámbito de la ciudad del mundo se ensanche, a medida que su "crecimiento" (la inversa del crecimiento del Reino) aumente más y más, se irá estrechando (en este mundo) el ámbito de la Ciudad de Dios. Y podemos decir más: La fe nos enseña que si el "crecimiento" de la iniquidad llegara a su grado máximo, habría llegado a su estado mínimo la historia de la Gracia recluida en la "pequeña grey". En tal caso, para la sociedad de los hombres asumida **casi** totalmente por el "espíritu del mundo", Cristo-Rey habrá sido "derrocado" y su Reino abolido. Resuelta la historia en el temporalis**mo dispersivo,** el tiempo interior habrá sido succionado por la exterioridad vacía sin referencia a **nacTa** como no fuera a un puro y despiadado poder terreno. Por eso, como tan bien lo intuyera Donoso Cortés, estarán abiertas las vías para el más grande despotismo de toda la historia; o, como enseñara Pío XI, todas las naciones, alejadas de

Dios, no podrán sino caminar hacia la **muerte.**

Tal es el futuro del mundo que ha "destronado" a su Rey y tal el destino de los hombres que no quieren que Él reine sobre ellos. Nada quizás más impresionante para un cristiano que las **lágrimas silenciosas** de la Virgen de Siracusa. Porque la Señora parece que ya no insiste en advertir, anunciar, amonestar. Ahora se limita a mostrar su rostro bañado, en lágrimas **an're lo que no puede detener.** Pío XI clamaba en 1925 por la restauración del Reino de Cristo (19). En 1975 parece que esa restauración no vendrá sino a través de la penitencia y el desastre. De un modo u otro, roguemos al Rey de la historia: **¡Ven, Señor Jesús!**

ALBERTO **CATURELLI**

Profesor de la Universidad Nacional de Córdoba

(19) *Quas Primas,* III, 27 y 29.

LA FIESTA DE LA REALEZA DE CRISTO

> *"Para que sean más abundantes los deseados frutos y duren más establemente en la sociedad humana, es preciso que se difunda el conocimiento de la dignidad real de Nuestro Señor cuanto sea posible. Para este fin, Nos parece que ninguna otra cosa puede ser más conveniente que la institución de una fiesta particular y propia de Cristo Rey"*
>
> ***(QUAS PRIMAS*** A"? ***16).***

Cuantas veces vuelvo a leer la Encíclica "Quas Primas" me deja profundamente impresionado la admirable doctrina que en su tercera parte se expone acerca del sentido de las fiestas litúrgicas en general, y de la de Cristo Rey en particular.

Con el deseo de presentar a los lectores de MIKAEL el contenido de esa doctrina tan poco conocida –incluso por parte de católicos de cierta cultura– paso a exponer y comentar sencillamente el magisterio del Papa sobre dicha materia.

I. CONVENIENCIA DE LAS FIESTAS EN GENERAL

Sin olvidar que el aspecto más importante de una fiesta es su relación a Dios, es decir, su ordenación a la gloria divina y a la participación! en 'os sagrados misterios, el Santo Padre se detiene ampliamente en la consideración de las ventajas "pastorales" que reporta la :elebración litúrgica de las fiestas religiosas.

1. La fiesta y su valor psicológico-religioso

La Encíclica establece un paralelismo entre la eficacia que tienen los **documentos** del magisterio eclesiástico y la virtualidad que se encierra en las celebraciones de las **fiestas,** destacando la **evidente** superioridad de estas últimas en orden a la santificación de los fieles.

Los **documentos** llegan, de hecho, a una¡ **minoría** de personas cultas –y, como nos lo enseña la experiencia, no pocas veces quedan en letra muerta–, en cambio las **fiestas** constituyen un magisterio vivo y **universal.** Todos los fieles del mundo, aún los más simples, tienen acceso al misterio en ellas contenido.

Además, los **documentos** hablan **una sola vez,** y luego callan para siempre. La **fiesta,** por su parte, predica **perpetuamente,** todos los años. Y la experiencia enseña que frecuentemente necesitamos la reiteración de las cosas para poderlas penetrar, máxime cuando se trata de algo tan sublime e insondable como es el misterio cristiano.

Por último, los **documentos** se dirigen primordialmente a la **inteligencia'.** En cambio la **fiesta,** sin dejar a un lado su carácter formativo, su contenido intelectual, se dirige más al **corazón.** O, si se quiere, enseña "conmoviendo". La fiesta tiene un carácter más lírico que conceptual; canta la doctrina'.

La Iglesia, gran pedagoga de la humanidad, conociendo bien la eficacia apostólica de las fiestas, las ha sembrado a lo largo del año litúrgico para, preparar la cosecha de la eternidad'. También los herejes, experimentando la virtualidad de estas celebraciones, trataron de sembrar cizaña en el campo de trigo de la liturgia, intentando introducir herejías en su seno. Pero la Iglesia evitó severamente tal infiltración. Lex **orandi, lex credenci,** dice el viejo adagio latino: como es la oración así es la fe.

2. La fiesta y la naturaleza del hombre

No es el hombre un ser angélico, de modo que pueda quedar del todo saciado con el mero gozo de¡ su espíritu, sino que est'á **compuesto** de alma y cuerpo. La fiesta, por ser precisamente una cierta exteriorización del misterio invisible –continuando así, en alguna manera, el sublime misterio de la Encarnación del Verbo– no sólo se dirige al **alma,** sino que también alcanza y compromete al **cuerpo.** El misterio se hace fiesta, y luego de penetrar al alma, redunda de ésta al cuerpo.

A esta razón, apuntada por el Papa, podríamos añadir otra. Y es que el hombre debe rendir culto a Dios no sólo con su alma sino también con su cuerpo. La celebración de la fiesta litúrgica, hace posible esta sumisión **integra]** del hombre. Todo su ser –alma y cuerpo– se somete al misterio y en él se sumerge.

3. La fiesta y las necesidades del pueblo cristiano

La historia de la Iglesia nos enseña que las diversas **fiestas** se fueron instaurando en el transcurso de los siglos según la **necesidad** o la **utilidad** del pueblo cristiano parecía solicitarlo.

El Santo Padre pone como ejemplo de ello la introducción de las fiestas en honor de los **mártires,** cuya celebración se inició en la Igle-

sia precisamente con motivo de las terribles persecuciones que sufriera durante los primeros siglos de su historia. Al venerar a sus mártires, ¡mplícil'amente los cristianos cobraban ánimo para no defeccionar en la prueba; como decía San: Agustín: "las solemnidades de los mártires fueron **exhortaciones al martirio".** Y, asimismo, la ulterior instauración de nuevas fiestas en honor de los **confesores,** de las **vírgenes,** de las **viudas** sirvió para excitar en los fieles el amor a las virtudes propias de esos estados, virtudes necesarias también en tiempos **de** paz.

La historia nos muestra- asimismo cómo Dios se fue valiendo de la introducción de diversas fiestas para **enfervorizar** la piedad del pueblo cristiano en torno a algún misterio de la fe, o con motivo de algún especial beneficio de la bondad divina. Esto se advierte sobre todo si se considera las festividades instituidas en honor de la **Santísima Virgen,** ya sea en relación con algún misterio determinado de Nuestra Señora (la Inmaculada Concepción, la Asunción, etc), ya con motivo de algún socorro especial que la Santísima Virgen concediera a los cristianos (como la ayuda en la batalla de Lepanto, o las apariciones de Lourdes, etc.). Sin lugar a dudas, todas estas festividades contribuyeron al acrecentamiento de la piedad mariana en la Iglesia universal.

4. La fiesta como correctivo de los errores y herejías

Es ésta otra enseñanza de la historia eclesiástica. Cuando la Iglesia se vio enfrentada por un grave **error** en la fe, o por el **ablandamiento** de algún aspecto de su patrimonio doctrinal, constituyó la fiesta un remedio eficaz, a tal punto que varias de las festividades introducidas a lo largo de los siglos no fueron sino el resultado de una afirmación de la fe en contra de las herejías de la época, o contra el enfriamiento de la reverencia y piedad popular.

En oposición a la impiedad nestoriana, por ejemplo, la Santísima Virgen fue proclamada **Madre de Dios** y su culto extendido a toda la Iglesia. Cuando el mundo cristiano- se fue entibiando en su adoración y en su respeto a la Sagrada Eucaristía, la Iglesia instituyó la fiesta de **Corpus Christi,** y mandó que se festejase de modo tal que su solemne procesión convocase a todos al homenaje público al Señor Sacramentado. Cuando el jansenismo invadió con su frío rigorismo sectores* importantes de la Iglesia, ésta reaccionó instituyendo la fiesta del **Sagrado Corazón,** horno ardiente de caridad.

Lo cual, como destaca el mismo Papa, muestra el admirable designio de la divina Providencia que, así como suele sacar mal deL-

¡bien, permite que de cuando en cuando disminuya la piedad y la fe del pueblo o que falsas doctrinas objeten la fe católica, para sacar luego un provecho mayor, de modo que, gracias a su "pastoral de las fiestas" la verdad católica vuelva a brillar con nuevo resplandor, y los fieles, despertados de sus errores o de su letargo, se lancen con más decisión a la santidad.

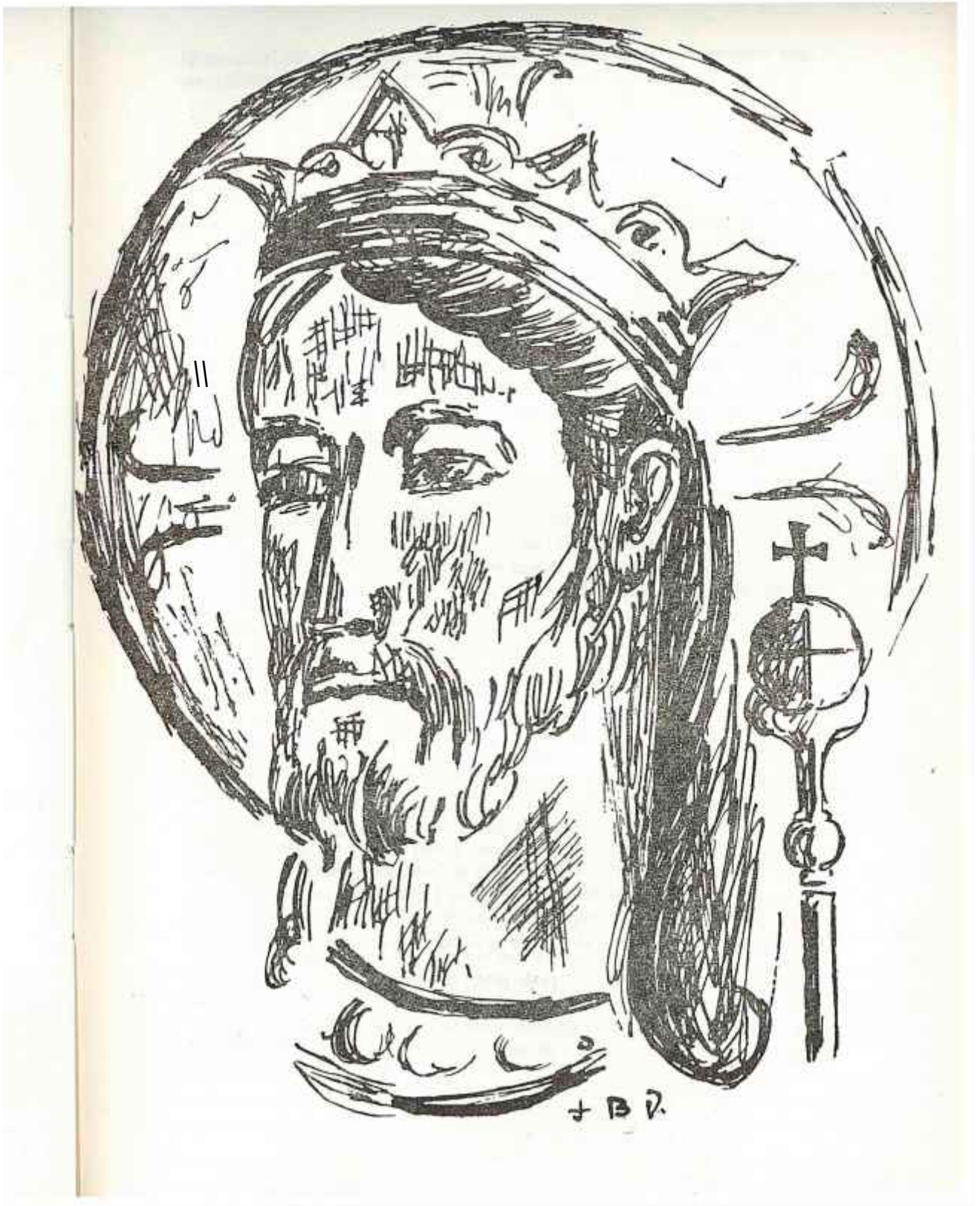
II. CONVENIENCIA DE LA FIESTA DE CRISTO REY

Luego de haber bosquejado una teoría general de la **fiesta,** el Santo Padre aplica dicha teoría a la fiesta concreta que ha decidido instituir a perpetuidad en la Iglesia. "Si mandamos- que Cristo Rey sea honrado por todos los católicos del mundo, con ello proveeremos a las necesidades de los tiempos presentes" (N? 18). Veamos cuáles son las intenciones del Papa.

1. La fiesta de Cristo Rey y el laicismo

Dice el Santo Padre en esta Encíclica que el **laicismo** es "la peste de nuestra época". Unai peste no declarada de la mañana a la noche, sino largamente incubada —afirma— en las entrañas de la sociedad. Al comienzo se empezó por negar el **señorío** de Cristo sobre todas las naciones; se negó a la Iglesia el derecho de **enseñar** a los pueblos, derecho indiscutible, puesto que deriva del mandato que recibió de Cristo de "ir a todas las naciones enseñando". Luego la Iglesia fue **igualada** con las otras religiones falsas y rebajada indignamente a su nivel. Una vez logrado esto, se la **sometió** a la sociedad civil quedando así al arbitrio de los gobernantes, como si se tratara de cualquier cuerpo intermedio, sujeto al Estado. Y por este camino se llegó a la reducción de la fe católica a un vago **sentimentalismo** religioso natural; ni faltaron Estados "que pretendieron pasarse sin Dios, y pusieron su religión en la irreligión y en el desprecio de Dios mismo" (N< 18). Es, ni más ni menos, lo que dice San Agustín cuando describe el espíritu de "la ciudad del mundo".

Tal fue el largo proceso que desembocó en este mal terrible del laicismo, que carcome la sociedad, y que hoy ha llegado a extremos que difícilmente hubiera podido prever el mismo Suma Pontífice cuando escribió su admirable Encíclica. Pues bien, el Papa juzga que la fiesta de Cristo Rey es capaz de aportar un remedio muy eficaz para esta enfermedad del mundo moderno. Porque la doctrina de Cristo Rey, al exigir que no sólo los **individuos** sino también las **naciones** veneren públicamente a Cristo y le presten obediencia a través de



sus magistrados y gobernantes, está en las **antípodas** del laicismo, el cual, al afirmar la autonomía absoluta del hombre y de la ciudad, reniega firmemente de la soberanía del Señor.

2. La fiesta de Cristo Rey y la discordia

Advierte el Papa cómo la apostasía de los individuos y de las naciones, producto del laicismo reinante durante tanto tiempo, ha engendrado frutos pésimos, como el germen de la discordia, los odios y rivalidades entre los pueblos, las guerras civiles, la destrucción de las familias. Es lo que San Agustín —ese visionario— predijo para "la ciudad de este mundo": cuando los hombres se unen para entenderse contra Dios acaban por no entenderse entre sí (como en Babel). La ciudad de Satanás no se une en la verdadera armonía sino en el **odio ccmún** hasta el punto de dejar a la misma sociedad "resquebrajada y lanzada hacia la ruina" como dice el Santo Padre (N? 18). Si no es Dios quien edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen.

Inútil será toda invitación! a la paz mientras la sociedad no se resuelva a acatar la soberanía de Cristo. No hay otra paz verdaderamente seria y duradera que **la¡ paz de Cristo** en **el Reino de Cristo.** Fuera de ello, a lo más habrá "pacifismo" o "coexistencia pacífica", lo cual no es, en el fondo, sino una simiesca y bastarda imitación de la "paz de Cristo".

3. La fietsta de Cristo Rey y la apatía de los buenos

El Santo Padre expresa en esta Encíclica su firme esperanza de que la fiesta/ anualmente repetida de Cristo Rey induzca a la sociedad a retornar a Cristo. Sin embargo no basta la celebración de la fiesta. Es menester —dice— que todos los católicos, que llevan en sí "la antorcha de la verdad", que conocen quién es Cristo, que saben en qué consiste la auténtica felicidad de las naciones, sacudan su **apatía** y su **timidez,** dejen de **abstenerse** de la lucha o de resistir flojamente, suscitando en el enemigo mayor temeridad y audacia, y comprendan que pertenecen a una Iglesia que no en vano se llama **militante.**

La fiesta de Cristo Rey será, pues, un implícito llamado a los católicos tibios para que, dejando a un lado su! cobardía, se entreguen de lleno a la construcción, de una sociedad nueva, sometida al cayado del P'astor-iRey. "Cuando los fieles todos comprendan que deben mi-

litar con valor y siempre bajo la bandera de Cristo Rey, se dedicarán con ardor apostólico a llevar a Dios de nuevo a los rebeldes e ignorantes se esforzarán en mantener incólumes los derechos de Dios mismo" (N? 19).

4. La fiesta de Cristo Rey y el silencio ominoso

El mundo moderno, amamantado en el laicismo, y que ha hecho suya la terrible imprecación que se lee en el Evangelio: "No queremos que Éste reine sobre nosotros", encuentra su expresión acabada y más extrema en el marxismo antiteista militante. El **comunismo** es un fenómeno' teológico, mucho más que político o social, cuyo fin último es la extirpación del nombre de Dios de la faz de la tierra. Pero ¡unto a este antiteismo virulento, el mundo moderno conoce otro estilo de heteronomía respecto de Dios como es el de aquella sociedad que prefiere **ignorar** a Dios, guardar **silencio** o, lo que se ha dado en llamar, la **conspiración del silencio.** Es una manera más elegante de negarle al Señor el honor real que se le debe. Se intenta vivir, y construir una sociedad, no negando explícitamente a Cristo pero sí prescindiendo de Él.

La fiesta que el Papa instituye sale al encuentro de esta tendencia, no por elegante menos subversora. "Cuanto más se pasa en vergonzoso silencio el nombre suavísimo de nuestro Redentor, así en las reuniones internacionales como en los parlamentos, tanto más es necesario aclamarlo públicamente, anunciando por todas partes los derechos de su'real dignidad y potestad" (N? 19).

Conclusión

Luego de estos y otros considerandos el Santo Padre decreta la **institución** de la fiesta de Nuestro Señor Jesucristo Rey, y la fija para el último domingo de octubre, o sea el domingo anterior a la fiesta de Todos los Santos. Aun cuando en la actualidad la fiesta haya sido trasladada al último domingo del año litúrgico, la intención de Pío XI queda en pie, ya que el motivo que él adujo para fijaría en la fecha antes señalada fue porque en ese domingo "se cierra casi el año litúrgico, y así sucederá que los misterios de la vida de Cristo, conmemorados en el curso del año, terminen y reciban coronamiento en esta solemnidad de Cristo Rey, y se celebre y exalle antes la gloria de Aquél que triunfa en todos los santos" (N? 24).

De lo dicho hasta acá podemos colegir un **método pastoral** que a no pocos podrá aparecer insólito. El Papa enfrenta un problema moderno –que aún perdura y agravado–, saliendo al encuentro de los errores de su tiempo y corrigiéndolos con la clara afirmación de la **verdad opuesta.** Es un método semejante al que, según Chesierfcn, emplea el mismo Dios, suscitando en cada época algún santo que con su espiritualidad resulta ser un correctivo práctico y vital a los errores de su tiempo, un **antídoto-** de las desviaciones contemporáneas. Decía el inmortal. Pío XII: "No os dejés engañar, como tantos otros, luego de mil experiencias desastrosas, por el sueño quimérico de ganaros al adversario a fuerza de marchar a remolque de él y de modelaros según él".

La Iglesia no acepta ponerse en el furgón de cola del tren de un mundo que corre desenfrenadamente hacia su propia ruina, sino que, por amor a los, que integran ese mundo enfermo, trata con todos los medios a su alcance de desviar el curso de la historia. Aquéllos que creen que la carrera de la historia es **ineluctable,** y que hay que aceptar todo lo que sucede **en virtud del sentido de la historia** –hoy, casi, un "locus theologicus"– encontrarán en esta Encíclica abundante tema de reflexión.

ALFREDO SAENZ S.J.

TEXTOS DE PADRES Y AUTORES ECLESIASTICOS

REY DE DIOS

En el salmo 2 dice Dios: "Yo constituí a mi REY sobre el monte de Sión, mi monte santo". Y en el capítulo 14 de Zacarías: "Y vendrán todas las gentes y adorarán al REY del Señor Dios".

Pues Dios llama a Cristo REY suyo, siendo así que todos los que reinan son reyes por mano de Dios, claramente nos da a entender y nos dice que Cristo no es rey como los demás reyes, sino REY por excelente y no usada manera. Y según lo que yo alcanzo, a solas tres cosas se puede reducir todo lo que engrandece las excelencias y alabanzas de un rey, y la una consiste en las cualidades que en su misma persona tiene convenientes para el fin de reinar, y la otra está en la condición de los subditos sobre quienes reina,, y la manera como los rige y lo que hace con ellos el rey es la tercera y postrera, las cuales cosas en Cristo concurren y se hallan como en ningún otro, y por esta causa es él solo llamado por excelencia REY hecho por Dios.

I. CUALIDADES DE NUESTRO REY

1. Humildad

Y lo primero, que toca a las cualidades que puso Dios en la naturaleza humana de Cristo- para hacerle REY, es humildad y mansedumbre de corazón, como él mismo de sí lo testifica, diciendo: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mt. 11,29). Isaías canta de él: "No será bullicioso, ni apagará una mecha que humee, ni una caña quebrantada la quebrará" (42,2-3). Y el profeta Zacarías también: "No quieras temer, hija de Sión, que tu REY viene a ti justo y salvador, manso y asentado sobre un pollino'" (9,9).

Parecerá al juicio del mundo que esta condición de ánimo no es nada conveniente al que ha de reinar; mas Dios, que no sin justísima causa llama entre todos los demás reyes a Cristo su REY, y que quiso hacer de él un REY de su mano que respondiese perfectamente a la ¡dea de su corazón, halló, como es verdad, que la prime-

ra piedra de esta su obra era un ánimo manso y humilde, y vio que un semejante edificio, tan soberano y tan alto, no se podía sustentar sino sobre cimientos tan hondos.

Y como en la música no suenan todas las voces agudo ni todas grave, sino grave y agudo debidamente, y lo alto se templa y reduce a consonancia en lo bajo, así conoció que la humildad y mansedumbre entrañable que tiene Cristo en su alma convenía mucho para hacer armonía con la alteza y universalidad de saber y poder con que sobrepuja a todas las cosas criadas.

A la verdad, si queremos ser jueces justos y fieles, ningún afecto ni arreo es más digno de los reyes rii más necesario que lo manso y lo humilde,- sino que con las cosas habernos ya perdido los hombres el juicio de ellas y su verdadero conocimiento; y como siempre vemos altivez y severidad y soberbia en los príncipes, juzgamos que la humildad y llaneza es virtud de los pobres. Y no miramos siquiera que la misma naturaleza divina, que es emperatriz sobre todo, y de cuyo ejemplo han de sacar los que reinan la manera cómo han de reinar, con ser infinitamente alta, es llana infinitamente, y –si este nombre de humilde puede caber en ella, y en la manera en que puede caber– humildísima, pues, como vemos, desciende a poner su cuidado y sus manos ella por sí misma no sólo en la obra de un vil gusano, sino también en que se conserve y que viva, y matiza con mil graciosos colores sus plumas al pájaro, y viste de verde hoja los árboles. Y eso mismo que nosotros despreciando hollamos, los prados y el campo, aquella Majestad no se desdeña en irlo pintando con hierbas y flores. "¿Quién es como nuestro Dios, que mira en las alturas y mira con cuidado hasta las más humildes bajezas, y él mismo juntamente está en el cielo y en la tierra?" (Ps. 112,5*6).

Así que, si no conocemos ya esta condición en los príncipes, ni se la pedimos –porque el mal uso recibido y fundado daña las obras y pone tinieblas en la razón, y porque, a la verdad, ninguna cosa son menos que los que se nombran señores y príncipes– Dios en su Hijo, a quien hizo Príncipe de todos los príncipes, y solo verdadero REY entre todos, como cualidad necesaria y preciada la puso. Mas ¿en qué manera la puso, o qué tanto es y fue su dulce humildad? Mas pasemos a otra condición que se sigue, que diciendo de ella, diremos en mejor lugar la grandeza de esta que habernos llamado mansedumbre y llaneza, porque son entre sí muy vecinas, y lo que diré es como fruto de esto que he dicho.

2. Sacrificio

Pues fue Cristo, además de ser manso y humilde, más ejercitado que ningún hombre en la experiencia de los trabajos y dolores humanos. A la cual experiencia sujetó el P'adre a su Hijo porque le había de hacer REY verdadero, y para que en el hecho de la verdad fuese perfectísimo REY, como San Pablo lo escribe: "Fue decente que aquel de quien y por quien y para quien son todas las cosas, queriendo hacer muchos hijos para llevarlos a la gloria, al príncipe de la salud de ellos le perfeccionase con pasión y trabajos; porque el que santifica y los santificados han de ser todos de un mismo metal" (Hebr. 2, 10-11). Y prosigue: "Por donde convino que fuese hecho semejante a sus hermanos en todo, para que fuese cabal y fiel y misericordioso- pontífice para con Dios, para aplacarle en los pecados del pueblo" (vv. 17-18).

Que por cuanto padeció él siendo tentado, es poderoso para favorecer a los que fueren tentados. En lo cual no sé cuál es más digno de admiración: el amor, entrañable con que Dios nos amó, dándonos un REY para siempre, no sólo de nuestro linaje, sino tan hecho a la medida de nuestras necesidades, tan humano, tan llano, tan compasivo y tan ejercitado en toda pena y dolor; o la infinita humildad y obediencia y paciencia de este nuestro perpetuo REY, que no sólo para animarnos a los trabajos, sino también para saber él condolerse más de nosotros cuando estamos puestos en ellos, tuvo por bueno hacer prueba él en sí primero de todos.

Y como unos hombres padezcan en una cosa y otros en otra, Cristo, porque, así como su imperio se extendía por todos los siglos, así la piedad de su ánimo abrazase a todos los hombres, probó en sí casi todas las miserias de pena. Porque, ¿qué dejó de probar? Padecen algunos pobreza; Cristo la padeció más que otro ninguno. Otros nacen de padres bajos y obscuros, por donde son tenidos por menos; el padre de Cristo, a la opinión de los hombres, fue un oficial carpintero. El destierro y el huir a tierra ajena fuera de su natural, es trabajo; y la niñez de este Señor huye de su natural y se esconde en Egipto. Apenas ha nacido la luz, y ya el mal la persigue. Y si es pena el ser ocasión de dolor a los suyos, el infante pobre, huyendo, lleva en pos de sí, por casas ajenas, a la doncella pobre y bellísima, y al ayo santo y pobre también. Y aún por no dejar de padecer la angustia que el sentido de los niños más siente, que es perder a sus padres, Cristo quiso ser y fue niño perdido.

Mas vengamos a la edad de varón. ¿Qué lengua podrá decir los trabajos y dolores que Cristo puso sobre sus hombros, el no oído sufrimiento y fortaleza con que los llevó, las invenciones y los ingenios de nuevos males que él mismo ordenó, como saboreándose en ellos; cuán dulce le fue el padecer, cuánto se preció de señalarse sobre todos en esto, cómo quiso que con su grandeza compitiese en él su humildad y paciencia? Sufrió hambre, padeció frío, vivió en extremada pobreza, cansóse y desvelóse y anduvo muchos caminos, sólo a fin de hacer bienes de incomparable bien a los hombres.

Y para que su trabajo fuese trabajo puro, o por mejor decir, para que llegase creciendo a su grado mayor, de todo este afán el fruto fueron muy mayores afanes. Y de sus tan grandes sudores no recogió sino dolores y persecuciones y afrentas; y sacó del amor desamor, del bien hacer, mal padecer; del negociarnos la vida, muerte extremadamente afrentosa, que es todo lo amargo y lo duro a que en este género de calamidad' se puede subir. Porque si es dolor pasar uno pobreza y desnudez y mucho desvelamiento y cuidado, ¿qué será cuando aquél por quien se pasa no lo agradece? ¿Qué cuando no lo conoce? ¿Qué cuando lo desconoce, lo desagradece, lo maltrata y persigue?

Sería negocio infinito si quisiésemos decir por menudo en cada una obra de las que hizo Cristo lo que sufrió y padeció. Vengar mos al remate de todas ellas, que fue su muerte, y veremos cuánto se preció de beber puro este cáliz y de señalarse sobre todas las criaturas en gustar el sentido de la miseria por extremada manera, llegando hasta lo último de él.

Pero vamos adonde ya él mismo, levantado de la mesa y caminando para el huerto, nos lleva. Derrocóse en oración delante del Padre, pidiéndole que pasase de él aquel cáliz, y no quiso ser oído en esta oración. Dejó desear a su sentido lo que no quería que se le concediese, para sentir en sí la pena que nace del desear y no alcanzar lo que pide el deseo. Y como si no le bastase el mal y tormento de una muerte que ya le estaba vecina, quiso hacer, como si dijésemos, vigilia de ella y morir antes que muriese, o, por mejor decir, morir dos veces, la -una en el hecho y la otra en su imaginación. Porqué figurándolo todo con no creíble viveza, puso en su alma como vivo y presente lo que otro día había de padecer, así en el cuerpo con dolores, como en esa misma- alma con tristeza y congojas. Y juntamente con eso, hizo también que considerase su alma las causas por las cuales se sujetaba a la muerte, que eran las culpas pasadas y por venir de todos los hombres, con la fealdad y gravedad de ellas, y

con la indignación grandísima y la encendida ¡ra que Dios contra ellas concibe; y ni más ni menos consideró el poco fruto que tan ricos y tan trabajados trabajos habían de hacer en los más de los hombres.

Y con sólo el valor de su alma y persona, y con la fuerza que ponía en su razón el respeto de su Padre y el deseo de obedecerle, les hizo cara a todos y luchó, como dicen, a brazo partido con todos, y, al fin, lo rindió todo- y lo sujetó debajo de sus pies. Mas la fuerza que puso en ello, y el estribar la razón contra el sentido y, como dicen, el tesón generoso con que aspiró a la victoria, llamó afuera los espíritus y la sangre, y la derramó.

Mas, ¿de qué no hizo experiencia? También sintió la pena que es ser vendido y traído a muerte por sus mismos amigos, como él lo fue en aquella noche por Judas; el ser desamparado en su trabajo de los que le debían tanto amor y cuidado,- el dolor del trocarse los amigos con la fortuna; el verse, no solamente negado de quien tanto le amaba, mas entregado del todo en las manos de quien le desamaba tan mortalmente. La calumnia de los acusadores, la falsedad de los testigos, la injusticia misma y la sed de sangre inocente asentada en el soberano tribunal por juez, males que sólo quien los ha probado los siente; la forma del juicio y el hecho de cruel tiranía; el color de religión adonde todo era impiedad y blasfemia; el aborrecimiento de Dios, disimulado por defuera con apariencias falsas de su amor y su honra. La sentencia injusta, la voz del pregón, los hombres flacos, la cruz pesada, el verdadero y propio cetro de este nuestro gran REY.

Desafiando el dolor, y desechando de sí todo aquello con que se pudiera defender en aquel desafío, el cuerpo desnudo y el corazón armado con fortaleza y con solas las armas de su no vencida paciencia, subió este nuestro REY en la cruz!. Y levantada en alto la salud del mundo, y llevando al mundo sobre sus hombros, y padeciendo él sólo la pena que merecía padecer el mundo por sus delitos, padeció lo que decir no se puede. Al fin dio licencia a su sangre, que, como deseosa de lavar nuestras culpas, salía corriendo abundante y presurosa. Y comenzó a sentir nuestra vida despojada de su calor, lo que sólo le quedaba ya por sentir, los fríos tristísimos de la muerte; y al fin sintió y probó la muerte también.

Pero ¿para qué me detengo yo en esto? Lo que ahora Cristo, que reina glorioso y Señor de todo, en el cielo nos sufre, muestra bien claramente cuán agradable le fue siempre sujetarse a trabajos. ¿Cuántos hombres, o por decir verdad, cuántos pueblos y cuántas

naciones enteras, sintiendo mal de la pureza de su doctrina, blasfeman hoy de su nombre? Y con ser así, que él en sí está exento de todo mal y miseria, quiere y tiene por bien de padecer en la opinión de los hombres esta afrenta, en cuanto su cuerpo místico, que vive en este destierro, padece, para compadecerse así de él y para conformarse siempre con él.

3. Nobleza

Algunos de los antiguos quisieron que el que se criaba para ser rey se criase en trabajos, pero en trabajos de cuerpo, con que saliese sano y valiente. Mas en trabajos del alma, que le enseñasen a ser compasivo, ninguno, que yo sepa, lo enseñó.

Así que no es maravilla que los reyes de ahora no se precien, para ser reyes, de lo que se preció Jesucristo, porque no siguen en el ser reyes un mismo fin. Porque Cristo ordenó su reinado a nuestro provecho, y, conforme a esto, se cualificó a sí mismo y se dotó de todo aquello que parecía ser necesario para hacer bien a sus súbditos. Mas estos que ahora nos mandan, reinan para sí, y por la misma causa no se disponen ellos para nuestro provecho, sino buscan su descanso en nuestro daño. Pero aunque ellos, cuanto a lo que les toca, desechen de sí este amaestramiento de Dios, la experiencia de cada día nos enseña que no son los que deben por carecer de él. Porque ¿de dónde nace el poner sobre sus súbditos tan sin piedad tan pesadísimos yugos, el hacer leyes rigurosas, el ponerlas en ejecución con mayor crueldad y rigor, sino de nunca haber hecho experiencia en sí de lo que duele la aflicción y pobreza?

No nos pase por la imaginación querer concertar las condiciones que puso Dios en su REY con las que tienen estos reyes que vemos. Que si no fueran tan diferentes del todo, no le llamara Dios señaladamente su REY, ni su reino de ellos se acabara con ellos y el de nuestro Rey fuera sempiterno, como es. Así, que pongan ellos su estado en la altivez, y no se tengan por reyes si padecen alguna pena; que Dios, procediendo por camino diferente, para hacer en Jesús Cristo un REY que mereciese ser suyo, le hizo humildísimo para todas las obras de ellas, y le sujetó a miseria y a dolor para que se compadeciese con lástima de sus trabajados y doloridos súbditos.

4. Ciencia

Y demás de esto, y para el mismo' fin de buen REY, 'le dio un verdadero y perfecto conocimiento de todas las cosas y de todas las

obras de ellas, así las que fueron como las que son y serán. Porque el REY, cuyo oficio es juzgar, dando a cada uno su merecido, y repartiendo la pena y el premio, si no conoce él por sí la verdad, traspasará la justicia; que el conocimiento que tienen de sus reinos los príncipes por relaciones y pesquisas ajenas, más los ciega que los alumbra. Porque, además de que los hombres por cuyos ojos y oídos ven y oyen los reyes, muchas veces se engañan, ordinariamente procuran engañarlos por sus particulares intereses e intentos. Y así, por maravilla entra en el secreto real la verdad.

Mas nuestro REY, porque su entendimiento, como clarísimo espejo, le representa siempre cuanto se hace y se piensa, no juzga, como dice Isaías (11,3) ni reprende ni premia por lo que al oído le dicen, ni según lo que a la vista parece, porque el un sentido y el otro puede ser engañado; ni tiene de sus vasallos la opinión que otros vasallos suyos, aficionados o engañados, le ponen, sino lo que pide la verdad, que él claramente conoce. Y como puso Dios en Cristo el verdadero conocer a los suyos, así mismo le dio todo el poder para hacerles me'rcedes. Y no solamente le concedió que pudiese, mas también en él mismo, como en tesoro, encerró todos los bienes y riquezas que pueden hacer ricos y dichosos a los de su reino.

II. CONDICIONES DE SUS SÚBDITOS

1. Dignidad

Y a la verdad, casi todas ellas se reducen a ésta, que es ser generosos y nobles todos y de un mismo linaje. Porque, aunque el mando de Cristo universalmente comprende a todos los hombres y a todas las criaturas, así las buenas como las malas, sin que ninguna de ellas pueda eximirse de su sujeción, o se contente de ello o le pese; pero el reino suyo, en quien muestra Cristo sus nobles condiciones de REY, y el que ha de durar perpetuamente con él descubierto y glorioso (porque a los malos tendrálos encerrados y aprisionados y sumidos en eterno olvido y tinieblas); este reino son los buenos y los justos solos, y de linaje alto y todos de uno mismo. Porque de estos decimos ahora que son generosos todos, y dado que sean diferentes en nacimientos, el nacimiento en que se diferencian fue nacimiento perdido, y de quien caso no se hace para lo que toca a ser vasallos en este reino, el cual se compone todo de lo que San Pablo llama nueva criatura, cuando escribe: "Acerca de Cristo Jesús, ni es de estima la circuncisión ni la incircuncisión, sino la criatura nueva" (Gal. 6,15). Y así, todos son hechura y nacimiento del cielo y hermanos entre sí, e hijos todos de Cristo en la manera dicha.

Vio David esta particular excelencia, y así dice (Ps. 109,3) que en el día de su poderío, que llama así el reino descubierto de Cristo, cuando vencido todo lo contrario, y como deshecha con los rayos de su luz toda la niebla enemiga que ahora se le opone, viniere en el último tiempo y en la regeneración de las cosas, como puro sol, a resplandecer solo, claro y poderoso en el mundo; pues en este su día, cuando él y lo apurado y escogido de sus vasallos resplandecerá solamente, quedando los demás sepultados en obscuridad y tinieblas, en este tiempo y en este día, su pueblo serán príncipes. Esto es, todos sus vasallos serán reyes, y él, como con verdad la Escritura le nombra, REY de reyes será y Señor de señores.

Nobleza es grande de reino ésta, adonde ningún vasallo es ni vil en linaje ni afrentado por condición, ni menos bien nacido el uno que el otro.

En esta vida, los reyes, para el castigo de la culpa, están como forzados a poner nota y afrenta en aquéllos a quienes gobiernan, comci en el orden de la salud y en el cuerpo conviene a las veces maltratar una parte para que las demás no se pierdan. Y así, cuanto a esto no son dignos de reprensión nuestros príncipes. Pero si hay algunos príncipes que lo procuran, y que les parece que son señores cuando hallan mejor orden, no sólo para afrentar a los suyos, sino también para que vaya cundiendo por muchas generaciones su afrenta, y que nunca se acabe, éstos ninguna cosa son menos que reyes. Lo uno, porque el fin adonde se endereza su oficio es hacer a sus vasallos bienaventurados. Y lo otro, porque cuando no quieran mirar por ellos, a sí mismos se hacen daño y se apocan. Porque si son cabezas, ¿qué honra es ser cabeza de un cuerpo disforme y vil? Y si son pastores, ¿qué les vale un ganado roñoso? Bien dijo el poeta trágico: "Mandar entre lo ilustre, es bella cosa". Y no sólo dañan a su honra propia cuando buscan invenciones para manchar la de los que son gobernados por ellos, mas dañan mucho sus intereses, y ponen en manifiesto peligro la paz y la conservación de sus reinos.

Mas dejemos lo que en nuestros reyes y reinos, o pone la necesidad o hace el mal consejo, y acabemos de decir por qué razón estos vasallos todos de nuestro único REY son llamados liberales y generosos y príncipes.

2. Motivos de dicha dignidad

Son así por parte del que los crió y la forma que tuvo en criarlos, como por parte de las cualidades buenas que puso en ellos cuando así fueron criados.

a) Por el nacimiento.

Por parte del que los hizo, porque son efectos y frutos de una suma liberalidad; porque en sólo el ánimo generoso de Dios y en la largueza de Cristo no medida pudo caber el hacer justos y amigos suyos, y tan privados amigos, a los que de sí no merecían bien, y merecían mal por tantos y tan diferentes títulos. Porque, aunque es verdad que el ya justo puede merecer mucho con Dios, mas esto, que es venir a ser justo el que era aborrecido enemigo, solamente nace de las entrañas liberales de Dios; y así, dice Santiago que nos engendró liberal y principalmente, esto es, que nos engendró, no sólo porque quiso engendrarnos y porque le movió a ello su voluntad, sino porque le plugo mostrar en nuestra creación, para la gracia y justicia, los tesoros de su liberalidad y misericordia.

Porque, a la verdad, dado que todo lo que Dios cría nace de él, porque él quiere que nazca y es obra de su libre gusto, al cual nadie le fuerza el sacar a luz las criaturas; pero esto, que es hacer justos y poner su ser divino en los hombres, es, no sólo voluntad, sino una extraña liberalidad suya. Porque en ello hace bien, y bien el mayor de los bienes, no solamente a quien no se lo merece, sino señaladamente a quien del todo se lo desmerece.

b) Por la gracia.

Y cuando la gravísima maldad del hombre despertaba en el pecho de Dios ira justísima para deshacerle, reinó en él y sobrepujó la liberalidad de su misericordia, que, por rehacer al perdido, determinó de disminuirse a sí mismo, como San Pablo lo dice, y de pagar él lo que el hombre pecaba, y, para que el hombre viviese, de morir él hecho hombre.

Liberalidad era grande perdonar al que había pecado tan de balde y tan sin causa, y mayor liberalidad perdonarle tan luego después del pecado; y mayor que ambas dos, buscarle para darle perdón antes que él le buscase. Pero lo que vence a todo encarecimiento de liberalidad fue, cuando le reprendía la culpa, prometerse a sí mismo y a su vida para su satisfacción y remedio. Y porque el hombre se apartó de él por seguir al demonio, hacerse hombre él para sacarle de su poder.

¿Quién podrá decir ni entender, si no es el mismo que en sí lo experimenta y lo siente, las formas piadosas de que Dios usa con uno para que no se pierda, aun cuando él mismo se procura perder? Sus inspiraciones continuas, su nunca cansarse ni darse por vencido de nuestra ingratitud tan continua, el rodearnos por todas partes y

como en castillo torreado y cercado, el tentar la entrada por diferentes maneras, el tener siempre la mano en la aldaba de nuestra puerta, el rogarnos blanda y amorosamente que la abramos, como si a él le importara alguna cosa y no fuera nuestra salud y bienandanza toda el abrirle.

c) P'or las virtudes.

A la verdad, no hay cosa más alta ni más generosa ni más real que el ánimo perfectamente cristiano. Y la virtud más heroica que la filosofía de los estoicos antiguamente imaginó o soñó, por hablar con verdad, comparada con la que Cristo asienta con su gracia en el alma, es una poquedad y bajeza.

Porque si miramos el linaje de donde desciende el justo y cristiano, es su nacimiento de Dios, y la gracia que le da vida es una semejanza viva de Cristo. Y si atendemos a su estilo y condición, y al ingenio y disposición de ánimo y pensamiento y costumbres que de este nacimiento le vienen, todo lo que es menos que Dios es pequeña cosa para lo que cabe en su ánimo. No estima lo que con amor ciego adora únicamente la tierra, el oro y los deleites; huella sobre la ambición de las honras, hecho verdadero señor y rey de sí mismo. Pisa el vano gozo, desprecia el temor, no le mueve el deleite ni el ardor de la ¡ra le enoja, y, riquísimo dentro de sí, todo su cuidado es hacer bien a los otros.

Y no se extiende su ánimo liberal a sus vecinos solos, ni se contenta con ser bueno con los de su pueblo o de su reino, mas generalmente a todos los sustenta y comprende y abraza. Aun para con sus enemigos sangrientos, que le buscan la afrenta y la muerte, es él generoso y amigo, y sabe y puede poner la vida, y de hecho la pone alegremente, por esos mismos que aborrecen su vida. Y estimando por vil y por indigno de sí a todo lo que está fuera de él, y que se viene y se va con el tiempo, no apetece menos que a Dios, ni tiene por dignos de su deseo menores bienes que el cielo. Lo sempiterno, lo soberano, el trato con Dios familiar y amigable, el enlazarse amando y el hacerse cuasi uno con él, es lo que solamente satisface a su pecho.

"Tenemos nuestro tesoro en vasos de barro, porque la grandeza y alteza nazca de Dios, y no de nosotros" (2 Cor.4,7-10). "¿Quién nos apartará de la caridad y amor de Dios? ¿La tribulación, por ventura, o la angustia, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la persecución, o el cuchillo?" (Rom.8,35).

III. EJERCICIO PERFECTIS1MO DE SU REALEZA

Dicho he en parte lo que puso Dios en Cristo para hacerle REY, y lo que hizo en nosotros para hacernos sus súbditos, que de tres cosas, a las cuales se reducen todas las que pertenecen a un reino, son las primeras dos. Resta ahora que digamos algo de la tercera y postrera, que es de la manera cómo este REY gobierna a los suyos, que no es menos singular manera ni menos fuera del común uso de los que gobiernan, que el REY y los súbditos son singulares en sus condiciones y cualidades, las que hemos dicho.

Porque cosa clara es que el medio con que se gobierna el reine es la ley, y que por cumplimiento de ella consigue el rey, o hacerse rico a sí mismo si es tirano y las leyes son de tirano, o hacer buenos y prosperados a los suyos, si es rey verdadero.

1. La ley de gracia

Cristo, nuestro Redentor y Señor, en la gobernación de su reino halló una nueva manera de ley, de la cual usa con los suyos, no solamente enseñándoles a ser buenos, como lo enseñaron otros legisladores, mas de hecho haciéndolos buenos, lo que ningún otro rey ni legislador pudo ¡amás hacer.

Y esto es lo principal de su ley evangélica y lo propio de ella, en que notablemente se diferencia de las otras sectas y leyes. Para entendimiento de lo cual conviene saber que, por cuanto el oficio y ministerio de la ley es llevar los hombres a lo bueno y apartarlos de lo malo, así como esto se puede hacer por dos diferentes maneras, o enseñando el entendimiento o aficionando a la voluntad, así hay dos diferencias de leyes: la primera es de aquellas leyes que hablan con el entendimiento y le dan luz en lo que conforme a la razón se debe o hacer o no hacer, y le enseñan lo que ha de seguir en las obras y lo que ha de excusar en ellas mismas. La segunda es de la ley, no que alumbra el entendimiento, sino que aficiona la voluntad, imprimiendo en ella inclinación y apetito de aquello que merece ser apetecido por bueno, y, por el contrario, engendrándole aborrecimiento de las cosas torpes y malas.

La primera ley consiste en mandamientos y reglas; la segunda, en una salud y cualidad celestial, que sana la voluntad y repara en ella el gusto bueno perdido, y no sólo la sujeta, sino la amista y reconcilia con la razón, y, como dicen de los buenos amigos, que tienen un no querer y querer, y así hace que lo que la verdad dice

en el entendimiento que es bueno, la voluntad aficionadamente lo ame por tal.

Porque, a la verdad, en la una y en la otra parte quedamos miserablemente lisiados por el pecado primero, el cual obscureció el entendimiento para que las menos veces conociese lo que convenía seguir, y estragó perdidamente el gusto y el movimiento de la voluntad para que casi siempre se aficionase a lo que la daña más.

Y así, para remedio y salud de estas dos partes enfermas fueron necesarias estas dos leyes, una de luz y de reglas para el entendimiento ciego, y otra de espíritu y buena inclinación para la voluntad estragada. Mas diferéncianse estas dos maneras de leyes en esto: que la ley que se emplea en dar mandamientos y en luz, aunque alumbra el entendimiento, como no corrige el gusto corrupto de la voluntad, en parte le es ocasión de más daño, y vedando y declarando, despierta en ella nueva golosina de lo malo que le es prohibido. Y así, las más veces son contrarios en esta ley el suceso y el intento. Porque el intento es encaminar el hombre a lo bueno, y el suceso, a las veces, es dejarle más perdido y estragado.

Mas la segunda ley corta la planta del mal de raíz y arranca, como dicen, de cuajo lo que más nos puede dañar. Porque inclina e induce y hace apetitosa y como golosa a nuestra voluntad dé todo aquello que es bueno, y junta en uno lo honesto y lo deleitable, y hace que nos sea dulce lo que nos sana, y lo que nos daña, aborrecible y amargo.

La primera se llama ley de mandamientos, porque toda ella es mandar y vedar. La segunda es dicha ley de gracia y de amor, porque no nos dice que¡ hagamos esto o aquello, sino hácenos que amemos aquello mismo que debemos hacer. Aquélla es pesada y áspera, porque condena por malo lo que la voluntad corrompida apetece por bueno, y así, hace que se enfrenten el entendimiento y la voluntad entre sí, de donde se enciende en nosotros mismos una guerra mortal de contradicción. Mas ésta es dulcísima por extremo, porque nos hace amar lo que nos manda, o, por mejor decir, porque el plantar y enjerir en nosotros el deseo y la afición a lo bueno, es el mismo mandarlo. Y porque aficionándonos, y, como si dijésemos, haciéndonos enamorados de lo que manda, por esa manera y no de otra nos manda. Aquélla es imperfecta, porque, a causa de la contradicción que despierta, ella por sí no puede ser perfectamente cumplida, y así, no hace perfecto a ninguno. Esta es perfectísima, porque trae consigo y contiene en sí misma la perfección de sí misma.

Cristo, nuestro verdadero redentor y legislador, aunque es ver-

dad que en la doctrina de su Evangelio puso algunos mandatos y renovó y mejoró algunos que el mal uso los tenía mal entendidos, pero lo principal de su ley y aquello en que se diferenció de todos los que pusieron leyes en los tiempos pasados, fue que mereciendo por sus obras y por el sacrificio que hizo de sí el espíritu y la virtud del cielo para los suyos, y criándola él mismo en ellos Dios y Señor poderoso, trató, no sólo con nuestro entendimiento, sino también con nuestra voluntad, derramando en ella este espíritu y virtud divina que digo, y sanándola así, esculpió en ella una ley eficaz y poderosa de amor, haciendo que todo lo justo que las leyes mandan lo apeteciese, y, por el contrario, aborreciese todo lo que prohiben y vedan.

Y añadiendo continuamente de este su espíritu y salud y dulce ley en el alma de los suyos, que procuran siempre ayuntarse con él, crece en la voluntad mayor amor para el bien y disminúyese cada día más la contradicción que el sentido le hace, y de lo uno y de lo otro se esfuerza de continuo más esta santa y singular ley que decimos, y echa sus raíces en el alma más hondas, y apodérase de ella hasta hacer que le sea cuasi natural lo justo y el bien.

No será menester que loe ahora yo lo que ello mismo se loa, ni me será necesario que refiera los bienes y las ventajas grandes ele esta gobernación, adonde guía el amor y no fuerza el temor; adonde lo que se manda se ama, y lo que se hace, se desea hacer; adonde no se obra sino lo que da gusto, ni se gusta sino lo que es bueno.

2. **"No tendrá fin..."** (Le. 1,32)

Y así, de esto como de todo lo demás que se ha dicho hasta aquí, se concluye que este REY es sempiterno, y que la razón porque Dios le llama propiamente REY suyo, es porque los otros reyes y reinos, como llenos de faltas, al fin han de perecer, y de hecho perecen. Mas éste, como reino que es libre de todo aquello que trae a perdición a los reinos, es eterno y perpetuo. Porque los reinos se acaban o por tiranía de los reyes, porque ninguna cosa violenta es perpetua, o por la mala cualidad de los subditos, que no les consiente que entre sí se concierten, o por la dureza de sus leyes y manera áspera de la gobernación. De todo lo cual, como por lo dicho se ve, este REY y este reino carecen.

Porque ¿cómo será tirano el que para ser compasivo de los trabajos y males que pueden suceder a los suyos, hizo primero expe-

rienda en sí de todo lo que es dolor y trabajo? O ¿cómo aspirará a la tiranía quien[1] tiene en sí todo el bien que puede caber en sus súbditos, y que así no es rey para ser rico por ellos, sino todos son ricos y bienaventurados por él?

Pues los súbditos, entre sí, ¿no estarán por ventura anudados con nudo perpetuo de paz, siendo todos nobles y nacidos de un padre y dotados de un mismo espíritu de paz y nobleza? Y la gobernación y las leyes, ¿quién las desechará como duras, siendo leyes de amor, quiero decir, tan blandas leyes, que el mandar no es otra cosa sino hacer amar lo que se manda?

Con razón, pues, dijo el ángel dé este REY a la Virgen: "Y reinará en la casa de Jacob y su reino no tendrá fin".

3. La conquista del mundo

El profeta Daniel, en el capítulo segundo, habla de una estatua en la que significó el proceso y cualidades de todos los imperios terrenos, diciendo que las canillas de ella eran de hierro, y los pies de hierro y de barro mezclados.

Cristo, naciendo y comenzando a reinar por la predicación de su dichoso Evangelio, había de reducir a polvo y a nada los reinos y principados del suelo, como lo figuró Daniel en la piedra que hirió y deshizo la estatua. Este golpe que dio en la estatua la piedra y este herir Cristo y desmenuzar los reinos del mundo, no es golpe que se dio en un breve tiempo y se pasó luego, o golpe que hizo todo su efecto ¡unto en un mismo instante, sino golpe que se comenzó a dar cuando se comenzó a predicar el Evangelio de Cristo, y se dio después en el discurso da su predicación y se va dando ahora, y que durará golpeando siempre y venciendo hasta que todo lo que le ha sido adverso, y en lo venidero le fuere, quede deshecho y vencido.

De manera que el reino del cielo, comenzando y saliendo a luz, poco a poco va hiriendo la estatua, y persevera hiriéndola por todo el tiempo que tardare él de llegar a su perfecto crecimiento y de salir a su luz gloriosa y perfecta. Y todo esto es un golpe con el cual ha ido deshaciendo, y continuamente deshace, el poder que Satanás tenía usurpado en el mundo, derrocando ahora en una gente, ahora en otra, sus ídolos y deshaciendo su adoración. Y como va venciendo sus miembros, y no tanto deshaciendo el reino terreno, que es necesario en el mundo, cuanto derrocando todas las condi-

ciones de reinos y de gentes que le son rebeldes, va destruyendo a los contumaces y ganando para sí y para mejor y más bienaventurada manera; de reino a los que se le sujetan y rinden.

Y de esta manera, y de las caídas y ruinas del mundo, saca él y allega su Iglesia, para, en teniéndola entera, todo lo demás, como a paja inútil, enviarlo al eterno fuego, y él solo con ella sola abierta y descubiertamente reinar glorioso y sin fin.

IV. LOS ESTADOS Y MODOS DEL REINO

Este reino de Cristo tiene dos estados, así respecto de cada uno en particular, en quien reina secretamente, como respecto de todos en común y de lo manifiesto de él y de lo público. El un estado es de contradicción y de guerra; el otro será de triunfo y de paz. En el uno tiene Cristo vasallos obedientes y tiene también rebeldes; en el otro, todo le obedecerá y servirá con amor. En éste quebranta con vara de hierro a lo rebelde y gobierna con amor a lo súbdito; en aquél, todo le será súbdito de voluntad.

1. Realeza interior

Y para declarar esto más, y tratando del reino que tiene Cristc en cada ánima justa, decimos que de una manera reina Cristo en cada uno de los justos aquí, y de otra manera reinará en el mismo después. No de manera que sean dos reinos, sino un reino que, comenzando aquí, dura siempre y que tiene, según la diferencia del tiempo, diversos estados. Porque aquí, lo superior del alma está sujeto de voluntad a la gracia, que es como una imagen de Cristo y lugarteniente suyo hecho por él, y puesto en ella por él para que le presida y le dé vida, y la rija y gobierne. Mas rebélase contra ella y pretende hacerle contradicción siguiendo la vereda de su apetito la carne y sus malos deseos y afectos.

Mas pelea la gracia, o, por mejor decir, Cristo en la gracia, contra estos rebeldes, y como el hombre consienta ser ayudado de ella, y no resista a su movimiento, poco a poco los doma y los sujeta y va extendiendo el vigor de su fuerza insensiblemente por todas las partes y virtudes del alma, y, ganando sus fuerzas, derroca sus malos apetitos de ella; y a sus deseos, que eran como sus ídolos, se los quita y deshace, y, finalmente, conquista poco a poco todo este reino nuestro interior y reduce a su sola obediencia todas las partes de él, y queda hecha señora única y reina, resplandeciendo en el trono del alma.

Y no sólo tiene debajo de sus pies a los que le eran rebeldes, mas, desenterrándolos del alma y desarraigándolos de ella, hace que no sean, dándoles perfecta muerte, lo cual se pondrá por obra enteramente en la resurrección postrera, adonde también se acabará el primer estado de este reino, que habernos llamado estado de guerra y de pelea, y comenzará el segundo estado de triunfo y de paz. Del cual tiempo dice bien San Macario: "...todas las almas amigas de Dios, esto es, todos los cristianos de veras, tienen su mes de abril, que es el día cuando resucitaren a la vida, adonde, con la fuerza del Sol de justicia, saldrá afuera la gloria del Espíritu Santo, que cobijará a los justos sus cuerpos, la cual gloria tienen ahora encubierta en el alma; que lo que ahora tienen, eso sacarán entonces a la clara en el cuerpo" (Homilía V).

De allí en adelante toda el alma y todo el cuerpo quedarán sujetos perdurablemente a la gracia, la cual, así como será señora entera del alma, asimismo hará que el alma se enseñoree de todo el cuerpo. Y como ella, infundida hasta lo más íntimo de la voluntad y razón, y embebida por todo su ser y virtud, le dará ser de Dios y la transformará cuasi en Dios, así también hará que, lanzándose el alma por todo el cuerpo y actuándole perfectísimamente, le dé condiciones de espíritu y cuasi le transforme en espíritu.

Y así, el alma, vestida de Dios, verá a Dios y tratará con él conforme al estilo del cielo, y el cuerpo, cuasi hecho otra alma, quedará dotado de sus cualidades, esto es, de inmortalidad y de luz, y de ligereza y de un ser impasible, y ambos juntos, el cuerpo y el alma, no tendrán ni otro ser ni querer, ni otro movimiento alguno más de lo que la gracia de Cristo pusiere en ellos, que ya reinará en ellos para siempre gloriosa y pacífica.

2. Realeza sociaj

Pues lo que toca a lo público y universal de este reino, va también por la misma manera.

Porque ahora, y cuanto durare la sucesión de estos siglos, reina en el mundo Cristo con contradicción, porque unos le obedecen y otros se le rebelan, y con los sujetos es dulce, y con los rebeldes y contradicientes tiene guerra perpetua. Por medio de la cual, y según las secretas y no comprensibles formas de su infinita providencia y poder, los ha ¡do y va deshaciendo. Primero, como decía, derrocando las cabezas, que son los demonios, que, en contradicción de Dios y de Cristo, se habían levantado con el señorío de todos los hombres,

sujetándolos a sus vicios e ídolos. Así que primero derroca a éstos, que son los caudillos de toda la infidelidad y maldad, como lo vimos en los siglos pasados, y ahora en el nuevo mundo lo vemos. Porque sola la predicación del Evangelio, que es decir la virtud y la palabra de sólo Cristo, es lo que siempre ha deshecho la adoración de los ídolos.

Pues derrocados éstos, lo segundo, a los hombres, que son sus miembros de ellos. Digo, a los hombres que siguen su voz y opinión, y que son en las costumbres y condiciones como otros demonios, los vence también, o reduciéndolos a la verdad, o, si perseveran en la mentira duros, quebrantándolos y quitándolos del mundo y de la memoria.

Así ha ¡do siempre el Evangelio desde su principio, y como el sol, que moviéndose siempre y enviando siempre su luz, cuando amanece a los unos, a los otros se pone; as! el Evangelio y la predicación de la doctrina de Cristo, andando siempre y corriendo de unas gentes a otras, y pasando por todas, y amaneciendo a las unas y dejando a las que alumbraba antes en obscuridad, va levantando fieles y derrocando imperios, ganando escogidos y asolando los que no son ya de provecho ni fruto.

Y si permite que algunos reinos infieles crezcan en señorío y poder, hácelo para por su medio de ellos traer a perfección las piedras que edifican su Iglesia, y así, aun cuando éstos vencen, él vence y vencerá siempre, e irá por esta manera de continuo añadiendo nuevas victorias, hasta que, cumpliéndose el número determinado de los que tiene señalados para su reino, todo lo demás, como a desaprovechado e inútil, vencido ya y convencido por sí, lo encadene en el abismo, donde no parezca sin fin, que será cuando tuviere fin este siglo; y entonces tendrá principio el segundo estado de este gran reino, en el cual, desechadas y olvidadas las armas, sólo se tratará de descanso y de triunfo, y los buenos serán puestos en la posesión de la tierra y del cielo, y reinará Dios en ellos sólo y sin término, que será estado mucho más feliz y glorioso de lo que ni hablar ni pensar se puede.

Del uno y del otro estado escribió San Pablo maravillosamente, aunque con breves palabras. Dice a los de Corinto: "Conviene que reine él hasta que ponga a todos sus enemigos debajo de sus pies, y a la postre, de todos será destruida la muerte enemiga. Porque todo lo sujetó a sus pies, mas cuando dice que todo le esfá sujeto, sin duda se entiende todo, excepto Aquél que se lo sujetó. Pues cuando todo le estuviere sujeto, entonces el mismo Hijo estará sujeto a Aquél que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea en todos todas las

cosas" (1 Cor. 15,25). Dice que conviene que reine Cristo hasta que ponga debajo de sus pies a sus enemigos y hasta que deje en vacío a todos los demás señoríos, y quiere decir que conviene que el reino de Cristo en el estado que decimos de guerra y de contradicción, dure hasta que, habiéndolo sujetado todo, alcance entera victoria de todo.

3. Realeza gloriosa

Cuando hubiere vencido a lo demás, lo postrero de todo vencerá a la muerte, último enemigo. Porque, cerrados los siglos y deshechos todos los rebeldes, dará fin a la corrupción y a la mudanza y resucitará a los suyos gloriosos para más no morir, y con esto se acabará el primer estado de su reino de guerra y nacerá la vida y la gloria, y, •lleno de despojos y de vencimientos, presentará su Iglesia a su Padre, que reinará en ella juntamente con su Hijo en felicidad sempiterna.

En aquel estado segundo, será Dios en todas las cosas, porque todos los hombres y todas las partes y sentidos e inclinaciones que en cada uno de ellos hay, le estarán obedientes y sujetos, y reinará en ellos la ley de Dios sin contienda, que, como vemos en la oración que el Señor nos enseña, estas dos cosas andan ¡untas o casi son una misma: el reinar Dios y el cumplir nosotros su voluntad y su ley enteramente, así como se cumple en el cielo.

Y como en el hierro encendido no se ve sino fuego, así lo que es hombre casi no será sino Dios, que con su Cristo reinará enseñoreando perfectamente de todos.

FRAY LUIS DE LEÓN
De "Los Nombres de Cristo" (extracto)

LA REALEZA DE CRISTO EN EL APOCALIPSIS

"Vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba es llamado Fiel y Veraz, y con justicia juzga y hace la guerra. Sus ojos son como llama de fuego, lleva en su cabeza muchas diademas y tiene un nombre escrito que nadie conoce sino él mismo y viste un manto empapado en sangre, y tiene por nombre Verbo de Dios. Le siguen los ejércitos celestes sobre caballos blancos, vestidos de lino blanco, puro. De su boca sale una espada aguda para herir con ella a las naciones, y Él las regirá con vara de hierro, y Él pisa el lagar del vino del furor de la cólera de Dios todopoderoso. Tiene sobre su manto y sobre su muslo escrito su nombre: Rey de reyes, Señor de señores" (19, 11-16).

"Ya llegó el Reino de nuestro Dios y de su Cristo sobre el mundo, y reinará por los siglos de los siglos" (11, 15).

"Vi en medio del trono y de los cuatro vivientes, y en medio de los ancianos, un Cordero, que estaba en pie como degollado, que tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios enviados a toda la tierra. Vino y tomó el libro de la diestra del que estaba sentado en el trono. Y cuando lo hubo tomado, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos cayeron delante del Cordero, teniendo cada uno su cítara y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos. Cantaron un cántico nuevo, que decía: Digno eres de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado y con tu sangre has comprado para Dios hombres de toda tribu, lengua y pueblo y nación, y los hiciste para nuestro Dios reino y sacerdotes, y reinan sobre la tierra. Vi y oí la voz de muchos ángeles en derredor del trono, y de los vivientes, y de los ancianos; y era su número de miríadas y de millares de millares, que decían a grandes voces: Digno es el Cordero, que ha sido degollado, de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición. Y todas las criaturas que existen en el cielo, y sobre la tierra, y en el mar, y todo cuanto hay en ellos oí que decían-, Al que está sentado en el trono y al Cordero, l bendición, el honor, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos" (5,5-13).

[redacted]'Yo soy el Alfa y la Omega, dice el Señor Dios; el que [redacted] que era, el que viene, el todopoderoso" (1,8).

LA REALEZA DE CRISTO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

"No faltará de Judá el cetro, n¡ de entre sus pies el báculo, hasta que venga Aquél cuyo es, y a Él darán obediencia los pueblos" (Gen. 49, 10).

"He aquí que vienen días, oráculo de Yavé, en que Ye* suscitaré a David un Vástago ¡usto, y reinará como Rey prudentemente, y hará Derecho y Justicia en la tierra" (Jer. 23, 5).

"Pero tú, Belén de Efratá, pequeña entre los clanes de Judá, de ti me saldrá quien tendrá Señorío sobre Israel. . . Y se afirmará y apacentará con la fortaleza del Señor, y con la' Majestad del nombre del Señor, su Dios, y morarán tranquilamente, porque entonces será grande hasta los confines de la tierra. Y así será la paz" (Miq. 5,2,4-5).

"Seguía yo mirando en la visión nocturna y vi venir sobre las nubes del cielo a un como hijo de hombre, que se llegó al anciano de muchos días, y fue presentado ante Éste. Le fue dado el Señorío, la Gloria y el Imperio, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron, y su Dominio es dominio eterno, que no acabará, y su Imperio, imperio que nunca desaparecerá" (Dan. 7, 13).

"Alabad ai Señor desde la tierra. . ., los reyes de la tierra y los pueblos todos, los príncipes y todos los jueces de la tierra. . ., alábenlo todos sus fieles" (P's. 148,7.11.14).

"En aquel día, el renuevo de la raíz de Jesé se alzará como Estandarte para los pueblos, y le buscarán las naciones, y será gloriosa su morada" (Is. 11, 10).

"¡He visto con mis ojos al Rey, al Señor de los ejércitos!" (Is. ó,5).

"Nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un hijo que tiene sobre los hombros la Soberanía, y que se llamará maravilloso Consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz, para dilatar el Imperio, y para una paz ilimitada sobre el trono de David y de su reino, para afirmarlo y consolidarlo en

el derecho y en la justicia desde ahora para siempre jamás". <Is. 9,6-7).

"Alégrate sobremanera, hija de Sión. Grita exultante, hija de Jerusalén. He aquí que viene a ti tu Rey, justo y victorioso, humilde, montado en su asno, en un pollino, hijo de asna" <Zac. 9,9).

"Se reúnen los reyes de la tierra, y a una se confabulan los príncipes contra el Señor y contra su Ungido. . . El que mora en los cielos se ríe, el Señor se burla de ellos. . . Yo he constituido mi Rey sobre Sión, mi monte santo. El Señor me ha dicho: 'Tú eres mi Hijo, Yo te he engendrado hoy. Pídeme y te daré en herencia las naciones, y extenderé tu dominio hasta los confines de la tierra. Los regirás con cetro de hierro, y los quebrantarás como vasija de barro'. Ahora pues, oh reyes, entendedlo: servid al Señor con temor, rendidle homenaje con temblor" (Ps. 2,2.4.6-9).

"Pueblos todos, batid palmas, aclamad a Dios con voces jubilosas. Porque el Señor es el Altísimo, el Terrible, el Gran Rey sobre la tierra.. Cantad a Dios, cantadle. Cantad a nuestro Rey, cantadle. Porque es el Rey de toda la tierra, cantad a Dios con maestría. Reina Dios sobre las naciones, se sienta Dios en su santo Trono" (Ps. 47,2-3.7-9).

"Otorga, oh Dios, al Rey tu Juicio, y tu Justicia al hijo del Rey, para que juzgue a tu pueblo con justicia. . . Que domine de mar a mar, del río hasta los confines de la tierra. Ante Él se inclinarán los habitantes del desierto, y sus enemigomorderán el polvo. . . Se postrarán ante Él todos los reyes, y le rendirán homenaje todas las naciones... Será su nombre bendito por siempre; durará mientras dure el sol, y serán en en Él benditas todas las familias de la tierra, y todas 'las naciones le aclamarán bienaventurado" (Ps. 72,1-2.8-9.11.17).

"Decid a las naciones: ¡Reina el Señor! Pues Él afirmó el orbe y no se conmueve. Juzga con equidad a los pueblos. . . Salte de júbilo el campo y cuanto hay en él, y exulten todos los árboles de la selva ante la presencia del Señor, que viene, porque viene a juzgar la tierra. Regirá el orbe con justicia, y a los pueblos con equidad" (Ps. 96, 10, 12-13).

Libros Recibidos

– LAJE Enrique J., **Apuntes sobre Iglesia y Liberación,,** Gran Editora, Bs. As., 1975, 146 pgs.

-CENTRO DE ESTUDIOS ITALIANOS, **Francesco Petrarca.** Estudios en el sexto centenario de su muerte, Univ. Nac. de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, La Plata, 1975, 165 pgs.

– DE CORTE Marcel, **Humanismo económico,** Ediciones Forum, Bs. As., 1975, 95 pgs.

– NAUTA Paul, **El colectivismo agrario,** Ediciones Forum, Bs. As., 1975, 92 pgs.

– PINCEMIN Roberto y AMBROZ O., **La autogestión,** Ediciones Forum, Bs. As. s/f, 42 pgs.

– PINCEMIN Roberto, **La paz y el dinero.** Hacia la reforma de la propiedad capitalista, Forum Empresario-Gremial, Bs. As., 1972, 84 pgs.

La participación, Ediciones Forum, Bs. As., s/f, 24 pgs.

La cogestión, Ediciones Forum, Bs. As., s/f, 20 pgs.

– MADEY Jean, **Le Patriarcat Ukrainien vers la perfection de l' état juridique actuel.** Societatis scientificae ucrainorum, Roma, 1971, 265 pgs.

-CROSIGNANI Giacomo C. M., **La teoria del naturale e del sopranaturale secondo** S. **Tommaso d' Aquino,** Collegio Alberoni, Piacenza, 1974, 99 pgs.

– LOMBARDI Enrique, Ofrenda Platina (73 composiciones musicales), Ed. Psallite, La Plata, 1973, 107 pgs.

-SAGRADA CONGREGACIÓN PRO CULTO DIVINO, **Jubílate Deo** (cantos gregorianos para los fieles), Ed. Psallite, La Plata, 1974, 62 pgs.

– BRUNO Cayetano S. D. B., **Historia de la Iglesia en la A/rgentina,** vol. X (1841-1862), Ed. Don Bosco, Bs. As., 1975, 558 pgs.

BIBLIOGRAFIA

HERBERT HAAG, El **diablo, un fantasma,** Ed. Herder, Barcelona, 1973, 83 pgs.

El A., que es profesor de teología véterotestamentaria en la facultad teológica de la universidad de Tubinga, se propone en este libro la "desmitización" del "rnito-Satanás" cuya figura, según él, ha acabado por convertir la buena nueva en un mensaje de terror. Pocas veces hemos leído un libro tan impresionantemente d'emoledor. Al menos agradecemos al A. su extraordinaria franqueza y coherencia. No anda con tapujos para explicar cómo nació, prosperó y debe morir este fatídico mito. Sigamos, aunque sea a grandes rasgos, el hilo de su argumentación.

De todos lados, advierte, llega hasta nosotros el clamor de la miseria que existe en el mundo: guerras, enfermedades. . ., sobre todo de la miseria del mal, no sólo en la historia sino también en los corazones. Y ¿de dónde proviene este mal? "De hecho parece que en la oración y en la predicación de la Iglesia, como en la Sagrada Escritura, se expresa en forma convincente la creencia de que el mal viene del diablo" (p. 10). El A. se empeñará en mostrar que no es así. La decisión de hacer el bien o el mal es algo privativo del hombre particular. Querer atribuir el origen del mal a una causa ajena, es un error. Lo es, por ende, asimismo, atribuir dicho origen al pecado de nuestros primeros padres. Al decir del A. la historicidad del relato del primer pecado es semejante a la de la parábola del hijo pródigo. Nunca hubo un paraíso, ni un estado de felicidad serena, así como nunca existió concretamente el hijo pródigo. Y, sin embargo, tanto en la vieja narración como en la parábola, se trata de algo verdadero. "Todas las parábolas son relatos inventados y, no obstante, son relatos verdaderos. Nunca han acontecido, y acontecen todos los días. Por eso, tampoco Adán es un personaje histórico concreto, sino simplemente el tipo del hombre... El relato del paraíso nos quiere mostrar esto: tal es el hombre, tan fácilmente cae en la tentación de pecar" (p. 21). De ahí que —prosigue con férrea lógica el A.—i la Escritura no nos informa d'e un primer pecado histórico, de un pecado original. Naturalmente que algún pecado tuvo que ser el primero que se cometió en la tierra, pero ello carece de interés. No se nos describe "el primer pecado" sino sencillamente "el pecado del hombre" tal como ha sido, es y seguirá siendo siempre. No es, pues, admisible —añade—• la doctrina tradicional de la Iglesia acerca de un estado de justicia original (cf. p. 22), ni de un castigo d'e Dios por el cual "los primeros padres perdieron la vida de la gracia no sólo para sí mismos', sino incluso para toda su descendencia" (p. 22). Ni sería injusto escandalizarse ante la idea de un tal castigo; Dios se mostraría cruel al no conceder la posibilidad de arrepentirse y al castigar a la inocente descendencia, dejando a la humanidad en un estad'o calamitoso hasta que "por fin enviara al Redentor" (p. 23). Lo que simplemente se ha pretendido hacer con el primitivo relato es

describir "un" pecado humano para que conociéramos mejor la bondad de Dios.

Es claro que el A. se encuentra frente a una grave objeción. San Pablo considera que el pecado de Adán no sólo es la fuente de todo pecado, sino también la causa de la muerte corporal de todos los hombres (cf. 1 Cor. 15, 21s). "En este punto Pablo es hijo de su tiempo. Antes hemos visto que esta concepción no es ya concillante con nuestra idea del mundo y que, por tanto, tenemos derecho a abandonarla" (p. 30). Y para que no quepa duda de su pensamiento, afirma: "No se trata, pues, de que el hombre nazca ya pecador, de que 'herede' LUÍ pecado de sus antepasados o de Adán. Deberíamos descartar de nuestro vocabulario religioso el término 'pecado original' " (p. 31). Lo único que podemos decir es que existe en nosotros cierta propensión al pecado, y que ésta es inherente a la naturaleza humana. Por otra parte parece increíble al A. que el presunto pecado original pueda ser transmitido por el 'matrimonio, que es santo. Con lo que niega, así, la necesidad y el sentido profundo del bautismo de los niños, para él sólo inteligible en función del bautismo normal, que es el de los adultos pecadores.

El A. retoma aquí el tema inicial: ¿de dónde, entonces, proviene el mal? Del corazón del hombre, se responde. Pero acá el asunto se complica, porque el hombre se resiste a considerarse él mismo responsable de su mal obrar. Quiere echarle la culpa a otro, como hizo Adán en el paraíso, acusando a Eva, y luego la misma Eva, derivando la responsabilidad a la serpiente (tampoco esta actitud es privativa de los "primeros padres" sino común a todo hombre... y mujer). "No tiene pues, nada de extraño que también nosotros busquemos en cada caso un cómplice de nuestro pecado" (p. 37), un chivo emisario. Y así aparece la figura de Satanás. "La Sagrada Escritura misma es la que nos sugiere esta idea" se duele el A. (ibid.). Se trata, entonces, d'e investigar el origen de esta extraña figura.

En orden a ello el A. se remonta a la antigua doctrina de los persas, con sus dos principios, uno bueno y otro malo. Pero si bien es cierto que dicho dualismo ofrecía una solución al problema del pecado, los judíos, por su acendrado monoteísmo, no podían aceptarlo: hay un sólo Dios. Entonces se buscó "una solución de emergencia" (p. 43). Para no tener que echar a Dios la culpa del mal, pero al mismo tiempo para no tener que recurrir a un dios principio del mal, *se* inventó este curioso personaje. Se habló primero de la existencia de una multitud d'e ángeles —jerárquicamente escalonados entre el lejano Dios trascendente y este mísero 'mundo— y se afirmó que algunos de esos ángeles habían pecado, siendo por Dios castigados. Así tenemos a Satanás y a los demonios. Una vez que se inventó al personaje se lo hizo actuar en el drama de la historia, tomando ante todo forma de serpiente tentadora e introduciendo de ese modo el pecado en el mundo. "A esta ingenua concepción cede también el autor del libro de la Sabiduría cuando escribe: 'Por la envidia del diablo vino la muerte al mundo' (2. 24)" (p. 51).

Desgraciadamente este recurso tan simplista, —prosigue el A.—, invadió el Nuevo Testamento. Allí vemos cómo ese personaje "tienta a Cristo en el desierto", lo vemos confrontado con el Señor en los presuntos "posesos", lo vemos llamado "príncipe de este mundo", lo vemos entrando en el interior de Judas luego de recibir éste el bocado. Pero el A. no trepida: "Después de todo lo que se ha dicho hasta aquí, es de suponer que haya resultado claro que los enunciados del Nuevo Testamento sobre Satán no forman parte de la sustancia permanente del mensaje, sino únicamente de la idea del mundo propia de la Biblia, que no puede tener vigencia permanente" (p. 53). Lo que pasa es que Jesús y los Apóstoles pensaban en esas categorías: Satán era para ellos la personificación del mal, del pecado. "Así, pues, el mismo Nuevo Testamento usa alternativamente y con el mismo sentido: Satán, el diablo, el

mundo, el pecado, el mal" (p. 54). Sin embargo —añade el A.—•, hay que decir, en descargo del Nuevo Testamento, que en él se advierte un evidente empeño por reprimir la creencia en los demonios, tan prolifica en su tiempo, de modo que los relatos de curaciones d'e posesos tratan de presentar a Jesús no sólo como el salvador de la miseria del pecado, sino también "del constante temor del diablo y de los demonios, propio de la creencia popular de entonces" (p. 56). Sin embargo desesperadamente la Iglesia se ha empeñado en mantener ese mito mientras que la Sinagoga tuvo el tino de eliminarlo en su momento: "En la religión judaica la marcada creencia en Satán y en los armonios no fue más que un episodio. Con razón ha vuelto a apartarse de ella el judaismo, y hoy día hace ya tiempo que esta creencia no tiene ningún papel en la religión judaica. Con tanto mayor celo ha cuidado y cultivado el cristianismo esta problemática herencia. Ha elevado incluso la doctrina sobre Satán a la categoría de tema central de su predicación y consiguientemente ha desfigurado en gran manera la buena nueva del reino de Dios, convirtiéndola en una mala nueva, en un mensaje terrorífico sobre el diablo" (ibid.).

Para salvar a la Iglesia d'e esta pesada tradición propone nuestro "exégeta" un remedio muy simple: siempre que en la Escritura encontremos la palabra "diablo" o "Satán" leamos' "pecado". Cuando San Pablo exhorta en Ef. 4,27: "No deis lugar al diablo", no quiere decir otra cosa. "Pero también podemos deducir otro sentido de las palabras: 'No deis lugar al diablo': No perdáis la tranquilidad' con creencias en el diablo, sino tomad en serio el pecado, tomad en serio la gracia. No estamos situados entre Dios y el diablo, sino entre el pecado y la gracia" (p. 59).

Tal, en síntesis, el libro que nos ocupa. Sería largo enumerar y refutar los errores y herejías que pululan en sus páginas. Pero como nos debemos a nuestros lectores, en el afán de que quede bien en claro la ortodoxia, expondremos, según nos lo consiente la tiranía de estas columnas, la doctrina verdadera de la Iglesia, sin cuya aceptación no es honesto seguir llamándose católico (aunque se detente una cátedra de teología).

1. La Escritura goza de inerrancia, es decir, se halla libre de error, principalmente en lo que atañe a las verdades religiosas y morales. El A., a pesar de ser exégeta, parece no tenerlo en cuenta, cribando los textos según un a priori inicial: no existe el demonio.

2. La Escritura debe ser leída a la luz de la tradición y del **magisterio** de la Iglesia. Los protestantes se ponen ante la Biblia y la interpretan como suponen les sugiere el Espíritu. Los católicos no pueden obrar así. La Iglesia es maestra e intérprete auténtica de la Palabra de Dios que ha recibido en d'epósito. El A. practica una suerte de "libre examen", sin importársele un rábano lo que la Iglesia ha enseñado sobre los puntos que él trata.

3. Según una respuesta de la Comisión Bíblica, los tres primeros capítulos del Génesis (en donde se encuentran los textos que relatan la creación de nuestros primeros padres y el pecado original) contienen relatos sobre sucesos reales ("narraciones de cosas realmente sucedidas, es decir, que responden a la realidad objetiva y a la verd'ad histórica") y no fábulas, mitos o puras alegorías, o símbolos de verdades religiosas, o leyendas bajo apariencia de historia (cf. Denzinger N^{9} 2122; cf. también 2329-2330).

4. Es verdad de fe que nuestros primeros padres estaban dotados de gracia santificante antes del pecado original: "Si alguno no confiesa que el primer hombre Adán, al transgredir el mandamiento de Dios en el paraíso, perdió inmediatamente la santia'ad y justicia en que había sido constituido, e incurrió por la ofensa de esta prevaricación en la ira y la indignación de Dios y, por tanto, en

la muerte con que Dios antes le había amenazado, y con la muerte en el cautiverio bajo el poder de aquél **que iiene el imperio ¿Se** la **muerte** (Hebr. 2,14), es decir, del diablo... sea anatema" (Dz. 788).

5. Es verdad de fe que el pecada **de Adán se transmite** a **todos sus descendientes por propagación, no por imitación.** Esta doctrina de la Iglesia se halla contenida, por ejemplo, en el "Decreto sobre el pecado original" del Concilio de Trento: "Si alguno afirma que la prevaricación de Adán le dañó a él sólo, y no a su descendencia; que la santidad y justicia recibida de Dios, que él perdió, la perdió para sí solo y no también para nosotros; o que, manchado él por el pecad'o de desobediencia, sólo transmitió a tod'o el género humano la muerte y las penas del cuerpo, pero no el pecado que es muerte del alma: sea anatema, pues contradice al Apóstol que dice: **Por** un **solo hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte** y **así a todos los hombres pasó la muerte, por cuanto iodos habían pecado** (Rom. 5, 12)" (Dz. 789). "Si alguno afirma que este pecado de Adán, que es por su origen uno solo y, transmitido a todos por propagación, no por imitación, está como propio en cada uno, se quita por la fuerza de la naturaleza humana o por otro remedio que por el mérito del único mediador, nuestro Señor Jesucristo; o niega que el mismo mérito de Jesucristo se aplique tanto a los adultos como a los párvulos por el sacramento del Bautismo., sea anatema" (Dz. 790). El pecado original por ser "peccatum naturae", se propaga de la misma forma que la naturaleza humana: por el acto natural de la generación. De ahí que todos los niños nazcan con la mancha del pecado original y la consiguiente obligación grave de bautizarlos (cf. Dz. 791).

6. Es verdad de fe que **existen espíritus melos (demonios) que fueron creados buenos por Dios, pero se hicieron perversos por su propia culpa.** El Concilio IV de Letrán definió: "Por Dios ciertamente el diablo y los demás demonios fueron creados buenos por naturaleza; mas ellos, por sí mismos, se hicieron malos" (Dz. 4-28).

7. Es verdad de fe que **e¡ demonio, por razón del pecado de Adán, posee cierto dominio sobre los hombres.** El Concilio de Trento cita, entre las muchas consecuencias del pecado de Adán, la esclavitud bajo el poder del diablo (cf. Dz. 788, 793). Una forma virulenta de este dominio lo constituye la "posesión diabólica", manifiestamente expresada en la Escritura y en la predicación cristiana de todos los siglos.

Los "evolucionistas de la teología", es decir, aquellos que piensan que las verdades van cambiando con el correr del tiempo, dirán: No nos venga con documentos tan viejos, que huelen a polilla. A lo que respondemos que la Iglesia de siempre, a lo largo de toda su historia, no ha dejado de predicar la existencia y el poder de Satanás. Y últimamente lo ha hecho de manera eximia por boca del Santo Padre Pablo **VI,** en la audiencia que éste concediera el 15 de noviembre de 1972, de la que extractamos los siguientes párrafos:

"¿Cuáles son hoy las mayores necesidades de la Iglesia? No os asombre como simplista o, aún más, como supersticiosa e irreal nuestra respuesta: una de las mayores necesidades de la Iglesia es la defensa contra aquel mal que llamamos demonio ..

"Hallamos el pecado, perversión de la libertad humana, y causa profunda de la muerte, porque es una separación de Dios, fuente de la vida, v después, a su vez, ocasión y efecto de una intervención en nosotros v en nuestro mundo de un agente oscuro y enemigo, el demonio. **El** mal **no es ya sólo una deficiencia, sino una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y pervertidor.** Terrible realidad. Misteriosa y pavorosa. **Quien rehusa reconocer su existencia se sale del marco de la enseñanza bíblica y eclesiástica. ..**

"El demonio está en el origen de la primera desgracia de la humanidad; él fue el tentador falaz y fa-

tal del primer pecado, el pecado original. Desde aquella caída de Adán el demonio adquirió un cierto dominio sobre el hombre, del que sólo la redención de Cristo nos puede liberar. Es historia que dura todavía: recordemos los exorcismos del bautismo y las frecuentes referencias de la Sagrada Escritura y de la Liturgia a la agresiva y oprimente "potestad de las tinieblas". Es el enemigo número uno, el tentador por excelencia.. .

"Este capítulo sobre el demonio y sobre el influjo que puede ejercer lo mismo en cada persona que en comunidades y sociedades enteras, o en los acontecimientos, sería un capítulo muy importante de la doctrina católica que habría de estudiar de nuevo, mientras hoy se estudia poco".

Agradecemos a Haag la claridad con que se ha expresado y que nos permite con la misma claridad calificar su obra de herética. Es lamentable que este libro nos haya sido vendido en una librería católica. Cuando preguntamos si no tenían algún estudio sobre Satanás, nos respondieron: "Este es el único que tenemos... y se vende mucho". La obra de Haag y su amplia difusión constituyen una prueba palmaria del éxito d'e la actual venenosa campaña del demonio por hacer creer a algunos que no existe, así como de la profusidad con que el humo de Satanás ha penetrado por las ventanas de la Iglesia, según la terrible expresión del Santo Padre. Frente a la impiedad de estos pseudo-teólogos que pretenden ignorar o atenuar la siniestra figura del Adversario, y precisamente en épocas apocalípticas como las que hoy vivimos, no nos cansemos de rogar a Dios con renovado fervor: "Sed libera nos a Malo".

P. ALFREDO SAENZ

CLAUDE VEUILLOT SOULIÉ - GASTON DELIBES - COLLIN DE PLANCY, El **Exorcisano,** Etoiles Editorial, Buenos Aires, 1974, 501 pgs.

Se trata de una obra d'e interés comercial editada para aprovechar la estela de publicidad e inquietud sobre el tema dejada por la novela de W. Blatty, "El Exorcista" y su consiguiente realización cinematográfica... El prólogo, alindicar la intención de los autores, constituye una confesión de su falta de seriedad: "Escribir un trabajo histórico y esclarecedor (...) que sea a la vez ameno, semi-novelado, y despierte la curiosidad..-." (p. 9).

Para abultar el libro se han reunido en él los materiales más diversos. C. Veuillot y su discípulo G. Delibes —doctorados de la Sorbona y "especialistas" en historia de la magia y de la alquimia— nos ofrecen un verdadero engendro histórico a fuerza de amontonar datos sin el más mínimo signo de comprensión. Ante nuestros ojos se presenta un variado y colorido "cambalache" d'e documentos y leyendas, exorcismos y Sabats, histerias colectivas y procesos de brujas, conjuros y flagelantes, y hasta los parientes europeos de nuestro criollo lobizón, aristocráticamente denominados "licántropos".

Con la misma superficialidad son tratados los casos "históricos": las posesas de Loudun, Juana de Arco, Gilíes de Retz. Las páginas dedicadas a San Ignacio (pp. 202-206) son un disparate de antología, que resiste la comparación con los capítulos más oscuros de la leyenda negra anti-jesuita.

Curiosamente, el noventa por ciento d'e los datos acumulados pertenece a los siglos XVI - XVIII, dond'e el crecimiento de la superstición, que toma a veces forma de obsesiones colectivas, es proporcional a la decadencia de la fe tras la ruptura de

la Cristianidad medioeval y al surgir paralelo del romanticismo y ei racionalismo. Brillan en cambio por su ausencia los casos de posesión y exorcismo contemporáneos, sobre los que existe información mucho más digna de confianza.

Pasemos por alto las páginas que contienen el "Diccionario de Demonología" de Collin de Plancy, que sólo puede presentar interés para los bibliófilos curiosos, buscadores de la obra de este fabulador francés del siglo pasado.

La sección dedicada al satanismo contemporáneo parece una mera excusa para la exhibición de una serie de fotografías pornográficas sobre orgías rituales. Los dos capítulos traen sólo una breve noticia sobre el culto Wicca y la figura de Aleister Crowley. Increíble pobreza, incluso de datos, si la comparamos con la rica información que, en serie de artículos sobre "Satanismo-Hoy", publica Eulogio Merino en el "Cruzado Español", donde se ofrece un impresionante panorama universal sobre la extensión actual de las prácticas satánicas.

Tres entrevistas periodísticas sobre "El Exorcista" de W. Blatty completan las 500 páginas del volumen. Nada nuevo. El tono periodístico es el único que hallamos a lo largo de toda la obra: ágil, ameno, semi-novelado, irónico, amablemente escéptico y denotando a cada paso la suficiente seguridad del hombre moderno "liberado" de los temores que angustiaban a sus antepasados. Como "El Retorno de los Brujos" de Pauwells o las fantasías absurdas de Lobsang Rampa, es una obra destinada al éxito comercial, a orientar de manera malsana la curiosidad innata del hombre por el misterio, a sembrar confusión. La confusión propia de aquel espíritu al que San Ignacio nos describe sentado "en su cátedra de fuego y humo".

—¿Por qué nos ocupamos entonces de este libro? —Para recomendarle a Ud. que no lo lea, si su deber profesional no se lo exige.

—¿Y por qué no lo voy a leer?

—Porque para entrar en estos terrenos la curiosidad es mala guía. Porque para aventurarse en las penumbras ya del subconsciente, ya del mundo preternatural de los espíritus, hace falta formación especial. Y no sólo de la inteligencia, sino del espíritu, formación ascética, armadura interior.

—¿Y por qué todo esto? —"Quia adversarius vester diabolus tamquam leo rugiens Circuit, quaerens quem devoret" (2 Pedro 5, 8).

—Y ¿qué se puede leer sobre el tema? —Muy poco en castellano, y no fácil de conseguir. La mayor parte de las librerías y editoriales católicas están demasiado ocupadas en comerciar con el sexo, la violencia, la liberación y la muerte de Dios, para ocuparse del diablo. Lea a Mons. Cristiani: "Presencia de Satán en el Mundo Moderno", o la excelente obra del P. Corrado Balducci: "Los Endemoniados hoy". Y si no, no lea nada: "vigilad y orad".

—¿González Quevedo? —No. No lea a González Quevedo. No sé por qué, González Quevedo me recuerda a Damien Karras, el jesuíta psiquíatra de la novela de Blatty. Hasta me parece que aquél podría tener con el diablo un diálogo parecido al que tuvo éste y que se puede encontrar en la pág. 209 de la novela:

—"Soy el diablo.

—Sí, tú lo dices, pero no me das una prueba.

—No tienes fe.

Karras se puso rígido.

—¿En qué?

—En mí, querido Karras, en mí!"

Si fuera así... Dios quiera retornarle la fe con un golpe menos violento que el que recibió su correligionario de ficción.

P. ALBERTO EZCURRA

VICTORIO MATHIEU, **Phénoménologie de l'esprit révolutionnaire,** Calmann Lévy, 1974, 366 pgs.

Con este título ligeramente hegeliano ha aparecido en francés el libro que su autor, Vittorio Mathieu, publicó en 1972 en la editorial Rizzoli d'i Milano, con el título original de "La speranza nella rivoluzione".

El cambio de designación está fundado en el Prefacio donde Mathieu aplica a su estudio sobre la esperanza revolucionaria, un "cierto tipo de análisis" que pretende revelarnos en los fenómenos revolucionarios, el espíritu que los provoca y los sostiene. Reconoce el A. que su obra va a resultar desagradable, tanto para los que esperan una apología y una ratificación generosa de sus esperanzas en los "mañanas que cantan", como para los que quieren hallar una condenación cabal y sin 'matices, quizá con el escondido propósito de justificar módicas posiciones, del espíritu de izquierd'a.

Mathieu pertenece a una raza demasiado vieja y culta para dividir a los hombres en revolucionarios y contra-revolucionarios a raja tablas, pero admite que aún aquellos aparentemente más ajenos a las ilusiones desatadas por la esperanza en la revolución, están contaminados por un modo de pensar que, desde dos siglos a esta parte, se ha metido en todas las disciplinas intelectuales y ha llegado a deformar hasta los saberes que por su origen, permanecían paradigmáticamente al margen d'e los vaivenes de la moda.

"Pero escribir un libro "unpleasant", ponerlo a la venta y pretender cobrar derechos de autor, es una empresa propia de un humorista no desprovisto de cierto sadismo".

Con esta declaración, aparentemente frivola, el A. nos pone en los umbrales de su trabajo y desarrolla ante los ojos del lector, una crítica demoledora de los principios más concurridos de la empresa revolucionaria y lo hace con una originalidad y una gracia que, muchas veces, la quisiéramos un poco menos profesoral para nuestro regocijo. En verdad Mathieu es profesor d'e filosofía en la Universidad de Turín y, lo que es peor, no lo oculta con la discreción conveniente, razón por la cual muchas páginas del libro están un poco echadas a perder por las pedanterías propias del oficio y el uso de un lenguaje innecesariamente especializado.

Fuera de estas caídas, no muchas, gracias a Dios, el libro está sostenido por un idioma claro, preciso y rico, donde el humor no está ausente, y el comentario irónico armoniza perfectamente con las argumentaciones más profundas.

RUBÉN CALDERÓN BOUCHET

HÉCTOR PADRÓN SEOANE, **Dos esquemas de la materia en Aristóteles** (Tesis Doctoral), Université Catholique de Louvain, Louvain, 1975, 350 pgs.

Una tesis doctoral hecha con todo el rigor del arte es capaz de poner a prueba la frágil paciencia de un buen argentino; con todo, he leído este trabajo de Héctor Padrón con un gusto rara vez sentido en la apreciación de algunos esfuerzos similares. El fenómeno tiene su explicación por el estilo sereno y diáfano de la exposición. El formidable aparato de erudición utilizado no pesa para nada a lo largo de 350 páginas d'onde se examina, con toda la precisión requerida, los textos griegos de Aristóteles y todo lo que se ha escrito con respecto al tema en Griego, Latín, Alemán, Francés, Inglés e Italiano.

Los dos esquemas se refieren a la noción de materia como substrato o

materia "ex qua", según, la designación escolástica posterior y a la materia como materiales o materia "in •qua". Ambos esquemas, prolijamente estudiados en los principales libros del Estagirita, constituyen el aporte fundamental para el esclarecimiento ontológico del movimiento físico. El autor ha llevado de frente la doble tarea de esclarecer los conceptos y cotejar las interpretaciones sin apartarse un momento de la cuestión y manteniendo, en todo instante, la lúcida unidad de su propia opinión.

El trabajo mereció "la plus haute distinction" de la Universidad de Lovaina y basta leerlo para convencerse de que el galardón no es un camelo para uso de países subdesarrollados, sino la justa calificación para una obra que puede considerarse entre las mejores de su género hecha en cualquier parte.

E. C. B.

AUGUSTIN BARRUEL, Mémoires **pour servir a l'histoire du Jacobinisme,** Diffusion de la Pensée Française, Chiré-en-Montreuil, Vouillé 1975. Dos Tomos, I: 534 pgs., II: 582 pgs.

La reedición del famoso libro del Abate Barruel nos coloca, frente al fenómeno revolucionario, en la perspectiva de una minuciosa consideración histórica de sus fuentes más inmediatas. La influencia ejercida por las sociedades de opinión y !a masonería ha sido un poco desdeñada en los últimos tiempos, ya sea porque efectivamente se despreciara su valor o porque propósitos conjugados con los intereses de los poderosos hermanos tres' puntos, entraban en las intenciones del autor. Barruel, nacido en 1741, estaba demasiado cerca de los acontecimientos para no tomar en cuenta a todas esas "sociedades de opinión" donde se había programado hasta la saciedad las medidas aptas para provocar el cambio. El Rey, que había perdido la cabeza unos años antes de que se la cortaran, no vio crecer la connivencia entre los ideólogos y las grandes fortunas de su reino. En los buenos tiempos de la monarquía, el Rey inauguraba su trono con un par de prestamistas colgados en la histórica plaza de la Grève, pero el pobre Luis XVI formado en la lectura de Fenelon temía derramar sangre y a pesar de su ánimo piadoso no había leído con fruto la "Epístola a los Romanos" y dudaba de su derecho a esgrimir la espada. La liquidación de un Príncipe de la sangre como Felipe de Orleans hubiera sido un espectáculo altamente tonificador para levantar el corazón de los buenos franceses y afianzar el respeto a la corona. Perdió el tiempo tratando de conformar a todo el mundo y el jefe de la masonería francesa y primera fortuna de Francia se dio el gusto de llevarlo a él al cadalso.

De esta lucha sórdida de rábulas codiciosos y usureros con ambiciones políticas, se ha tratado de hacer una gigantomaquia. Barruel fue el primero en poner las cosas en su sitio y lo hizo con todo el rigor del historiador que aprendió su oficio con los viejos benedictinos franceses. Pasaría un siglo para que Taine, armado en la escuela positivista, terminara el proceso de desmitificación de la revolución francesa iniciada, sobre el teatro mismo de los hechos, por el genio paciente de Barruel.

R. C. B.

CAYETANO BRUNO S. D. B„ **Historia de la Iglesia en la Argentina,** vol. IX (1824-1840), **Ed.** Don Bosco, Buenos Aires, 1974, 543 pgs.

Desde que en 1966 apareciera el primer tomo de la "Historia de la Iglesia en la Argentina" del P. Cayetano Bruno, no sólo los círculos

académicos y eclesiásticos, sino los docentes, universitarios, culturales y un vasto caudal de lectores en el país, ha esperado con creciente interés la entrega de cada nuevo volumen de esta ya prestigiosa obra. Pues en el A. "a la par de esa sorprendente erudición que nada tiene de vano exhibicionismo, está la exposición tranquila, serena, objetiva, cíe los hechos, sin que se entrevean segundas intenciones, ni interferencias subjetivas. Fundándose el autor en aquella frase de León XIII: 'La historia de la Iglesia debe enseñarse con gran probidad, ya que Dios no necesita de nuestras mentiras..." como lo señalara el desaparecido historiador P. Guillermo Furlong S. J., en MIKAEL N« 3 (1973) pp. 148-149.

No hay duda que en este volumen noveno el salesiano P. Bruno nos brinda un trabajo histórico de fondo en torno a temas contrastados, discutidos y muchas veces poco o mal estudiados. Ocupa, por ejemplo, un buen número de páginas el problema de la incomunicación con la Silla Apostólica que tantos males trajo a la Iglesia en nuestro país. Asimismo el A. analiza en detalle la primera Misión Pontificia enviada directa y oficialmente al mundo americano, en la que descollaba la egregia figura de quien veintidós años más tarde habría de ceñir la tiara pontificia con el nombre de Pío IX. Era éste, como se sabe, el joven Canónigo romano Juan María de los Condes Mastai Ferretti, quien fue así el primer futuro Papa que honró con su presencia el mundo de Colón, integrando aquella primera legación papal que presidió Mons. Juan Muzzi, misión que fue desdeñada por el gobierno de Buenos Aires. Termina el A. la primera parte con un estudio sobre "la Ley de libertad de cultos", la cual motivó la enérgica reacción de las provincias del interior, que rechazaron casi con unanimidad su sanción por considerarla una ofensa a la religión y a la ciudadanía. Se destaca la actitud de los gobiernos de Córdoba, Santa Fe, Santiago d'el Estero, La Rioja, Catamarca, Tucumán, Corrientes y Jujuy, por la firmeza con que se opusieron a la discutida ley, mientras que San Juan siguió la línea trazada por los ministros Rivadavia y Manuel J. García desde Buenos Aires, por obra y gracia del gobernador de esa provincia, Salvador María del Carril, y su "Carta de Mayo", la que no sólo fue repudiada por su pueblo sino que originó el derrocamiento del gobernante.

El A. narra los hechos con objetividad, precisión e impecable manejo de las fuentes. Sorprende el acopio documental, obra del tesón y la paciencia de este gran historiador, que ha sabido incluir en el presente volumen infinidad de documentos totalmente desconocidos hasta ahora, y que descansaban ignorados no sólo en los archivos vaticanos y romanos sino también en los nacionales.

Basta, por otra parte, continuar con la lectura de este tomo para tropezar con temas sugestivos y tentadores a cual más: la Reforma de Rivadavia; la situación de espiritual desorden en que vive el país al reorganizarse la jerarquía del Plata en 1830; las diócesis d'e Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Córdoba, Salta, Cuyo; el primer gobierno de Don Juan Manuel de Rosas; las figuras de Pedro Ignacio de Castro Barros, Mariano José de Escalada, Fray Justo Santa María de Oro, Mariano Medrano y Cabrera, etc.; el regalismo de Rosas; el restablecimiento de la Compañía de Jesús en Buenos Aires; la controvertida actuación del obispo Benito Lascano en Córdoba, etc.

En la investigación de títulos tan atrayentes por su significación, su escasa bibliografía, la personalidad de sus principales actores, y por ser hechos históricos que se integran en épocas —como la década de 1820 a 1830— en las que nuevas ideas pugnaban por asumir la conducción de la naciente república y ponerla en absoluto contraste con el auténtico origen y fundamento de nuestra nacionalidad, el A. busca sólo la verdad de los hechos, con absoluta imparcialidad.

La obra del P. Bruno —en lo que va de publicada— es un ejemplo elocuente de lo que una información desapasionada y exhaustiva puede lograr al remover los escombros de una historiografía apegada a ciertas leyendas negras —aunque sean del siglo XIX— en orden a llenar un vacío cuya existencia dañaba mucho a la historia genuina de nuestra patria.

GERARDO D. MONTENEGRO

Seminarista de la Arquidiócesis de Paraná, 1er. año de Teología.

HENRY COSTON, El Secreto de los Dioses (Con dinero rueda el mundo), Almena, Buenos Aires, 1974, 453 pgs.

El título original de esta obra es "Les Financiers qui menent le Monde". Para H. Coston, como buen francés, "le monde" es principalmente "la France" y los financieros por end'e el imperio Rothschild. Pero esto no resta interés al libro. La alta finanza no tiene patria •—¡Pío XI la denominó "imperialismo internacional del dinero"—• y su estudio, aún reducido al ámbito de una nación determinada, no puede menos de señalar sus redes y su "modus operandi" internacional.

Coston es posiblemente el mejor conocedor de las fuerzas ocultas que se mueven en el trasfondo de la historia contemporánea. Es un terreno al que muchos se aproximan con escepticismo y desconfianza, pues con frecuencia ha sid'o invadido por improvisados charlatanes, fantasistas y mitómanos de toda índole, desde Leo Taxil hasta Roger Peyrefitte, para citar dos nombres al azar. La obra de H. C., por el contrario, se caracteriza por su seriedad: sorprendente información bien ordenada, análisis agudo y sensato, documentación exhaustiva. Mencionemos entre sus obras: "La Haute Banque et les Trust", "L' Europe des' Banquiers", "L' Haute Finance et les Révolutions", "Les Technocrates et la Synarchie", "La République du Gran Orient", "Dictionnaire de la Politique Française". Pod'ríamos añadir los números d'e su revista mensual "Lectures Françaises" (27 rue de 1' Abbé-Grégoire, Paris) que, por el interés de los temas que estudia, nos recuerda la otrora famosa "Revue Internationale des Sociétés Secrètes" del benemérito Mons. Jouin.

Baste esto como presentación del libro cuya lectura recomendamos. Se trata de la segunda edición castellana de una obra que ha alcanzado catorce ediciones francesas, malgrado la conspiración del silencio con que los medios d'e difusión sujetos a los mandatos de la alta finanza (cf. el cap. 28) pretenden ahogar denuncias que —como la presente— le resultan particularmente incómodas.

P. ALBERTO EZCURRA

ROBERTO VACCA, La próxima Edad Media, Ed. Nacional, Madrid, 1973, 214 pgs.

"Durante dos siglos —dice Thierry Maulnier— el hombre de Occidente ha acrecentado vertiginosamente su poder sobre la naturaleza sin cuidar de engencVrarse a sí mismo según la medida del mundo que nacía de sus manos. Ahora es el niño armado del rayo".

Las consecuencias de un niño armado de rayos son previsiblemente molestas. Al estudio de estas posibles consecuencias se dedica el ensayo prospectivo de R. Vacca. El A. analiza el proceso siempre creciente de complejidad y congestión de los grandes sistemas (industria, electricidad, comunicaciones, agua, etc.) sobre los que descansa la estructura material de la sociedad moderna. Estos sistemas, por la propia lógica in-

terna de su crecimiento desordenado y por la carencia de previsión de dirigentes incapaces o desbordados, marchan lenta pero necesariamente hacia el colapso total. Las actuales disfunciones de los sistemas (parálisis de tránsito, granóles apagones eléctricos, contaminación ambiental) no son sino síntomas de una enfermedad profunda y pálido reflejo de la crisis total del porvenir.

Esta crisis, que, según el A., puede alcanzar niveles verdaderamente mundiales —por encadenamiento de los colapsos parciales— tendrá características de una verdadera catástrofe: millones de muertos, destrucción á'e todas las estructuras actuales de convivencia, retroceso más o menos acelerado a una sociedad pre-técnica. Este período anárquico y oscuro, es lo que el A. denomina "il medioevo prossimo venturo".

Los caminos que, a través del desordenado crecimiento técnico, llegan a esta "hecatomb", son señala-Jos por el A. con un estilo ágil y convincente, tal vez algo superficial, que nos recuerda mucho al del sociólogo Vanee Packard. Salvo alguna proposición aislada, no se detiene a analizar cómo se podría evitar el cataclismo. Tan convencido está de su inevitabiliá'ad, que hasta le fija fecha: "Entre 1985 y 1995 la nueva Edad Media ya habrá comenzado" (p. 168). Dedica en cambio los tres últimos capítulos al análisis prospectivo del Renacimiento (nuevo período ascendente de la humanidad) que ha de suceder a la Edad Media venidera. Y son estos capítulos los que señalan bien a las claras la cortedad de miras cíel A., incapaz de ver más allá de las causas segundas o instrumentales. Es posible, en efecto, y aún probable, que el desbarajuste de una técnica que escapa al control humano sea quien ponga fin a la actual civilización. Pero las causas de "la crisis del mundo moderno" no son técnicas, son de un orden muy anterior y superior. Estas páginas de R. V. nos ubican en un nivel muy por debajo del profetismo apocalíptico de Benson, del certero análisis metafísico de René Guénon, e incluso de la literatura de futurismo pesimista de Orwell, Huxley o Bradbury.

Las soluciones están a la altura de su análisis parcial y ciego, aunque los títulos de los capítulos parezcan prometedores: "Fundamentos de una tradición nueva", "Comunidades monásticas conservadoras de la cultura". Las nuevas instituciones que allí se insinúan no son sino pálidas caricaturas de aquéllas que en la anarquía consiguiente al derrumbe del Imperio salvaron las semillas de la tradición greco-latina y cristiana para ser fundadoras de un Orden Nuevo. Que no fue, por cierto, el Renacimiento, sino la auténtica Edad Media, de la que el A. parece tener tan desgraciado concepto (cf. v. gr. p. 201).

Las comunidades que proyecta R. V. para conservar estructuras, datos y doctrinas valiosas y actuar positivamente en pro del Renacimiento futuro (p. 205), deben excluir a "los depositarios de presuntas verdades absolutas" y reunir en comunión tecnocrática "científicos audaces, industriales diligentes, unos pocos economistas y psicólogos, críticos profesionales de la ciencia y de la sociedad, agricultores, ganaderos, mineros y químicos" (p. 208). Lo cual demuestra que el A. no ha entendido absolutamente nada de las causas radicales de la crisis.

Un pensador italiano de escuela "pagana", Julius Evola, ha analizado en su libro "Rivolta contro il mondo moderno", el trasfondo metafísico del actual ciclo disgregador y decadente. Y en otras dos obras verdaderamente valiosas ("Gli uomini e le rovine", "Cavalcare la tigre") propone la ascesis adecuada para el hombre que quiera sobrevivir "de pie entre las ruinas" la catástrofe de este ciclo terminal ("kali-yuga" o edad de hierro) y salvar los principios que serán germen de vida y eje del ciclo áureo por venir. Frente a la profundidad de este metafísico, la obra del técnico Vacca parece una

caricatura, aunque pueda ser interesante como ayuda para análisis secundarios y parciales.

En el campo católico aún no ha aparecido alguien que haya iluminado desde este punto de vista el mundo moderno. Tal vez nos hemos detenido tanto en la lectura ingenua y optimista de "los signos de los tiempos", que la crisis nos hallará impreparados.

A. E.

MIGUEL PORADOWSKI, El marxismo invade la Iglesia, Ed. Universitarias de Valparaíso, Chile, 1974, 99 pgs.

El A., sacerdote de origen polaco y profesor en la U. C. de Valparaíso, dedica este interesante ensayo al análisis de la infiltración marxista en el seno de la Iglesia, detectando su influjo sutil en la teología contemporánea. Poradowski intenta más una finalidad práctico-pastoral que teórico-científica: alertar a los pastores y despertar a la mayoría de los cristianos, atrapados por una ingenuidad e indiferencia alarmantes.

La obra consta de dos partes.

1, Proceso de la marxistizaclón de la teología. Se trata, en verdad, de un proceso, ya que el marxismo no podría de ningún modo "camouflarse" en "cristianismo marxista" si no inculcase gradualmente su veneno para adaptar el cristianismo a las exigencias de su "filosofía" atea y materialista. Veamos las etapas de dicho proceso.

a. El marxismo encuentra ambiente propicio en el mundo contemporáneo a través de una corriente de pensamiento que podría denominarse "saduceísmo" el cual, si bien no niega la existencia de Dios puesto que lo reconoce como Creador y Dueño del universo, rebaja la vida humana al nivel de los animales. El hombre sólo implora a Dios la protección suficiente como para asegurarse una vida feliz en la tierra, ya que todo acaba inevitablemente con la muerte. Se pone, pues, el acento exclusivamente en lo temporal, quedando silenciado todo lo relativo a la vida eterna.

b. Haciendo luego hincapié en la parte menos elaborada de la teología, como es la escatologia, el marxismo propone el punto inicial de lo que se puede llamar una "teología marxista". Basa su tesis en el hecho de que tanto el cristianismo como el marxismo confluyen en una misma finalidad: la construcción de la nueva sociedad del futuro. Los cristianos, mediante la implantación del "Reino de Dios", y los marxistas, con su versión de una futura e ideal sociedad "comunista". Se propugna entonces la conjunción de los esfuerzos dirigidos a un mismo fin concreto, temporal y práctico.

c. En la siguiente etapa, la "nueva teología" falsifica sagazmente el sentido de la cruz, eliminando su tronco vertical, signo del amor a Dios, para poner el énfasis excluyente en el brazo horizontal, centrando así su acción en un "humanismo" vaciado de contenido teologal. La "nueva teología" deja de ser teocéntrica para hacerse antropocèntrica.

d. La táctica continúa con la astuta presentación de una "fe" sin "religión", considerada ésta como elemento puramente contingente. Todo lo relativo al culto es un simple agregado legendario; "hay que vivir tan sólo de la fe", dicen, como si el culto católico, proyección del sacerdocio de Cristo y vehículo constante de la gracia, no fuera elemento esencial del cristianismo.

e. Avanzando un paso más el marxismo concluye por presentar la figura de un Cristo meramente histórico y humano, baluarte y caudillo de una lucha que se propone liberar no sólo a los judíos sino también s todos los hombres de la opresión y explotación de las estructuras capi-

talistas. Esta figura de Cristo trasciende su tiempo y circunstancias concretas para proyectarse como prototipo del revolucionario ideal. A esto queda reducido Cristo en la teología marxista. El Cristo Dios-Hombre es' producto agregado por la leyenda. Dios no existe. Dios fue creado por el hombre primitivo para dar una explicación a los fenómenos que escapaban a su ignorancia. No es Dios el creador del hombre, sino que es el hombre el creador de Dios y de la religión.

A esta altura el proceso ya ha llegado a su culminación. Estamos en presencia d'e un nuevo cristianismo, el "cristianismo marxista". No queda otra alternativa.

2. Aspectos de esta nueva "teología". En la segunda parte, el A. analiza algunas facetas esenciales de esta "nueva teología" de cufio marxista.

a. La tradicional teología de la salvación, centrada en Dios como Creador, Salvador y Santificador, es distorsionada y falseada por la "nueva teología" que centra su pensamiento teológico en el hombre, subrayando especialmente el carácter liberador del cristianismo, por lo cual el marxismo, en lugar d'e combatir a estp nueva teología, la apoya y la instrumenta, dado que su carácter posicional es cada vez más político y profano.

Observa el A. que la **teología de la liberación** marxista nc tiene nada que ver ni con la teología, pues sus especulaciones se reducen a **un** mero nivel de ensayo de propaganda política, ni tampoco con la liberación, ya que en términos verdaderamente teológicos únicamente se puede hablar de una liberación espiritual y sobrenatural, la liberación del pecado y de la miseria espiritual humana. Sólo como consecuencia de esta liberación Espiritual se deriva la liberación temporal, cultural, social, económica, poética. "Buscad primero el Reino de Dios y tod'o lo demás se os dará por añadidura".

• Además, como acertadamente, se pregunta el A., tienen los marxistas derecho a hablar de liberación? ¿No son ellos los que conducen a los pueblos a la tiranía, a la esclavitud y al totalitarismo? El ejemplo evidente que nos ofrecen las naciones sojuzgadas por la tiranía marxista basta como argumento.

b. Indudablemente el uso de la palabra "teología" encubre una intención engañosa, típica de "lobos vestidos con pieles de oveja". La "teología de la liberación" conduce a una **teología de la revolución.** El Cristo histórico-humano, y no Dios encarnado, ni siquiera pretendía fundar una religión. Fue sencillamente un guerrillero. Por ello esta "teología" no sólo combate a las estructuras socioeconómico-políticas, sino a la misma Iglesia como institución, ya que ella "ha falsificado el verdadero cristianismo cambiando un movimiento revolucionario en una religión institucionalizada", según el pensar marxista.

De esta manera el cristianismo es concebido como un fenómeno humano, laico y profano, como una ideología revolucionaria, de neto carácter anarquista, perdiendo así su profundo sentido sobrenatural.

c. La aceptación de la revolución marxista da origen a la **teología** da **la violencia,** única vía para llegar a la toma del poder. Pero principalmente nace esta "teología" por el hecho de que algunos "teólogos", siendo por convicción marxista-leninistas, ateomaterialistas, hacen suyo el "materialismo histórico" y, aún más, el "materialismo dialéctico", es decir incorporan la metodología marxista como instrumento no sólo para el análisis social sino también, y esto es lo más grave, para el análisis teológico.

En esta "teología" se percibe cierto resabio de carácter satánico, pues predica y quiere justificar "teológicamente" una rebelión total contra toda autoridad, incluso contra el mismo Dios, en coincidencia con el demoníaco "non serviam". Se presenta a Cristo como un rebelde contra

Dios identificándolo en cierta manera con Satanás. Esto hasta tal punto que, como afirma el A., "parece justificado considerarla (a esta teología) como una verdadera antiteología".

Concluyendo su agudo análisis, y ante la gravedad del peligro, el A. plantea la necesidad inexcusable de que cada sacerdote y cada cristiano se defina posicionalmente por la "teología del amor" al servicio de Dios o por la "teología del odio" que sirve a Satanás, ya que, como dijo Jesucristo, "nadie puede servir a dos señores". Los que lo hagan no podrán recibir otro nombre que el que recibió Judas.

PEDRO E. ROJAS

Seminarista de la Diócesis de Gualeguaychú, 2? Año d'e Filosofía

PAULO FREIRE, Las iglesias, la educación y el proceso de liberación humana en la historia. La Aurora, Buenos Aires, 1974, 47 pgs.

No soy especialista en educación. Por ello no había pensado ocuparme de Paulo Freire, pese a que su publicitada "educación liberadora" me olía a gato encerrado, al menos por sus catastróficos resultados entre tantos ingenuos que se dejaron encandilar por ella. Pero Freire se entromete aquí con la Iglesia —o con "las iglesias"— y lo hace en un trabajo que a su brevedad (casi un folleto) y a su claridad' une su carácter de síntesis, lo que podría ahorrarnos la lectura del resto de su producción.

El postulado básico de P. F. consiste en la reducción de la realidad al esquema dialéctico oprimido-opresor. Nada hay que escape a esta oposición fundamental, y todo debe orientarse hacia su resolución. "Todo está condicionado por aquella opción" (p. 26). Y todo se resuelve por la "liberación" de los oprimidos, mediante un "proceso revolucionario" que conduce a una "radical transformación de las estructuras". La Revolución es una y única, implícitamente identificada con la revolución marxista.

Siendo la opción dialéctica inevitable, no se admiten neutrales. Ni puede ser neutral la **educación,** la cual debe instaurarse "como método de acción transformadora, como praxis política al servicio de la permanente liberación de los seres **humanos**" (p. 47).

La Iglesia —las iglesias— deben renunciar al "mito de la neutralidad" (p. 8), su neutralidad política es imposible (p. 26), deben aceptar el compromiso histórico, a través de su inserción en *la* praxis revolucionaria. En ello consiste su verdadera Pascua (p. 9). Quien insista en la neutralidad, quien pretenda eludir la opción, ha optado ya, de facto, por los más fuertes, por la reacción, por las clases dominantes. Tal es la tesis central del trabajo, y la amonestación profética que dirige P. F. a las iglesias, desde su cátedra revolucionaria.

Los que proclaman la neutralidad de la Iglesia son subdivididos en dos tipos: los **astutos,** conscientes de su identificación con los opresores, y los **ingenuos,** cuya principal característica consiste en creer que es posible "cambiar primero las conciencias y luego transformar el mundo" (p. 7). Pero —Deo gratias— los "ingenuos" son redimibles, si es[1] que "retiran su adhesión acrítica a las clases dominantes y, comprometiéndose con los oprimidos, inician una nueva fase de aprendizaje con ellos" (ib.). **Y** no vaya a creerse que **los** "ingenuos" son sólo los capellanes de sociedades de beneficencia. No. Lo son incluso los **concientizadores** que vacían la concientización de su contenido dialéctico, olvidando que ésta "no puede ser un bla-bla-bla alienante, sino un esfuerzo crítico de develamiento de la realidad, que implica necesariamente un compromiso político" (p. 13). **Y,** lo que es

peor, lo son también muchos partidarios de la misma "educación liberadora", que la transforman en pura metodología o la separan de la praxis. Incluido aquí el CELAM, del cual "posiblemente no puede esperarse nada serio" (p. 27).

¿Cuál es la situación de las iglesias en América Latina? Hay diversas iglesias. La peor de todas es la **"misionera" tradicionalisia.** "Misionera en el peor sentido de la palabra: 'conquistadora' de almas, necrofílica", con un "placer masoquista en hablar de tantos pecados, de amenazas de fuego eterno..." (p. 28). Y es la más peligrosa, pues las masas oprimidas tienden a refugiarse en ella como en "una especie de 'útero' en el cual se 'defienden' de la agresividad de la sociedad" (p. 29).

Menos peligrosa, aunque más engañera, es la **iglesia modernizante** o **reformista,** pues "aun cuando hable de ecüucación para la liberación, tal liberación estará condicionada por su visión de la liberación como un quehacer individual que debe darse principalmente en el cambio de las conciencias y no a través de la praxis social e histórica" (p. 41).

En oposición a estas iglesias nace la **iglesia profética** (p. 41), que es también utópica y llena de esperanza. Tal iglesia rechaza el pensar estático, no dicotomiza mundanidad de trascendencia, ni salvación de liberación, y se compromete con las clases sociales dominadas para la transformación radical de la sociedad (características que —acotamos nosotros— permitirían llamar "iglesia" al FIP, v. gr.). Su bandera es la **teología** de **la liberación** (p. 45), cuya temática "no puede ser otra que aquella que emerge de las condiciones objetivas de las sociedades dependientes, explotadas, invadidas" (no se ve por qué el A. insiste en llamarla "teología").

En síntesis, P. F. amonesta proféticamente a la Iglesia que, si no quiere verse rechazada por la historia, debe convertirse en instrumento dócil y activo de la Revolución Marxista. El dilema es de hierro: "Quien no está conmigo está contra mí", viene a decir P. F., en nombre del oprimido.

Por lo demás, la iglesia en cuanto tal carece de importancia; sólo interesa el compromiso revolucionario. Ser católico o protestante (p. 42), renunciar o no a las opciones cristianas (p. 20), son diferencias secundarias y sin mayor interés. En la Revolución no hay ya judío ni griego... El lenguaje religioso —donde aún sobrevive— ha sido vaciado totalmente de su contenido. La Pascua, la esperanza, la salvación son realidades sólo intramundfanas. El Éxodo, "camino de aprendizaje con el pueblo" no es ya el de Moisés, sino el de Mao: "la larga marcha" (p. 25).

Y todo esto sin argumentos, sin pruebas'. Se trata de una especie de proclamación kerigmática del dogma marxista en esquemas rellenados con todos los lugares comunes de la literatura de divulgación revolucionaria. La posibilidad de una postura discrepante sólo le sugiere la caricatura, la burla, el sarcasmo (cf. pp. 16 y 17). Ha quedado lejos la etapa del "diálogo", que sólo sirvió para enganchar a los incautos.

De cualquier modo, el conjunto no ofrece fisuras, pues el A. procede de acuerdo a la archisabida receta marxista: se toma la realidad y se la extiende sobre los esquemas del método dialéctico —o analéctico—, se la estira a golpes de maza para que cubra todo. Y lo que sobra, se corta.

Vaya uno a insinuarles que los "guardias rojos" que han renunciado a pensar para recitar los coros de Mao (como las ovejas *ole* Orwell en "Rebelión en la granja") son "alienados". O que los millones de habitantes del Archipiélago Gulag son "oprimidos". No. Hay muertos y oprimidos y presos políticos y discriminados que no existen. Han sido cortados de la realidad. La culpa es sólo de ellos, por no haber sabido calzar en el lugar exacto del esquema apriórico.

Lo bueno es que estamos de acuer-

do con la icfea central del trabajo: "Dios nunca es **neutral** respecto de losí acontecimientos humanos ni frente a la Historia y por tanto su Iglesia tampoco puede serlo". Son palabras de Pío XII en su mensaje de Navidad de 1951. De acuerdo. Pero el hecho de no ser neutrales, no significa el jugar a Dios y a su Iglesia al servicio de la parcialidad política y revolucionaria propia del Sr. P. F.

El dilema que plantea el A. —opción de hierro entre las injusticias del capitalismo liberal y la revolución marxista— es un dilema falso. La Iglesia ya lo ha rechazado, y deberá rechazarlo siempre, malgraa'o la proliferación de falsos profetas.

A lo dicho agreguemos que la edición original de la obra fue editada por el Consejo Ecuménico de Iglesias (World Council of Churches) de Ginebra, cuya actual sujeción al marxismo no es un secreto para nadie.

P. ALBERTO EZCURRA

Super aspidem et basiliscum ambulabis, et conculcabis leo nem et draconem
Ps. XC, 13

La EXPORTACION es sonrisa de alivio para muchas empresas.

Consulte ai experto en so~~risas~~ EXPORTACIONES:

BANCO RIO

241 corresponsales en todo el mundo lo recibirán con el signo internacional de cortesia del BANCO RIO DE LA PLATA: una sonrisa.

BANCO RIO DE LA **PLATA**

Casa Central: San Martín y Cangallo - BUENOS AIRES Casa Matriz: Calle 8 esq. SO - La Piata y filiales

BANCO RIO AAA AAA